This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

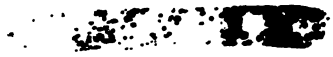
[redacted]

G868.73 R615C LAC

G868.73
R615c

LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY OF TEXAS

THE GENARO GARCÍA
COLLECTION



CUENTOS COSTEÑOS

POR

CAYETANO RODRÍGUEZ BELTRÁN

Capt.n Rodriguez Beltran

CAYETANO RODRÍGUEZ BELTRÁN

Cuentos Costeños

PRÓLOGO

DE

D. JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS

C. de la Academia Mexicana de la Lengua.

—

ILUSTRACIONES DE PEDRO DE ROJAS

Precio: UN PESO

BARCELONA

CASA EDITORIAL SOPENA

CALLE DE VALENCIA, 275 Y 277

1905

196908

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Imp. y estereotipia de la casa editorial Sopena.— BARCELONA

INDICE

	Págs.
PRÓLOGO.	7
I.—El coloquio.	21
II.—Soledad...	39
III.—A remo y sin sueldo.	43
IV.—La cabra tira al monte.	52
V.—Ab Intestato.	63
VI.—Dorotea.	68
VII.—La herencia.	89
VIII.—Trapos y muñecas.	94
IX.—¡Padrino!	104
X.—La heredad.	109
XI.—Abigeo.	130
XII.—Por una copa.	156
XIII.—Las Trece Monedas.	166
XIV.—La Juanita	177

PRÓLOGO

Cierto que la Academia Española no acepta todavía la palabra *costumbrista* en su último léxico; pero también lo es que el vocablo está en el aire, anda en todas las bocas y se impone de un modo irresistible. Si así no fuera, ¿qué nombre daríamos al escritor ó al pintor que se consagran á la observación de las costumbres de esta ó aquella localidad, las estudian y penetran, y dan de ellas en cuadros incomparables, copias hermosas y llenas de colorido? No habría más remedio, para salvar el obstáculo, que apelar á alguna circunlocución, y llamarles *escritores ó pintores de costumbres*, lo que sería largo, pobre y fastidioso.

Por fortuna, las lenguas no son duras é inflexibles concreciones, incapaces de aumento ó disminución, sino organismos vivientes, dispuestos á aceptar los cambios y transforma-

ciones qne se desprenden como consecuencia ineludible del andar de los tiempos. Los puristas que no admiten sino las palabras que el diccionario connota, son los peores enemigos de la evolución y del progreso linguísticos, con que pretenden, aunque disfrazándolo con humildes ceremonias y golpes de incensario, ligar el verbo humano con apretadas vendas y encerrarle en un espacio reducido para convertirle en pétrea y miserable momia. Desgraciamente esta tendencia paralizante no es achaque único de nuestros escritores, sino de todos los que aquende ó allende del Atlántico, se precian de hablar y escribir bien el castellano. Hablar ahora como Cervantes, hé aquí el sueño de oro de no pocos escritores; sueño monstruoso y retrógrado, pues las lenguas tienen también su dinamismo, y á cada época de la vida humana, corresponden, y es lógico que correspondan, giros y palabras de una índole particular, reflejo de la historia.

No se entienda por eso, que el que esto escribe sea partidario de la anarquía linguística ni del menosprecio á nuestras gloriosas tradi-

ciones idiomáticas, pues sabe y confiesa que el lenguaje de hoy se basa en el de ayer, y que, cualesquiera qué sean las novedades que traiga consigo el progreso, siempre será la vieja masa de giros y vocablos, la que forme la esencia y la índole de las lenguas. De allí la conveniencia de un constante comercio con los clásicos para conservar el genio de aquéllas y no permitir se deforme su íntima estructura. Por lo demás, así como el que hablase hoy día como don Quijote, nos parecería tan demente como él, de la misma manera, quien escriba ahora como se escribía cuando la batalla de Lepanto, debe parecernos digno de un manicomio.

Las lenguas son fuerzas criadoras, como lo es todo organismo destinado á vivir, y dentro de ellas, cada uno de nosotros, todos nosotros, somos operarios que trabajan en su perenne evolución.

***

Pero ¿á qué viene toda esta palabrería? Sólo á justificar el nombre de *costumbrista* que me permito dar á mi ilustre amigo don Cayetano

Rodríguez Beltrán, honra y gloria de la poética ciudad de Tlacotalpan.

Rodríguez Beltrán posee, en efecto, como pocos en los países de habla hispana, y como contados en México, la fuerza de atención, el ojo penetrante y el criterio exquisito que se necesitan para ver, estimar y comprender á la perfección lo que son los tipos característicos, los usos peculiares y la índole distintiva de una región; y nadie como él ha sabido apoderarse del signo capital y del rasgo prócer que particularizan y señalan á estos ó aquellos climas, clases ó individuos. Echase de ver que el autor de este hermoso libro, fué dotado por la naturaleza con la afinación necesaria de percepción y de sentidos, para penetrar el significado de las cosas y recibir su impresión honda y neta, sin que sus líneas máximas ó detalles característicos, se pierdan ó debiliten al correr el camino que media entre el objeto exterior y la representación subjetiva.

Así se echa de ver al contemplar los cuadros de factura enérgica y de refinado acabamiento en que traza y describe todo lo que ve y le

circunda, llevando al espíritu del lector la impresión de la viviente realidad. Quien lee sus descripciones, experimenta la sensación de sitios conocidos, grupos é individuos observados y tiempos vividos; como si hubiese hecho un largo viaje donde hubiesen tomado cuerpo tangible aquellos panoramas, lugares y personas.

Todavía más. Quien hubiese viajado por las regiones que Rodríguez Beltrán describe, tal vez no hubiese hallado en ellas el colorido ni la animación que ostenta bajo su pluma, porque no á todos les es dado poseer el golpe de vista seguro ni la imaginación opulenta del escritor tlacotalpense, ni arrojar sobre las realidades circundantes, el velo de esplendor y de poesía que sabe él extender sobre las cosas y objetos que retrata.

Florece el escritor en una región esencialmente hermosa, á la orilla de un mágico río, que ha sido numen y encanto de poetas de altísimos vuelos. Allí cantó la inolvidable y malograda Josefa Murillo sus amores y ensueños con estro delicioso: allí ha cantado Ignacio M.

Luchichí nobles y elevados asuntos con viril inspiración, que ha arrancado aplausos á la multitud. Y dicen los que conocen el Papaloápan, que los ríos del Edén no hubieran podido aventajarle ni en caudal, ni en limpidez, ni en música, ni en risueñas y románticas orillas; y así debe ser, cuando los himnos que brotan al arrullo de sus ondas, son tan dulces y acordados.

El siguiente pasaje de Rodríguez Beltrán, perteneciente al primer cuento de esta hermosa colección, no va en zaga al más inspirado de los cantos de los vates tlacotalpenses:

«Lentamente la niebla empezó á disiparse: pálidos reflejos y tímidos colores ascendían del caserío húmedo y del césped irisado; las sombras humosas que borraban obstinadamente el paisaje, iban con fuerza esfumándose arrojadas por las claridades tardías.—De trecho en trecho desgajábase la neblina; la luz, á tiempos tenue y radiosa á ratos, incendiaba los árboles y coloreaba las riberas descubriendo un dilatado monte ceñido de un cielo azul y sereno. No sería posible expresar el color del agua

en esa hora: salían del río vahos misteriosos y descubríase el agua en parte turbia, después azulosa, y ya que el sol había dispersado la neblina, tersa y tranquila, como claro azófar en que se espejeaba el risueño paisaje costanero, mientras en el puntiagudo campanario, calentado por los tempranos reflejos y sombreado por las altas casuarinas, se desperazaban las campanas, y quedas primero, avivadas en seguida, se resolvían alegres, vocingleras y tenaces, en repiques que llamaban á misa.»

El cuadro no hubiera podido ser más hermoso, aun cuando, para mayor lucimiento, hubiesen entrado en la composición el prestigio del ritmo y la música del consonante.

***

El genio observador de Rodríguez le lleva á ser esencialmente descriptivo: sabe pintar como pocos; es un artista de pincel mágico para eso de trazar panoramas ó esbozar personajes. Su obra es una constante y enérgica descripción. No se pica de inventor de dramas ni de tejedor de intrincados argumentos; sus

196908

asuntos son claros, breves y sencillos. Lejos de querer impresionar por el desarrollo de la acción, empéñase en producir efecto (y con brillante éxito en verdad) sólo por la exactitud del dibujo y por el tono caliente del colorido. Cierto estoy de que los anhelos de tan docto escritor tienden fundamentalmente á arrancar á sus lectores exclamaciones espontáneas de este linaje: «¡Así es!» «¡Me parece estarlo viendo!» Mas tengo para mí que, si Rodríguez quisiese escribir verdaderas novelas, produciríalas de muy subidos quilates, pues tiene fantasía de sobra para inventar asuntos de vivo interés y para desarrollarlos con admirable maestría y lengua gentil y emocionante. Díganlo sino sus cuentos «Abigeo» y «Por una copa» que, aunque meramente fotográficos de los tipos del ladrón del ganado y del degenerado ebrio, producen una impresión hondísima en el ánimo del lector. La descripción de los tres tíos en el «Abigeo», es de mano maestra: «El tío Goyo enteco de carnes, quemado del rostro, de cabeza chica, como para bien contener un muy flaco entendimiento y una menos

feliz memoria; pelo blanqueado por los años; patiabierto de piernas y patojo de andadura... Tío Chepe ofrece cómico contraste con el viejo Goyo; si aquél es canijo, éste es obeso; si aquél peludo de cabeza y flaco de entendimiento, éste es recalvastro y de agudo ingenio; no hay razón para llamarle chaparro... desmesuradamente tiene desarrollado el abdomen, con una panza tal, que la banda ceñida con fuerza no es bastante á reducir su exagerada prolongación... Cuanto tío Gonifacio—como de buena manera le llamaban—es tostado, y de tan alto tueste, que tira á negro; sus ojos son profundos dentro de unas muy hundidas cuencas; esquiva y traicionera la mirada; taimado en el decir y pastoso en la charla; delgado y derecho como un pino y alto y recto como un roble, no obstante sus sesenta años...»

Sería preciso trasladar aquí todo el cuento para dar á conocer las bellezas de su estructura y los primores de su limpia dicción.

Reina en la colección un aire tal de andalucismo, que á las veces se le figura al lector estárselas habiendo con el libro de algún flo-

rido autor del Mediodía de España: y á no ser por este ó aquel vocablo propio de la tierra, ingerido en la narración, nadie creería que Rodríguez Beltrán fuese mexicano (1). Esto proviene, sin duda, por una parte, del hecho histórico de haber sido poblada la región del Golfo casi exclusivamente por andaluces, y además, de la mucha y bien aprovechada lectura del autor, quien, á juzgar por su estilo, debe saber los clásicos al dedillo. Y lo que da un sabor más pronunciado de españolismo á los cuadros que el autor fielmente dibuja, es que personajes, costumbres, toda la vida, en fin, que en ellos se mueve, son netamente iberos, como si aquellos lugares y aquella región no fuesen más que un rincón distante y extraviado de nuestra antigua metrópoli.

Hay, además, otra circunstancia que hace

(1) Nació en Telacotálpan en 1866, de padres del mismo origen. Ejerce el magisterio y la teneduría de libros en aquella ciudad, y se formó en los planteles locales de enseñanza. Aunque podría brillar en México mismo, no quiere salir de su pueblo, porque dice, sin duda, como Plutarco: «Soy de un lugar pequeño que no quiero abandonar, por temor de que se haga más pequeño».

simpática esta colección, y es el amor que su autor muestra y revela á su terruño, cosa no acostumbrada en nuestro país entre poetas y novelistas, generalmente inclinados á lo fantaseado y exótico. Rodríguez Beltrán describe *con amore* los tipos de su región, complaciéndose en presentarlos á nuestros ojos para que los gustemos, aplaudamos y amemos. El libro entero, de pasta á pasta, parece, en efecto, decirnos: «A ustedes que no tienen la fortuna de conocer estos panoramas pintorescos, estas costumbres originales y estos tipos prestigiosos, van destinados estos cuadros, para hacerles partícipes de mi entusiasmo y de mi admiración». Y, en efecto, después de leer los «Cuentos Costeños» siéntese viva simpatía hacia los tipos y cosas que en ellos figuran, y ardiente deseo de conocer algún día de *visu*, los escenarios encantadores que la pluma del autor ha sabido exhibir tan gallardamente. Esto no quita, con todo, que Rodríguez Beltrán se manifieste descontento de su producción, aunque en ello no hace más que revelar

aquel grado de modestia, que es indicio de mérito verdadero.

He aquí lo que á este propósito me dice en carta reciente: «Mis «Cuentos» son en su mayor parte desmañados, se resienten del medio en que vegeto y del trabajo en que vivo; no son puramente costeños; es decir, que no todos tratan de asuntos costeños; pero el hecho de haber sido escritos por un costeño, bien puede ser motivo para darles ese título á falta de otro más apropiado. «Dorotea», entre ellos, será el más genuinamente costeño; pues en él retrato á la mujer pobre de este pueblo, de mi querido terruño, tosca é ignorante, pero de sentimientos delicados y alteza de alma, tanto más de admirar, cuanto que carece de educación; si admitimos que los sentimientos y las sensaciones se modifican con los medios educativos empleados para desarrollarlos...»

Y, en efecto, «Dorotea» es un cuento delicioso, cuya protagonista, mujer fea y vulgar, pero de corazón de oro, recoge á una huérfana á quien no socorren personajes ricos, la cría y educa esmeradamente á costa de grandes pri-

vaciones y logra, al fin, verla casada y dichosa, antes de entregar el alma al Criador. Como se ve, la trama es sumamente sencilla; pero se muestra tan esmaltada con finuras de ejecución y realzada á tal punto con la pintura de nobles y delicados sentimientos, que es una pura filigrana del principio al fin, y una especie de bálsamo para el corazón que desfallece de tristeza y desaliento en medio de las miserias de la vida. ¡Dichosa tierra aquella donde hay una naturaleza tan hermosa y unos corazones tan buenos!

***

El autor de los «Cuentos Costeños» es un pensador en todos conceptos y un hombre de alta cultura intelectual, como lo ha demostrado en numerosos y aplaudidos escritos; y muy especialmente en un librillo de pequeña forma y bastante pobre edición, que anda por ahí disputado de mano en mano, con el título modestísimo de «Atrevimientos literarios». Crítica, historia, filosofía, alteza de ideas, profundidad de miras y una muy cuidada prepara-

ción científica y literaria, lucen y resplandecen en esa serie de breves ensayos, para honra y prez de su autor.

Lo castizo de su lenguaje, lo vario y rico de su vocabulario, y las notables y meritorias cualidades que he numerado, hacen de Rodríguez Beltrán una personalidad bien definida en nuestro actual mundo literario, pese á lo lejano del lugar donde florece y al pequeño escenario donde vive.

Siempre fué Veracruz fecundo semillero de inteligencias preclaras y de glorias artísticas para México; pero hoy por hoy, es más que eso todavía, porque elevándose por ese camino (en compañía de Yucatán) más arriba que los otros Estados de la República, háse erigido en Sinaí de la inspiración nacional, constantemente encendido por los explendores del numen.

José López-Portillo y Rojas

México, julio 14 de 1905.

LIBRARY
UNIV OF TEXAS

I

El coloquio.

Estábamos en Octubre.

Ya los vendabales, màs frescos que recios, habían suavizado la antes cálida temperatura, oreando las calles y secando las charcas; ya había pasado el cordonazo de San Francisco, sin dejar rastro de estrago ni recuerdo de tormenta; las mañanas comenzaban á sentirse frías, y los nublados y neblinas á ser pertinaces como avanzados pregoneros de los fuertes aquilones.

La señora encargada anualmente de *El Coloquio*, se preocupaba también con la fatigosa rebusca de personajes para la representación por Navidad; contaba con San José y con Jusepe, que era buen contar: dos mozalbetes de aficiones teatrales muy bien medradas; pero faltaba para complemento una docena de actores entre zagales, santos, Herodes y centuriones.

Y la cosa no era para estarse quieto esperando á que se ofrecieran tan indispensables personajes, sino que precisaba ir á la casa de cada quisque, conquistar al papá, si la solicitada era

doncella, ó á la mamá, si mozo, recurrir á la súplica y al ruego para allanar dificultades; todo hecho con cautela, dicho con labia y expresado con vehemencia y de tan diplomática suerte, que los padres quedaran convencidos de las envidiables disposiciones de los futuros actores, cuando ya la señora se había dado á pertinentes murmuraciones por el penoso trabajo de conseguir la venia de padres contumaces y de cómicos imberbes.

Mas no dolían fatigas ni importaban resquemores una vez que sólo se carecía de la Virgen, que ésta, por ser de papel principal en la comedia, se encontraría precisamente por eso.

Hallóla, por fin, la heroica conquistadora, en una doncella cabal, de catorce abriles por cumplir, pero muy en sazón por aquellos ojos negros con reflejos tentadores que amortiguaban largas pestañas; por aquellas afiladas líneas del rostro, alegrado con unos labios frescos, ondulantes, de boca casta y discreta, á la que hacía traición un hoyuelo bien puesto en mitad de la barba; por aquel seno de prematuras curvas que se esforzaban en contener las estrecheces de la camisa, velada por las dobladas puntas del pañuelo.

Los preparativos prosperaban notablemente; todos sabían sus papeles de corrida y aún ponían algo de su cosecha para realzar y más mover las decaídas escenas; pero quedaba un difícil asunto: el de los trajes.

La buena señora, que se hacía lenguas con alabar la humildad evangèlica de San Josè y la Virgen, engrandecer la gallardía y donaire de Rebeca y el tino y gracejo de Jusepe, corregía bien pronto estos muy legítimos arranques, al pararse á considerar la tarea de vestir con trajes adecuados á una veintena de cómicos, que tan presto eran dóciles y decidores, como luego suspicaces y zahareños.

El toque estaba en recurrir al cuarto donde se guardaban, de años atrás, embelecos, perifollos, pelitriques, cintajos, angaripolas, amén de trapos, vestimentas y trofeos; guardarropería de teatro olvidada allí por temporada; pero de la cual habíanse de surtir desde la Virgen María hata Herodes Ascalonita.

Y la señora, muy de mañana, abrió el cuarto con gran chirrío de la puerta tan largo tiempo cerrada: entró la luz, rientè y juguetona, saltando en cambiantes y matices de los áureos galones de empolvadas libreas á las argentinas lentejuelas de mantos y paramentos; besó con sus fulgencias los cascos abollados y las lanzas despuntadas; y en torrentes rùtilos fuè á mirarse en la luna de un espejo que por ahí estaba, el cual espejo, al recibirla, destellò por los rincones del aposento una claridad tranquila y sostenida.

Necesitábase revolver y escudriñar en aquel montòn de trajes incompletos y de armas simuladas; completar las vestimentas y seriar

los vestuarios en orden de indumentarias; para los santos sobraban túnicas y velos por abundamiento de trapos; para los pastores y zagala, no faltarían gregüescos, chaquetas, polainas, zapatillas, faldellín, coselete y zagalejo; en cuanto á Herodes, que andaba en lenguas, quería aquellas trusas rojas con cuchilladas amarillas que asomaban por debajo de un yelmo deteriorado; y cuenta que las trusas sirvieron en apurada ocasión, y á maravilla, para el Enrique VIII de *Ana Bolena*... Conque de rey á rey, ¡qué diablos!

De este conjunto multicoloro, el sesudo meollo de la señora sacaría partido y telas para la discreción de las tijeras y la habilidad de la puntada, que las mujeres poniendo la aguja en costuras hacen lo mismo el regio traje de un monarca que el denigrante sayo de un ajusticiado.

La cerrada puerta, que caía á la calle, estaba asediada de muchachos que husmeaban por el ojo de la cerradura; y fué para los tales cosa de fiesta cuando vieron abierto el postigo de la ventana contigua á la puerta; porque se arracimaron en los barrotes, y á cabezadas y manotones ganaron los mayores el para ellos cielo abierto, dejando á los pequeños en espera de ocasión y turno para encaramarse á regalar las ávidas miradas con los prodigios que había dentro.

¡Y los ojazos que abría aquella chusma de rapaces ante el anuncio de cada portento!

Aquí libreas completas recamadas de galones y entorchados; allí jubones, ropillas, casacas y chaquetas; allà dalmáticas con armiño, zagalejos chillones y faldas desteñidas; acullá traje á la antigua española, en cuyas prendas

Aquí libreas completas...

se erguía negro sombrero con altanera pluma de luengas y airosas barbas; y en todas partes, ya hacinados, ya dispersos, una variedad de coloridas telas y de brillantes galones y lentejuelas.

Pero lo que más despertaba la curiosidad y provocaba la envidia de los rapaces, era aquel casco—verdadero casco de Belisario,—todo él

de hoja de lata, con la visera rota y el casquete abollado que, grave y ufano, como pendiente de un trofeo, estaba colgado de un clavo.

¡Cómo perdían la escuela por esos días los granujas callejeros!

II

Era la mañana nublada y fría en aquella víspera de Pascua.

Las luces del amanecer ocultábanse veladas por los cendales vaporosos de las nieblas, que en grises sudarios amortajaban el sol y entristecían el día: la tierra estaba sin matices y el cielo sin nubes ni colores; el río se adivinaba correr sordamente rebujado bajo el manto espeso de la bruma; los aleros del caserío goteaban y el césped, que alfombra las calles, blanqueaba por el rocío; entre las nebulosidades que limitaban el horizonte hasta ponerlo al alcance de las manos, venía ronco y desapacible el silbido lejano del *caracol* llamando al *pasajero* desde la opuesta orilla.

Lentamente la niebla empezó á disiparse; pálidos reflejos y tímidos colores ascendían del caserío húmedo y del césped irisado; las sombras humosas que borraban obstinadamente el paisaje, iban con fuerza esfumándose arrojadas por las claridades tardías.

De trecho en trecho desgajábase la neblina; la luz, á tiempos tenue y radiosa á ratos, incen-

diaba los árboles y coloreaba las riberas descubriendo un dilatado monte ceñido de un cielo azul y sereno,

No sería posible expresar el color del agua en esa hora: subían del río vahos misteriosos

...mientras en el puntiagudo campanario

y descubríase el agua en parte turbia, después azulosa y, ya que el sol había dispersado la neblina, transparente, tersa y tranquila, como claro azófar en que se espejeaba el risueño paisaje costanero, mientras en el puntiagudo campanario, calentado por los tempranos reflejos y sombreado por las altas casuarinas, se despe-

rezaban las campanas, y quedas primero, avivadas en seguida, se resolvían alegres, vocingleras y tenaces en repiques que llamaban á misa...

***

No es punto este para contar con prolijos detalles las escenas de «El Coloquio»—¡líbreme Dios!—pero es parte bastante á volver el pensamiento á señalados lugares, el recuerdo de Navidad.

Así vemos á María, arrodillada, unidas las manos en actitud beatífica y puestos los ojos, de mirar angélico, hacia arriba, como si de allí esperara la revelación divina; con el manto cayéndole hasta los pies en majestuosos pliegues para realzar la natural dulzura del porte humilde y honesto.

Y Rebeca la bella zagala...

Y Rebeca, la bella zagala, ni se diga: zalamera y gallarda, de muy buena estatura y de mejores carnes; de cabellera negra con los reflejos azulados del acero al temple, que en dos

trenzas, macizas y gruesas, le bajaba por la espalda hasta besar con las puntas ensortijadas la orilla de la falda; los ojos tan negros como el cabello y las cejas, no son grandes, pero muy acertadamente puestos, tanto que alegraban todo el conjunto del rostro que, en riéndose, á la par se reían ellos, cual expresión de júbilo que le salía antes á los ojos que á la boca: de voz tan dulce y bien timbrada que no lo podía ser más. Vestía zagalejo de lustrosa tela, coselete de terciopelo negro, almilla blanca que dejaba descubiertos los torneados brazos, delantal rojo con adornos amarillos y, para coronamiento de su esbelta figura, llevaba un sombrerillo de paja, alón y copudo, con largas cintas pendientes hacia atrás que se echaban á volar gallardeándose con giros vistosos de avecillas campestres.

Jusepe, garrido mozo

Jusepe, garrido mozo que hacía cumplida pareja con Rebeca, tenía boca salerosa que sacaba risa del ánimo más saba-

tido; por traje le pusieron chamarreta en vez de zamarra, holgados gregüescos con perniles hasta las rodillas, medias rosadas, alpargatas y, á la cabeza, un muy pequeño sombrero, sin contar con la zambomba que á cada paso rezongaba sin motivo.

Y comenzaban á echar por esas bocas sus papeles:

Jusepe. —Este camino es mejor
que el que va por el barbecho.
Rebeca.—¡Qué le jace, si é má largo
que una soga! ¡Descansemo
porque ejtoy de tal aquel
que no tengo ya en mi cuerpo
güeso que me sepa bien!

Rebeca, que patojeaba à causa de la jornada, se sentó al raso juntamente con Jusepe, y desde aquí siguió el diálogo sabroso, intencionado é intenso, con gran contentamiento del público que le placían y solazaban las crudezas y remoques de Jusepe y el gracejo y desenfado de Rebeca.

No era para Jusepe malograda la ocasión que en ello se le ofrecía de hacer reir hasta las ropas á los espectadores, y bien que las aprovechaba, recogiendo en pago buena cosecha de aplausos.

Eran de verse los visajes y de oirse la parlería que soltaba al descalabazarse con el misterio de la mudez de su amo, el viejo Zacarías; y el empeño que ponía en ponderarle las largue-

zas porque no lo tenía á raya en eso de su nunca curada glotonería; y con un terno aquí y un despotricar allá, cómo encajó la nueva de la preñez de la ama que, con ser vieja papanduja, estaba en víspera de alumbramiento. Y luego la incredulidad de Rebeca, por punto muy de dudarse, y tan puesta en razón por su natural rustiqueza; y la hazañería y el festejo con que

...y al roncar de la zambomba

matizaba los palabras para acabar por creer el dicho indiscreto de Jusepe.

Estaban en esta charla, cuando suenan de pronto pastoriles instrumentos.

Rebeca, que se quejaba de tener los pies deshechos, las coyunturas rotas y dolorida la cabeza, se levantó desalada con el triscar de ca-

bra inquieta; siguióla Jusepe; aprestó la zagala con viveza las castañetas, el pastor no se entusiasmó menos y, al roncar de la zambomba y al repique de Rebeca, bailaron regocijados y cantaron de contento.

***

Viene Herodes arrastrando largo manto que cubre toda la escena; descubiertas hasta el muslo las piernas, quizá para hacer visible lo patizambo de ellas; lleva la corona ladeada, el jubón acuchillado, el cinto ceñido y colgada la espada; se pasea con más insolencia que majestad por el proscenio; ardiendo en ira escucha al ministro (según rezan los papeles; pero centurión, ó casi, por el descabalado traje) que leía el edicto del Imperio.

Acabada la lectura, estiró Herodes las cejas, y se rehizo presto, como esperando que le convencieran razones y le inclinaran ruegos, para decir al cabo unos malos versos.

Y terminó yéndose por la escena que retemblaba bajo el peso de su soberbia herodiana.

Sucede á este paso la salida de Jusepe y de Rebeca.

En Jusepe estaba de ver y de lastimar la queja por el cambio de amo: ya no habría torreznos que devorar, ni ovejas que desollar; al hartazgo, abstinencia, y á la abstinencia, pena.

Y entre otras lamentaciones contó, aumen-

tando este pasaje y cercenando aquel lance, el desaguisado que le ocurrió cuando fué á Belém, caballero en tardo borrico con más mataduras que cuartago viejo; y entre sustos y aventuras, que Sancho no las hubo mejor—si no se trae á la cuenta la del famoso manteamiento—padeció nuestro Jusepe tal número de desdichas y tan graves desazones con el pregón del censo, por trastocar el mandato, que se dió por sentenciado á la pena de degüello. Y no valían los consuelos y consejos de Rebeca para contener las lamentaciones de Jusepe, porque erre que erre se daba por degollado; y se le metió tan hondo en el caletre esta idea, que juraba y volvía á jurar que al rebaño no se iba y en la montaña quedaba para resguardo del pregón que con voces y trompetas anunciaba tamaño degollamiento.

Para Rebeca era burla y engañifa la alharaca del pregón, ó pretexto de Jusepe para quedarse zangandungo en largo tiempo.

Andando en estas y otras tales, asomaron por la vereda dos bultos, que en vién lolos Jusepe puso piés en polvorosa seguido de la Rebeca.

***

A la quietud de la escena en que sale San José con larga túnica, manto corto, bordón reforzado, duras sandalias y enorme calabaza, que lo hacían peregrino aunque no hubiese cami-

nado dos palmos, retornó á presentarse Jusepe acompañado de su hermana Rebeca (pues á la postre resultaron hermanos de leche) y como Rebeca siempre fué archivo de los secretos de Jusepe, cuéntale las historias que el rabadán les narraba á la lumbre del brasero en las noches de tormenta, y de manera tan embrollada y en punto tal de gracejo, que el público festejó por muy grande cosa las historias de Jusepe.

Lo más interesante del relato vino á interrumpirlo un centurión de visera resplandeciente y amenazante espada, que fingía con bravura grotesca degollar al cuitado de Jusepe; huye Rebeca de arma tan percuciente, y el zagal, advertido del peligro, se turba al extremo de ser estorbo la lengua para hallar palabra de espanto y grito de queja, como si carne y hueso se convirtieran en piedra.

El postizo centurión—pues no era otro que *Isacio*, rabadán de la majada, con un semblante muy de matasiete, exclamó:

«Dime, cobarde, villano...»

Y en razón del vituperio y por fuerza de la espada soltó el pecho á gimotear Jusepe; temblequeando de las piernas y con peligro de los gregüescos que se le venían á las corvas, se puso de tal suerte á implorar, que daba lástima oirle aunque fuera de mentira el quebranto del degüello.

Y tras el fraude del soldado y la oferta de

Jusepe de volverse á su rebaño, salió el pastor más que á escape á mudarse de gregüescos...

***

Isaac con la barba á pelluzgones, Jusepe hecho un ovillo y Jacob metido en la manta, forman rueda sentados á la falda de una loma. Hablaba Jacob de un vinillo que se sentía en la

Isaac con la barba á pelluzgones...

boca y de unos ricos buñuelos para que el hartón de Jusepe se comiera las manos al pensar en ellos.

En esta charla Jusepe echó un repertorio de chistes y de agudezas, si buenos para reírlos las mozas, no menores para gruñirlos las viejas; mas dejando consideraciones aparte, volvamos al corrillo de pastores:

Se abren las alforjas, si no repletas no ex-

haustas; el pan sale para las migas y el mortero para hacerlas; luego la bota—henchida hasta el pezcuezo y alzada como pirámide—pasa de mano en mano, después de haber pasado de gaznate en gaznate; y como aquella hartura no fué de pan y leche, por remate se calentaron las cabezas y las lenguas se pusieron estropa-

.. entre dispierto y encandilado, ve venir de nubes abajo un ángel...

josas; agotados de razones enmudecieron, para refugiarse en las profundidades del sueño.

Mas Jusepe—¡siempre el ladino de Jusepe!—que se quedó en vela por recuerdo del degüello, entre dispierto y encandilado, ve venir de nubes abajo un ángel, que ya en tierra anunció à los pastores la nueva del nacimiento de Cristo en la humildad de un pesebre.

Se levantan todos despavoridos; suenan las

músicas; las luces clarean la obscuridad de la noche; y pastores y zagalas, y mozos y rabadanes, al son de las cornamusas y al estruendo de las gaitas van camino de Belem, tras las huellas luminosas del alado paraninfo...

***

De afuera entra el repique canoro y solemne; vagan por las bóvedas del teatro, en ecos alentadores, las broncíneas campanadas, acallando la recitación de los representantes y amenguando la armonía de los cantos; sale el auditorio á borbollones, con los rostros placientes de candorosa alegría y las bocas de á palmo festejando con largas carcajadas las crudezas de Jusepe y el donaire de Rebeca sin importarles los cómicos un ardite, los dejan diciendo el final de sus papeles á las sucias bambalinas, para salirse todos à la misa del gallo, de la cual han ya sonado dos llamadas.

Por sobre de la muchedumbre que invade la iglesia fulguran las ceras y brillan los nimbos y las aureolas de los santos que, en sus hornacinas, están prendidos de flores y olorosos de incienso; el órgano gime sus notas religiosas y graves, gorgoritean los pitos de agua; los panderos, al golpear de los parches, resuenan la ristra de cascabeles y el sochantre entona el «Gloria in excelsis Deo.»

De entre los patios parpadean los farolitos

de colores; las calles se pueblan de *parranderos*, y allá, á lo lejos, por cima del murmullo de la iglesia y del vocerío de la cristiandad en vela, los gallos tempraneros quiquiriquían, y se escucha el contrapunto del arpa y el villancico llano y templado:

«¡Abranse esas puertas,
rómpanse esos quicios,
que á la media noche
ha nacido Cristo!»

II

Soledad...

«...ven pronto.

»Es una niña; tiene tus ojos y tu boca. Si vieras cómo sonríe. ¡No tardes, ven!

»Esta la dirijo al primer puerto en que toque tu barco.

»¡Adiós!... voy á arrullar á nuestra hijita y á verme en sus ojos... no, en tus ojos, porque son iguales á los tuyos, negros y grandes...

»Tu esposa

Carmen.»

***

Así decía el final de la carta que acababa de recoger el capitán del barco «Carmen» en el correo, donde estaba inscripta con el número 2,347 en la lista de «rezagos».

¡Era padre! Hacía ocho meses que andaba mar afuera; el viaje se presentaba productivo sin ser la ganancia fabulosa.

¡Qué regocijo volver al hogar!

Una niña, bella y rubia, encontraré en la cuna; se parecerá á su madre; pero Carmen, por

una fantasmagoría del cariño que me tiene, cree ver en sus ojos mis ojos y en su boca mi boca... ¡Son tan buenas las mujeres cuando quieren de veras!

Y el soliloquio siguió por ahí con todo el trasunto de una novela.

Y el soliloquio siguió por ahí con todo el trasunto de una novela.

El valiente marino hubiera querido que el barco tornara en hèlice sus pesadas velas, ó llevar, como Ulises, los vientos favorables dentro de pellejos para disponer á discreción de ellos... pero aun así el buque retardaría su salida, porque era necesario tomar carga para completar el fletamento en el puerto inmediato. Cuestión de veinte días.

Acabado de tomar el «Carmen» la carga, se hizo á la vela en día despejado y fresco, con la mar tranquila, cual si fuera balsa de aceite, y viento favorable; con ocho días de igual tiempo, tomaba la barra y llegaría el buque en un santiamén al puerto de su destino.

En el viaje la mente del capitán no estaba ocupada más que por el pensamiento de su hija; la retrataré tan luego llegue—fantaseaba—así la tendré siempre en mi camarote en las largas y continuas ausencias que me imponen los viajes; después me ocuparé en otros cuidados para con mi primogénita...

Llegó al término de su viaje: al distinguir sobre el horizonte diáfano la punta aguzada de la cúspide del campanario y el penacho airoso de las gallardas palmas ¡qué alegría tan intensa conmovió su alma! ¡Su hijita estaría en la cuna, dormida quizá, con la boca sonriente y la madre embelesada velándola el sueño!

Atracó el barco al muelle; entregó el capitán los documentos aduanales al celador marítimo, y violento, con una curiosidad inusitada, y una vehemencia extrema, llegó á la calle en la cual habitaba; le dió un vuelco el corazón: las puertas de la casa se veían cerradas y las persianas de las ventanas corridas; todo triste y silencioso. Aunque no había avisado su pronto arribo, su ilusión paternal esperaba encontrá á su esposa en el corredor con su hijita en brazos ¡tienen tan sutiles presentimientos los cor

razones enamorados! pero sólo el silencio y la tristeza respondían á su anhelo.

Estaba en el quicio; dió quedo con el aldabón; á los pocos instantes de espera escuchó crujir de faldas, en seguida el chirriar del picaporte; abrióse la puerta... ¡Enrique!... ¡Carmen!... y cayeron ambos esposos en un fuerte abrazo entristecido por muchas lágrimas... después, huraños, mudos, enrojecidos los ojos por el llanto, mustios los semblantes por el duelo, tomados de las manos para sostenerse en la desgracia, entraron en la alcoba: allí estaba la cuna vacía, las ropas blancas semejando montón de plumas del avecilla que murió en el nido por la garra sangrienta de alevosa carnicera; ni una queja, ni un reproche: un torrente de lágrimas, la mirada suplicante interrogando al cielo, y allá, bajo la sombra trémula de los cipreses, una cajita blanca tragada por el hondo y hambriento surco de los obscuros senos de la muerte!

...y cayeron ambos esposos en un abrazo...

III

A remo y sin sueldo.

Alberto nació pobre por herencia como otros son ricos por lo mismo, pero tenía una cualidad que bien se compadecía con su pobreza: era muy trabajor, con toda la sufrida abnegación de los mártires.

Alberto se hizo maestro de escuela, que equivalía en aquel pueblo á meterse brujo.

Vivía en un cuchitril del edificio del mismo plantel; comía en una fonda, y por propia mano se remendaba los pantalones y le ponía los botones á la camisa.

Gastaba en lo más preciso, sin que se suponga que andaba mal trajeado hasta parecer mendigo.

Pasaron años y Alberto seguía en la escuela de «pane lucrando», para ganarse el mezquino pero suficiente sueldo que alcanzaba á no dejarlo morir de hambre en su humilde condición de soltero económico y morigerado, sea dicho en alabanza del maestro.

De pronto la vecindad, que siempre andaba á la husma, notó un cambio repentino en las huraña s costumbres y en el antes invariable

traje del maestro: el sombrero de fieltro que usaba hacía cinco años fué substituído por uno flamante; el pantalón raído, por otro de corte elegante; cuello inglés lustroso en la camisa y corbata luciente y vistosa por sobre la abrillantada pechera; los zapatos de suela claveteada, y entre ambos con tres remiendos para hacerlos más duraderos, por otros acharolados y con un viso y un rechino muy de señor. De retraído que era volvióse sociable: concurría al café á jugar carambolas; á la botica á echar su párrafo con el corrillo; al zócalo á dar vueltas al son de la música de las retretas; al pórtico de la iglesia á tiempo de la salida de misa; al casino los domingos á entablar un partido de paco, y al teatro, cuando había función de aficionados, ó cuando trabajaba alguna compañía lírico-dramática, aunque de la legua.

¿Quién había influído de manera tal en el ánimo de Alberto hasta el extremo de transformarlo por completo?

¿Le tocaría el premio mayor de la Loteria Nacional?

¿Heredaría de algun tío y por «ende» rico?

Ni la lotería ni ningun tío habían hecho el milagro.

No tenía el curioso sino ver hacia la ventana de la casa de enfrente de la escuela donde Alberto vivía para encontrar el hada que, por arte de taumaturgo, cambio tan brusco había operado.

Morena: ojazos negros, profundos, circuídos de largas pestañas y adornados por unas cejas crespas, abundantes; nariz un tanto remangada, ni chata ni larga; boca mediana, más grande que chica, con labios húmedos, carnosos, rojos; grueso el inferior y ondulante y fino el superior; barba perfecta, si es perfecta la barba semiredonda; este rostro coronado por cabellos

Morena: ojazos negros, profundos...

negros, sedosos y espesos; en cuanto al cuerpo, no tendríais más que recordar la esbeltez de la «yagua» y el junco cimbreño de orillas del río. Así era de guapa la novia del «escuelero», como mordaz y solapadamente le llamaban las vecinas envidiosas y las solteronas en estado penoso de celibato.

Algunas visitas en presencia de los padres de la futura; regalos y serenata la víspera del santo de Matilde (que así se llamaba la doncella) sumas y restas; lecciones á domicilio; operaciones de contabilidad en libros de mercachifles; artículos para el periódico de la localidad; trabajos y economías vinieron á determinar el casamiento de Alberto con Matilde.

***

Entre dos vacaciones se casó Alberto.

En la primera amuebló «el nido»—como le decía el poeta del periódico en el cual escribía —con modestia, pero con ese reflejo de la limpieza que es tan grata á la vista; en la segunda se corrieron las amonestaciones y las publicatas y el maestro se casó al término de ellas.

Su idilio estaba hecho carne, hecho realidad, hecho caricia... Matilde era suya, no dejaría de ser su compañera sumisa y amorosa.

¿Qué le importaba la lucha larga y sostenida, si á la vuelta del rudo batallar encontraría el premio á su victoria con un beso, con un halago casto y perfumado?...

Las necesidades apremiaban: un hijo vendría á colmar la dicha de aquel hogar pobre y venturoso.

—Ya sabes, si es niña se llamará como tú, Matilde...

—¡No, hijito, que lleve el nombre de tu santa madre!

¡Qué buena eres, qué noble!

Y un beso prolongado sellaba las proposiciones.

Alberto no se daba tregua: de la escuela á los tenduchos á asentar las operaciones del día y á despachar la correspondencia; de allí á almorzar en un vuelo; en seguida, á la Redacción á corregir las pruebas; acabada la labor, otra vez á la escuela; en la tarde, la propia y fatigosa tarea hasta la noche.

Nació el primogénito: una niña rolliza y chillona como un cachorro.

¡Qué júbilo en la casa! Alberto estaba loco de puro contento. ¡Trabajaré más pero soy padre! —exclamaba en sus soliloquios de alegría. Y se encontraba con fuerzas nuevas para pegarse al remo. Pediría trabajo al Notario y escribiría de noche en las horas que le dejaran libres las otras ocupaciones.

Entre mimos y cuidados creció la niña blanca como un vellón y rubia como una espiga.

Alberto trabajaba á todas horas; lo mismo de día que de noche. Hacía copias al Notario, artículos para el periódico; con tenderos y comer-

ciantes siempre tenía trabajos extraordinarios, tales como formación de inventarios, balances de fin de año, ocursos, etc., etc. Casi no le quedaba tiempo para dedicarle una hora de charla á su esposa y otra de caricias á su pequeñita, la cual estaba próxima á echar los dientes: el trabajo, el trabajo aniquilaba con sus recios brazos de acero la existencia de Alberto.

***

Y del tanto trabajar y del mucho pasar las noches en vela, vino la enfermedad á postrar en el lecho al luchador de todos los días.

Tirado en la cama, sin un amigo, sin un consuelo, con la pequeñita enferma y la costilla en cinta, pasaba las horas largas y tediosas del que sufre abandonado.

Los pocos ahorros para el futuro parto se los tragó la enfermedad, esa carcoma que tantos estragos hace en la hacienda del pobre.

Y como una desgracia nunca viene sola, sucedió que teniendo Alberto un mes de estar en cama, recibió una comunicación del Alcalde, en la cual se le decía, por estilo oficinesco, que, ó concurría á las clases, ó se declararía vacante el empleo...

¡Cuánta filantropía!

Con las manos desfallecidas por la reciente fiebre rasgó el papel y lo arrojó con asco.

¡Así pagaban sus años de servicio! ¡Así su labor diaria y asidua!...

¡Qué se perjudicaría la instrucción!... ¡Cuál si no supiera él cómo andaba la enseñanza!

Se encerró en un mutismo tenaz; y allá en las visiones de su imaginación debilitada veía pasar sus días de lucha perenne; su llegada al hogar después de un trabajo continuo de doce horas; sin hartarse de caricias con su hijita, sino ir á la chitacallando hasta el lecho para no dispertarla, verla dormida con la boquita entreabierta y sonriente, las manecitas apretadas como si ocultaran algo; besucarla quedo y miedoso, y andar otra vez á chitos á la salida para no interrumpir sueño tan reposado; y de seguida ¡darle cima al trabajo de la noche hasta que se extinguiera la vela de esperma!...

¡Infames!—pensaba—yo que no he tenido ni domingos, ni días de asueto, ni huelgas, ni hartazgos, ni holgorios, anhelaba un día entero para mi familia, para mi hijita, para tenerla entre mis brazos y verle hacer sus gracias; echármela á la espalda y pasearla al galope por la casa, como si fuera cabalgando de veras; besarla á mi antojo, debajo de la barba, en el cogote, para hacerle cosquillas; ponerla á horcajadas sobre mis muslos y cantarle, mientras imito el trote de la cabalgadura:

«Corre, borriquito,
vamos á Belén,
á ver á la Virgen
y al niño también»

Y... ¡nada!... ¡el trabajo, el deber, prohibiéndome estos castos y dulces goces de la paternidad!

***

Alberto fué dado de alta por el médico; está convaleciente de la fiebre y cesante de la ayu-

entonces el padre se la monta en las rodillas...

dantía de la escuela; tiene deudas; pero vive contento en su hogar con su hijita; la adormece, la mima, le habla; y cuando la pequeñuela le dice: pá... él se enloquece, la besa, la estruja con sus vehementes caricias; y la niña, al sentir debajo de la barbilla, ó en la nuca las púas del bigote del buen papá, ríe y ríe de modo

loco, mostrando las encías hinchadas y rojas, donde se adivinan los dientes prontos á salir fuera; entonces el padre se la monta en las rodillas, entre prolongados besos, canturiándole á cada movimiento de las piernas:

«Arre, borriquito,
vamos á Belén,
á ver á la Virgen
y al niño también!...»

¡Y una lágrima brota de los ojos del maestro, en tanto la pequeña ríe argentinamente sobre las dóciles rodillas que le sirven de cabalgadura!

IV

La cabra tira al monte.

Y despertó de aquel sueño poblado de visiones púdicas é inocentes, sueño en el cual parecían huir, en contorsiones lúbricas, el placer desenfrenado y la orgía bestial...

Era muy de día.

Por la puerta de la alcoba, discretamente entornada, penetraba riente y tibio un rayo de sol, y en los visillos de la ventana la luz se encendía en un rojo crepuscular.

La alcoba era pequeña y limpia; verdadero cuarto de soltero, donde la limpieza no luce por falta de simetría en la colocación de los muebles: aquí una silla con libros y periódicos; allá botellas de cerveza descorchadas; cerca del lecho, ropas arrojadas por la alfombra y en la percha un saco parecía ahorcarse de un clavo; encima del aguamanil, un espejo pequeño; arriba del buró un marco conteniendo una estampa religiosa; sobre una mesa redonda tazas con sobras de chocolate y migajas de pan, resto de improvisado desayuno, según se echaba de ver por el *reverbero* ahumado y por los pa-

lillos de fósforos que sobrenadaban en el aguardiente del trasto que asomaba por la boca abierta del utensilio.

Ella, con las señales de la trasnochada en la contraída frente y por las sombras violáceas que hacían más lànguidos los ojos negros y profundos; la cabellera en desorden; el afeite del rostro desteñido, dejando rayas blancas en la comisura de los labios y en el pelo de las cejas; se incorpora, un tanto rebujada en las sábanas, mira en derredor, bosteza, levanta, restira y contrae los brazos para desperezarse.

—¿Cómo vine aquí?—se pregunta.

Y el pensamiento, en aquella soledad matinal, entra en un proceso de investigación: Apenas lo recuerda después de un esfuerzo mental: fuè la noche de orgía: hubo baile y cena; después de las libaciones cada pareja dejó su asiento, y ella cayó como un fardo sobre el hombro de su acompañante. No recordaba más.

Allí quedaron los pètalos de las rosas dispersos en el mantel manchado de vino, ó pisadas brutalmente debajo de la mesa; las bujías palideciendo por el rayo auroral que teñía el horizonte extendido lujosamente ante la ventana abierta...

Estaba ahora en cama limpia y sencilla, sin perfumes asfixiantes ni lazos llamativos; el tocador hacía falta en la alcoba con su amplia luna de Venecia y sus botes de aguas aromáticas y pomadas olorosas.

Poco á poco fué dejando el lecho; tomó la ligera bata del respaldo de una silla; calzóse los chapines de raso brillante y chillón; con una habilidad mujeril recogióse las crenchas poniéndolas en rodete sobre la coronilla y se fué perezosamente al pequeño espejo: estaba pálida y ojerosa; sus ojos parecían más negros porque aquel su brillo de saetas punzadoras había disminuído por excesos de la noche en vela.

y se fué perezosamente al espejo...

Con lentitud abrióse la puerta entornada y pareció en ella un mozo alto y fornido, de risueño semblante y de edad hasta de veinticinco años.

—¿Que tal de sueño? ¿Has dormido bien?

—¡Sí!—contestó con un rubor que mal se compaginaba con la condición de la prostituta.

—De la fonda traerán el almuerzo; son las once de la mañana... Aquí hay agua limpia... (y echó en la palangana agua) aquí está el jabón... y aquí la toalla...

La muchacha obedeció como una chiquilla; tomó el jabón, estregóse el ajado rostro y en

seguida se propinó largos y ruidosos lavatorios.

Repetidos golpes se sucedieron en la puerta que el joven había cerrado.

Un sirviente traía el almuerzo. Extendió silenciosamente el mantel como fámulo acostumbrado á tales discreteos; puso cubiertos y panes que sacó de un canasto, juntamente con las servilletas y una botella lacrada; colocó los platillos aún humeantes, invitando con un ademán, que quería hacer ceremonioso, á sentarse á la joven pareja.

La mujer todavía estaba ante el espejo acicalándose algunos mechones rebeldes que le caían sobre la frente; acabó de tarea tan de su costumbre y vino á sentarse cerca de su amigo con mal encubiertos dengues, mirlándose de gesto.

El almuerzo fué silencioso, quizás por la presencia del criado; se comió poco y no se bebió menos.

Una vez retirado el sirviente comenzaron las confidencias.

—¿Cómo te llamas?

—Mi nombre de pila es Luisa; pero en la *casa* me pusieron Consuelo.

—¿Y cómo fuiste á parar allí?

—Mi historia es corta y triste. (Tales mujeres siempre traen novelas largas á los labios, aprendidas en ratos de ocio y contadas á porfía con la melosa y discreta parla de una Margarita desdeñada.)

—¡Cuenta, cuenta, que tengo curiosidad de saberla! (Con esta insinuación el nuevo amigo de Consuelo se puso de codos en la mesa dispuesto á esperar hasta el fin de la historia lacrimosa.)

—¡Mi padre era un borracho! ¡Dios lo haya perdonado! Todos los días le daba una paliza á

—¿Cómo te llamas?

mi pobre madre. ¡Escándalos, riñas, golpes, blasfemias fueron para ella ¡bendita de Dios! el pan de cada día! Yo era muy niña y no podía más que gritar; después no gritaba porque mi padre me lo impedía con furia salvaje... Con tales tratamientos mi madre se volvió áspera y cruel de apacible y buena que era... Nunca había pan ni lumbre; mi madre trabajaba hasta la madrugada, unas veces cosiendo y otras ha-

ciendo tamales y empanadas para venderlas yo misma muy temprano en la plaza del mercado... pero fueron inútiles esos recursos: mi padre cuando venía de la calle pedía dinero, y... ¡me duele recordarlo! golpeaba como un loco á mi madre hasta que le sacaba el dinero... (Aquí hubo una pausa y Luisa se llevó el pañuelo á los ojos.)

—¡Sigue, sigue!—repuso el mozo.

—Yo crecí en aquel infierno donde nunca me alegró una caricia, donde siempre tenía mi castigo por la única falta de haber nacido... Mi padre todos los días quería dinero para írselo á emborrachar con los amigos... Mi madre agotó sus fuerzas trabajando mucho y enfermó de tan malos tratamientos... No había para médico ni medicinas... pedí, mendigué... en vano... Yo misma hacía *papelitos* en demanda de préstamos apremiantes; á todos los parientes y conocidos de mi madre hacía esas peticiones; al principio me socorrieron; pero como mi padre era un holgazán y un borracho, acabaron por no darme nada... Mi madre se moría... Loca, desatinada, corrí á la tienda de la esquina á pedir una limosna á su dueño, que era pedirle á las piedras... El viejo, usurero y astuto, tras de ruegos y promesas, me dió lo suficiente para enterrar á mi madre... pero sobre mi frente antes pura no podía la moribunda darme un beso de bendición... ¡El viejo miserable sellaba mi futura orfandad con la marca infamante

de mi deshonra á cambio de unas sucias monedas!

Luisa calló obstinadamente; tal parecía que por su memoria, traída á aquella brusca confesión, los días negros de su pobreza y las luchas tenaces de su alma pasaban.

—¿Y nada más?—preguntó el amante de una noche de orgía.

—¡Cómo lloré la muerte de mi madre y la pérdida de mi honra!—repuso Luisa saliendo de su mutismo.—Después rodé, rodé, tuve bofetones por caricias, verdugos por amantes y cautiverios y desvelos por vida... ¿Mi padre?... ¿Quién sabe?... Quizás en la cárcel; tal vez en el cementerio.

. . . . . .

El joven quedó pensativo, casi sombrío; de allí á poco exclamó:

—¿Quieres vivir conmigo?—y dulcificó esta solicitud, con un abrazo y un beso, que puso radiante y hermosa á Luisa, á manera de una de esas flores que faltas de luz se marchitan en la sombra y de pronto sienten sobre sí la ardiente caricia de un sol de primavera.—Aquí no tendrás lujos ni riquezas; soy huérfano como tú; me faltan también cariños en el mundo: mi prometida me engañó cuando creía hacerla mi esposa... ahora ninguna me acepta; las pobres, porque dicen que puedo seducirlas; las ricas, porque suponen que busco su dinero.

El trabajo y el nombre de mi madre son los estímulos que me sostienen en la lucha. Mira, aquella imagen, es un recuerdo de mi madre, es mi única reliquia, es todo lo que tengo de sagrado en mis creencias... En cuanto lo demás, sé trabajar, soy robusto y estoy saludable, el

y dulcificó esta solicitud con un abrazo y un beso .

porvenir puede ser mío... ¿Quieres vivir conmigo?

—¡Sí!

Y desde aquel día, Consuelo, la de la historia pecaminosa, dejó la bata amplia y diáfana por la enagua de cambray y el pañuelo de seda; el peinado alto de estilo griego por las modestas trenzas; la media calada de colores provocativos por la media blanca y honesta; el choclo ó

chapin ostensible de raso por el serio zapato de cuero inglés.

Vivían más como hermanos que como amantes, por aquella armonía continua, por aquella apacibilidad de caracteres tan buscada en la vida marital.

Luisa disponía los quehaceres domésticos y aun personalmente los ejecutaba con la sola ayuda de una criada; salía poco por rehuir un encuentro con sus antiguas compañeras de prostitución; á veces se atrevía de noche á pasear por calles solitarias y lejanas del brazo de su amante.

Y desde aquel día Consuelo, la de la historia pecaminosa, dejó la bata...

Por sobre de la estampa—recuerdo de la madre del mancebo,—puso el mismo hijo el retrato de la meretriz, no por un sacrilegio, sino por una exigencia de mujer caprichosa y vana.

El rostro antes ajado de la que fué Consuelo, tenía los tintes de la juventud, tal vez porque había arrojado la máscara que llevó en la vida

mundanal; no sabemos si para ocultar un remordimiento ó para seducir á los hombres.

En aquel cuarto de soltero, cambiado por la coquetería cortesana y por la laboriosidad femenina, en alcoba vistosa y perfumada, parecía que se albergaba la felicidad, adormecida por el amor y amparada por el trabajo.

Fué un sábado.

Luisa pretextando salir á compra urgente, á eso de las dos de la tarde, se vistió como para ir á la fotografía; su marcha precipitada creeríase una fuga.

Dieron las ocho de la noche y Luisa no volvía; el amante mozo comenzó por alarmarse con tamaña ausencia; concluída la tarea de su comercio, tomó la calle para respirar en aire pleno, porque dentro de aquellas paredes, en las cuales creyó tener cautiva la felicidad como la esperanza en el fondo de la caja de Pandora, se asfixiaba.

Anduvo calles sin rumbo fijo á modo inconsciente de sonámbulo; eran las dos de la madrugada cuando se retiraba, desvelado y mohino hacia su cuartito, antes tan lleno de ilusiones; á distancia percibió el chacharear de voces femeninas, y á medida que se acercaba al lugar de donde salía el guirigay iba oyendo distintamente el canturrear aguardentoso de libertinos y rameras.

Entre aquella parranda de mujerzuelas conoció la voz timbrada de Luisa, de la infeliz

que recogió del lupanar por uno de esos arranques generosos tan propios de la juventud.

Se ocultó á espiar al grupo escandaloso.

Ya de cerca, á la luz del macilento farol, vió á Luisa borracha, con la caricia obscena en los labios pecadores y la impudencia desenfrenada en las ropas descompuestas.

No supo qué hacer, si arrojarse sobre ella y golpearla como á una perra callejera, ó volverse sin ser visto, para esconder su dolor y su vergüenza.

Estaba de vuelta en su cuartito; encendió con lentitud la vela; se desnudó pausadamente, y antes de meterse en la cama, cual si recordara la plegaria de niño, se acercó al marco, tras cuyo retrato estaba la imagen religiosa que le dejara su madre: arrancó de un tirón la fotografía y la hizo mil pedazos; volvióse á la cama, apagó la luz, maldijo de aquel afecto que le sedujo, prometió domeñar su añoranza con voluntad de acero, y dijo, rebujándose en las sábanas:

—¡Cochina!...para quedarse dormido.

V

Ab Intestato.

¡Se muere!

¡Qué venga el mèdico! ¡y el cura!

¡Llame usted á los vecinos!

¡Pronto, pronto, que se nos queda en las manos!

Así gritaba la criada única de doña Remedios, vieja octogenaria y rica, que hacía treinta años que se estaba muriendo entre pócimas, ayudas, rezos y médico.

Llegaron los vecinos, ocurrió el mèdico y después el cura, y la casa convirtióse en una babilonia.

Quien proponía un baño de *asiento*; quien una lavativa, otra—vieja dada á brujerías—autorizaba á la criada que le pusiera debajo de la axila un sapo muerto. ¡Quite usted de aquí—reprendióla el médico—lo que necesita es repòso y no brujerías!

Y el mèdico tenía razón: en aquella casa se oía un ruido de diez mil de á caballo; una pedía agua hirviendo; otra aguardiente alcanforado; la de más allá linaza para una cataplas-

ma; y la criada preparaba un sinapismo de mostaza, mientras, en medio, arrodilladas, había dos docenas de viejas que aturdían con el gori-gori de la oración de difuntos ante el chisporroteo de una vela que alumbraba á una vetusta estampa.

La señora doña Remedios volvió del parasismo; abrió los ojos y tornó á cerrarlos al ver tanta gente que invadía su alcoba.

El cura hizo un ademán y despidió á toda aquella turba oficiosa; el médico pulsó á la enferma, extendió un récipe y dijo á la criada: una cucharada cada hora hasta que se termine la medicina; en caso de otro desmayo me llaman; y despidióse de aquellas personas.

El cura hizo un ademán y despidió á toda aquella turba oficiosa...

Doña Remedios, hecha un esqueleto forrado de pellejos lacios, estaba entre sábanas, sacando la cabeza de lechuza, mal coronada por unos mechones amarillentos; toda ella era un emplasto, y no sé cómo abría de componérselas el médico para aplicar una medicina de *uso externo*.

Lo que padecía la señora doña Remedios eran los achaques de la vejez, que quería combatir á fuerza de drogas y de dinero, siendo que el dinero no da la juventud, sino que suele quitarla cuando cae en manos pródigas.

Doña Remedios había despachado al otro mundo á más de un marido—y cuenta que fueron tres—que habían caído en el garlito; es decir, que, mozos y con prendas personales, creyeron quedarse viudos antes de tres meses, y les salió la nuez vana; pues murieron á poco de contraer nupcias, dos de congestión cerebral—no sé si por abuso de la buena mesa—y el último de lo propio, porque llegó á ponérsele el cuello corto como de buey.

Malas lenguas—abundan cien por noventa y nueve buenas—decían que doña Remedios mataba á sus maridos con las drogas de su repleto botiquín; pero no había tales encantamientos, sino que la vieja era dura de pelar.

La criada sólo quedó de la familia de la señora valetudinaria; pues doña Remedios no hubo prole, y no era para tenerla; puesto que no se

había casado ni en primeras ni en últimas bodas con ningún Zacarías. Tenemos, pues, que la enferma *per secula* consideraba como de su familia á la criada, y la criada ¡oh avaricia! se tenía formada su novela para después que la vieja muriera. Seré la única y legítima heredera—pensaba—supuesto que la difunta—cuando realmente lo fuera—no tendrá sucesión.

Y el deseo inmoderado de heredar la traía siempre en desasosiego.

Y á cada ataque de la señora una esperanza fallida; porque doña Remedios no se moria ni con cien años encima.

Cuántas veces la criada, á la hora de las carreras en busca del médico y del cura manifestando sobresalto y pena, echaba una mirada de soslayo á la cama para ver si doña Remedios agonizaba; y otras, cuando el gorigori de las viejas rezadoras, suspendía el rezo comenzado para pensar ¡oh sacrilegio! en la muerte de la vieja.

En cambio la vieja acartonada no veía en las crecientes solicitudes de la criada más que miras mercenarias y mezquinas: Todo lo hace por mi dinero; si no tuviera ni una peseta, me dejaría morir aquí como un perro; es una hipócrita, una malvada. ¡Pero qué buen chasco se va á llevar! ¡No le voy á dejar ni un real, todo se lo dejaré, cuando esto vaya de veras, á la Virgen de Candelaria!

Y en uno de esos parasismos, que la vieja

creía que no iba de verdad, cerró el pico sin hacer testamento.

La criada se dió á todos los demonios: gritó, lloró, pero en vano, porque no heredó más que las drogas de la señora que no cabrían en la rebotica de «La Tlacotalpeña». No obstante es-

La criada se dió á todos los demonios; gritó, lloró, pero en vano...

to, un leguleyo metió pleito al *ab intestato*, cobrando honorarios para la criada por asistencia en la enfermedad de doña Remedios y no consiguió la fámula si no perder sus pocas economías; pues el *guizachero* cargó con el santo y la limosna, dejando á la criada sin un centavo en el bolsillo...

VI

Dorotea.

Nació pobre y quedó huérfana cuando no supo darse cuenta de su desgracia; creció entre las hurañías de unos parientes lejanos, y se salvó de las asechanzas del mundo por la fealdad con que la naturaleza la dotó desde los primeros días de una triste y desvalida infancia.

Sola á la muerte de aquellos parientes, que fueron sus verdugos en vez de sus protectores, se refugió en el trabajo.

Para ella el duro trabajar no era la sentencia del Eterno en los primeros días de la Creación, sino una mera condición del estado de la mujer pobre y honrada.

Era Dorotea—pues el nombre de pila pareció acordarse con lo desmedrado de la humanidad de la huérfana—alta de cuerpo y amojamada de carnes; el pelo corto y escaso; deprimida la frente, en que las cejas ralas ponían cerco á las órbitas hundidas, escondite de unos ojos negros, húmedos de mucho llorar y sin reflejos del mucho velar; los pómulos salientes hacían más achatada la nariz de lo que en justi-

cia era; la boca grande, con gruesos labios que al reir, en vez de mostrar alegría en el rostro, lo descomponían con una mueca horrible; los brazos muy escurridos, como canillas; seco el pecho; las manos con nudillos como avellanas, y enormes y juanetudos los pies. En el habla tenía entonaciones dulces cuando reía ó rezaba, y ásperas y enronquecidas cuando se enfadaba--que para bien de Dorotea sucedía pocas veces;—andaba flaca de memoria y pobre de entendimiento; de escribir no sabía ni hacer un palote, y de leer apenas deletreaba tal cual nombre con una canturia de echarse á reir; de oraciones estaba de antaño repleta su cabeza, y en dando el toque vespertino, era la primera que mascullaba: «El ángel del Señor anunció á María...» y

Era Dorotea—pues el nombre de pila parecía acomodarse...

de hilo entonaba la del *Angelus* sin equivocarse ni una coma.

Con la aurora se levantaba, y el ruido monótono y acompasado del metate de Dorotea, después del canto del gallo, era el primero que se oía de mañana en el vecindario.

Los lunes á remojar la ropa sucia que de fuera lavaba; el martes, le daba un *ojo de agua*; y mientras el sol secaba el tendedero, ella se ocupaba en moler chocolate que de tiendas y casas le encargaban; otras veces, en iguales acasiones, hacía dulces para la venta callejera, ó tamales, que de todo ello siempre tenía seguros y abundantes compradores, porque unos y otros los aderezaba de chuparse los dedos; de tarde en tarde mataba este ó aquel cochino que compraba lechón, á fuerza de escaseces, y aprovechaba verraco tras larga y sufrida cebadura; y con la matanza del cerdo, la ganancia venía segura y bien medrada, aparte de que sobraba manteca para el gasto, y chicharrones y longaniza para regalarse algunos días, y, con el regalo y la holgura, olvidar las comidas ordinarias de sopa y olla por cotidiano alimento.

De costuras andaba mal, y mucho que lo lloraba Dorotea, porque no fué por falta de diligencia de ella, sino por sobra de avaricia de sus parientes, que la traían de puerta en puerta con obstinadas rifas, ó con voceadas ventas de bocadillos y alfajores para aumento de la pobre hacienda y lucro de los follones tíos.

Después, cuando llegó á mujer, la quitaron de andar callejeando, no por el riesgo de libertinos y comadres, sino por hacerla sudar el quilo, pegándola con crueldad de cadena perpetua á la batea; lavaba y lavaba todos los días, y para la costura no hubo ni un momento ni ningún cuidado; sólo los domingos, y en unas que otras noches, la obligaban á zurcir y remendar los miserables trapos de sus tíos; pero ni aprendió á sacar hilos ni supo de *rejillas*, y cuanto al bordado, era cosa de hadas para las manos callosas y regordidas por la frecuencia con que estaban en el agua al lavar en la batea.

que la traían de puerta en puerta con obstinadas rifas...

En medio de estas pobrezas y de este trabajar con ahinco y sin pena, tenía los domingos sus ratos de placer, de recocijo, de asueto, ó

como quiera llamárseles, que de cualquier manera nombrados eran buenos para Dorotea; su primer gusto era ir de madrugada á misa; de vuelta echaba el maíz al cerdo—si tenía alguno á la engorda,—y á las gallinas, que nunca le faltaban; acabada de cumplir esta obra de misericordia, tan infringida en su persona, bebía el parco desayuno, y en seguida se regodeaba con regar unos cuantos rosales que crecían y floreaban con gala y exuberancia en un rincón del patio; las flores las tenía como un regalo para la vista, quitada en esos momentos de cosas vulgares, y para el olfato, que necesitaba delicia para esparcimiento de un espíritu candoroso y bueno como el de Dorotea.

Murieron uno tras otro los parientes de la pobre lavandera; no sin pena los enterró cristianamente, y con sus ahorros pagó el costo de las humildes exequias de su tía y de su tío, que Dios dispuso se fueran casi juntos al otro mundo, para beneficio de la maltratada huérfana, víctima de la holganza y superchería de gentes que, á título de parentelas, lucran y expeculan con la miseria.

Al correr del tiempo, este afanar y nunca medrar de vida en que se consumía la existencia de Dorotea, vino á aumentarlo un suceso desgraciado.

Acababa de morir en el barrio una señora de larga data postrada con incurable y tenaz dolencia, de esas para las cuales no encontrando

los médicos panaceas, recetan paliativos hasta el último trance; así, pues, vino la muerte por remate para aquella señora, no menos sentida con estar de cierto esperada: y la desgracia no estaba, á pesar de serla, en la muerte de la enferma, sino en que una niña quedaba huérfana, sin nadie en el mundo, sola y pequeña para despertar en los humanos pechos la clemencia y el consuelo.

Después de rezado el último rosario, se preguntaban las vecinas qué harían por aquella huérfana; y con excusas unas y con pretextos las más, todas evadían el compromiso de recoger y amparar á la pequeñuela, que sollozaba y lloraba sin saber por qué.

Los ricos y acomodados del vecindario cerraron su corazón con la doble llave del egoísmo y la avaricia.

Uno de ellos decía de sobremesa: «Yo *trairia* aquí á la huérfana, porque al fin y al cabo, no sería un sacrificio para mi bolsillo; pero luego las responsabilidades cuando sea mujer, los *noviazgos* y...»

Otro, caritativo y benefactor—honorabilidad que había conquistado con poner siempre su nombre, el primero, en la lista de cualquier donativo y en dar de limosna un centavo á cada pobre de la balumba que se viene obstinadamente á las puertas todos los sábados,—rehusaba hacer la verdadera caridad de llevar á su lado á la tierna huérfana.

Sucedió que entre consejos de familia y conciliábulos de egoístas se pasaron los días, y nadie volvió á nombrar á la pequeña ni á preocuparse de su suerte.

Dorotea no ignoraba lo que pasaba en la vecindad; había concurrido á dos rosarios en noches en que sus ocupaciones no fueron urgentes: entre los corrillos que se formaban después del rezo de difuntos, había oído hablar de la orfandad y del abandono en que la madre muerta dejaba á la infeliz criatura, pero supuso con su natural bondad, que no faltaría gente acomodada del barrio que amparara en su casa á la huérfana, y no sospechó, ni por un momento, del duro trance en que la pobre niña se vería.

Mas un domingo, de boca de doña Petra—vieja que todo lo indagaba para comentarlo con labia, aumentarlo con maña y censurarlo con dureza,—supo que ni el acaudalado don Liborio, ni el comerciante don Timoteo, con toda su riqueza el uno, y con toda la aureola de filántropo el otro, recogieron á la huerfanita.

Al oir el chisme de la señora Petra, se le puso á Dorotea el habla ronca y la mirada hosca; apretó amenazantes los puños, y dijo tan grandes y crudos denuestos, y tales y muy encendidos improperios en contra del taimado don Liborio y del no menos hipócrita de don Timoteo, que no hay suerte de palabras con que estamparlos aquí para mengua y castigo de egoistas y mojigatos.

Volvió Dorotea á su casa en un soplo con aquello que había escuchado de la boca siempre abierta para palotear, de la atisbadora doña Petra, haciéndole fuego en la cabeza y saliéndole en las protestas con una vehemencia poco acostumbrada por la sufrida lavandera.

Al oir el chisme de la señora Petra se le puso á Dorotea...

Pasó el sofoco y de mala gana desgranó las mazorcas y de igual modo arrojó los granos á las gallinas que esperaban ansiosas el alimento por haberse pasado la hora en que las tales comían el bocado de las mañanicas: el café lo bebió de un sorbo sin tomarle gusto, más bien

como pócima amarga que como dulce desayuno; y para colmo de desaciertos olvidó el rosal, que rojo y calentado por los rayos de un sol de Agosto, trascendía su fragancia por todo el patio y abatía el oloroso vaho de la olla que humeaba en la vecina casa.

Fué aquel domingo para Dorotea de tristezas y quebrantos, trasiego de pensamientos fugaces y de resoluciones firmes y bien meditadas.

En la noche, terminado el rezo de antes de recogerse, se metió en la cama; y revolviéndose aquí y aquietándose allá, acabó por rezar á ratos y hablar á solas, tan luego palabras aisladas, cual en una pesadilla, como coherentes y discursivas; de pronto, de igual suerte que con un salto por sobre palabras incompletas y discursos reflexivos, llegó á esta afirmación:

—Sí, pá mí y pá la probecita naá noj faltará.

Y esta inquebrantable resolución, producto del batallar rudo de un escaso entendimiento, puso término al soliloquio para al punto quedarse muy sosegadamente dormida.

***

¡Qué contenta amaneció Dorotea aquella mañana!

Con ese su cantar, monótono y destemplado, hizo correr á las gallinas á tiempo que venían hambrientas á la puerta del corral á saciarse con el grano matutino; pero repuestas de la sorpresa, volvieron con más gana á picotear y

entresacar de los yerbazales la apetitosa pitanza tan de largo deseada.

Anduvo pronta y alegre en sus quehaceres; iba de un lugar á otro con paso ligero y meneador, que no se acomodaba con su habitual recato; del rosal cortó una flor y se la puso en la trenza; de allí á poco, advertida de coquetería tan lejos de su costumbre y de sus años, se avergonzó hasta el blanco de los ojos, quitó la flor de su cabeza, fuése á la alcoba, y reverente la colocó en el jaspeado marco de cedro que contenía su santo «Niño de Atocha», pendiente de uno de los pilares de la cama.

La niña recogida por Dorotea aún dormía acurrucada en una esquina de la cama; ya estaba dispuesto el desayuno para la *nena*, como dió en llamarla para nombrarla con cariño.

Y dispertó la niña, y se alegró Dorotea, y la miró con ojos como que nunca han visto cosa que de su gusto sea; y entre beso y beso, y tras sorbo y sorbo, reía locamente la rapaza, y aquella alegría fresca era para el sentir de la siempre infortunada Dorotea una dicha inefable; sus ojos antes sin brillo, fulguraban con las luces que les prestaba el contento; á su boca, resuelta á reir con regocijo, que no empañaba el recuerdo de ninguna pena, le faltó la sempiterna mueca de antaño: era que el amor, arraigado en aquel pecho sano, pero no salido fuera por ausencia de persona en quien ponerlo, se desbordaba impetuoso, brusco, palabrero, en

el primer despertar, riente y festejado de la *nena*.

Para Dorotea fué una bendición la compañía de la *nena*; por su parte la pequeña era de tan buen natural, que hacía cuanto deseaba Dorotea y aprendía con precoz inteligencia cuanto le enseñaban, aficionándose cada día de la buena mujer, á quien reputaba como á su única y querida madre.

Desde el feliz día en que Dorotea realizó el caritativo propósito de quedarse con la *nena*, se levantaba más de mañana; despachaba los quehaceres en un santiamén para dedicarle el mayor tiempo posible al único tesoro que tenía en este mundo: la rapaceja.

Entró la huérfana en los siete años, y llevóla Dorotea á la escuela, matriculándola con el nombre de María, como si quisiera darle un nombre bello en contraposición del suyo tan feo.

Y de regreso de dejar á su hija adoptiva en la escuela, decía: «ya que yo no aprendí *náa*, que lo aproveche mi *nena*.»

***

Fué una delicia cuando la pequeña trajo de la amiga unas mangas rejilladas. *Pá* tí, *mamita*—decía radiante la inocente niña.—En pago del regalo, Dorotea la besaba, la estrujaba con sus caricias montaraces y sus mimos repetidos.

La engorda de un cerdo dió cinco botijas de manteca y dejó una ganancia de treinta pesos;

Dorotea no cabía en sí de gozo; metió los dineros en una alcancía, y allí los dejó bien acompañados de otros que había de fechas atrás guardados con el pensamiento de ser para regalo y holgura de su *nena*.

A mediados de Marzo cumplió María once años, tan cabales y bien llevados que daba gusto verla: tenía el pelo ensortijado de la nuca para abajo, de color castaño con reflejos dorados en las puntas de las abundantes crenchas; ojos negros y grandes, nariz aquilina, boca pequeña, barbilla picaresca; rollizos los brazos con unos hoyuelos al doblarse en el lugar de los codos: chicas y regordetas las manos y los pies pequeños y combados del empeine; voz armoniosa, y en ella tal parlería que dejaba boquiabierta á Dorotea, que se veía como en un radiante espejo al contemplar la belleza candorosa de María.

Con Mayo, vino el deseo de la *nena* de ir á ofrecer flores á la Virgen; y como cualquier antojo de María era una orden para Dorotea, sin que por ello se crea que la niña pedía más de lo justo, de seguida sacó dinero de la ya repleta alcancía y se fué en derechura para la tienda á comprar el velo, la corona, tela fina para el vestido y medias y zapatos blancos para emperifollar á la mimada chicuela.

Todas las tardes, después de reconocer la ropa del tendedero de la calle, hacía un ramo del rosal con sus toscas pero afanosas manos

la bonaza de Dorotea, para que las llevara á ofrecer ante el altar de la Virgen la guapísima María.

Pero cuando echó la casa por la ventana fué el día de la primera comunión de la *nena*: dispuso en medio de la sala una gran mesa, adornada con albo mantel y abrillantados jarrones con olorosas y coloridas flores traídas de los patios vecinos, que la puso en términos de parecer mesa de gaudeamús, convidó á las condiscípulas de María, y para obsequiarlas con largueza—pues á la pobre lavandera no le dolían prendas cuando de festejar á su hija se trataba—compró una molienda de chocolate con mucha almendra y no poca canela, la molió ella misma bien *pasadita* para que quedara que ni de bodas en aquel honesto y alegre festejo.

Alcanzaba María los quince años y estaba en verdad bellísima...

Alcanzaba María los quince años y

estaba en verdad bellísima; con esa belleza estable de la adolescencia, igual á la de la flor que de botón se abre galano y fresco en rica y codiciada rosa; contrastando fuertemente esta belleza tan cantada de María con la fealdad creciente de la querendona Dorotea.

Bordaba la huérfana primorosamente; y siempre tenía encargos y pedidos: ya este pañuelo con un «Recuerdo» circundado de florida guirnalda; ya tal *blus* de un camisón para las elegantes donas de una prometida; ya una camisita para la canastilla del próximo fruto de bendición de una pareja recién casada; y todas estas costuras salían blancas, brillantes y artísticas de las manos limpias y hábiles de la maravillosa bordadora.

Dorotea se había salido con su deseo: «mi *nena* no tocará el *peano* como *muchas pelantrinas*, ni andará de *arrumacoj*, ni *náa*; pero de juro que cose como *poca* y borda como ninguna *crijtiana*.» Y así era la verdad; los bordados de María llamaban la atención, no sólo por la habilidad y sutileza de la puntada, sino por el tino y discreción para aplicar los dibujos y el gusto para escoger los adornos.

Estaba acostumbrada Dorotea á escuchar el canto de María todas las mañanas, mientras la bella huérfana se peinaba y arreglaba los útiles para el bordado; y aconteció en una de ellas que la muchacha no cantó ni antes ni después

de terminado su humilde tocado; aquí de las cavilaciones y de las conjeturas de Dorotea. ¿Qué será? ¿Estará enferma?

Y se llegó á ella muy entrada en alarma, diciéndole:

—¿Tienes algo, *nena*?

—¡Nada! Me duele un poquito la cabeza...

—Pué de juro que hoy no hay bordao. ¡A la cama!

—¿Pero si no es nada, *mamita*!

Y Dorotea se empeñaba en acostar á la *nena* y arroparla luego.

Al día siguiente igual mudez.

María no cantaba con aquella su voz armoniosa, que sonaba en los oídos de la vieja Dorotea con el más melífluo tono de pájaro canoro; acostumbraba á escucharlo con arrobo en las mañanas como el de avecilla tempranera que, lejos de hierros cautivos, suelta jorgeo tras gorjeo, sin darse cuenta de la atención que despierta y de las tristezas y quejumbres que mitiga con su dulce y argentino canto...

Volvióse Dorotea á María para inquirir el motivo del silencio.

Entonces no fué la cabeza lo que le dolía á la *nena*, sino las muelas.

Dorotea, aunque no muy perspicaz, torció el gesto, y pensó al instante: «aquí hay gato encerrado.»

Desde ese instante se volvió recelosa, taciturna y husmeadora, no sin alcanzar á poco tiem-

po el motivo de la desazón y melancolía de su hija adoptiva. Primero notó que María le echaba llave á su almohadilla, precaución poco ó nada tenida por ella; después, que á cada paso estaba en el corredor de la calle sin haber cosa de llamar la atención entre los vecinos; y, por último, que se engalanaba más que de costumbre, poniendo en su adorno menor sencillez y muy inmoderado afán de parecer vistosa.

La cosa estaba adivinada sin ser una sibila: María andaba metida en tapujos de enamoramiento.

Primeramente Dorotea sintió celos y llamó ingrata á María con dolor y sin vituperio; arranque muy en razón si se viene á la cuenta de que Dorotea nunca amó, ni supo jamás de noviazgos y amoríos, y de que tenía puesto todo su cariño para el prójimo en la huérfana, á condición de ver su puro y sencillo amor correspondido, sin admitir parte para otro que no fuera ella; modo rústico, pero ingenuo de querer de ciertas gentes de traza y caletre como Dorotea.

Con todo aquel celo salvaje de la lavandera, acabó por proteger los amores y conformarse con la parte que le correspondía de los afectos tiernos de su *nena*, después de destarado el amor, casto y juvenil, para el novio idolatrado.

Para evitar hablillas, muy de mañana salió Dorotea con rumbo á la casa del novio de María.

Estaba en ella el galán ocupado en sus labores comerciales; en breve y seria conferencia explicó el por qué de su visita tan temprano:

Ella sabía los amores de María; para el bien del honor de su hija, no quería ventaneos ni telégrafos; si él amaba con honrados fines á su rapaza, á despachar pronto, que los pobres no

Estaba en ella el galán ocupado en sus labores...

necesitan mucho para casarse; con seis meses de frecuente trato dentro de las paredes de su casa, serían suficientes para que los dos se conocieran y convinieran; además, María era un ángel, con que...

Y el mozo ofreció obsequiar los deseos de Dorotea y empeñó su palabra de caballero.

Dorotea, aunque torpe, no quedaba muy sa-

tisfecha de las palabras del prometido de María, por esa prevención, muy de la gente ignorante, que es resguardo de su rustiqueza. Desconfiaba de la palabra del novio de su hija, tanto más cuanto que María era bella, huérfana y honrada, y el pretendiente, si no rico, en vísperas de serlo.

Pero salió bien librada de aquel trance—según decía—gracias á lo milagroso de su santo «Niño de Atocha», á quien rezaba noche y día con reiteradas deprecaciones para que le colmara sus deseos; y bien que oyó el clemente santo los ruegos de la pedigüeña lavandera; pues el señor cura leería la primera amonestación en la misa cantada del próximo domingo con que comenzaría el mes de octubre.

La huérfana no se daba punto de reposo con la aguja alistando las *donas*, que todas eran un dechado de habilidad y buen gusto, sobre ser escogidas y ricas; el novio, por su lado, arreglaba la casa con modestia, como se lo pedía su prometida.

La huérfana no se da punto de reposo con la aguja...

Se casaron en la madrugada, sin ruido ni ostentación; no hubo comida de

bodas ni convidados, por lo cual no faltaron las habladurías de las célibes jamonas y de los desocupados callejeros; pero en nada empañaban esas quisquillas la dicha realizada por los desposados.

Dorotea lloraba, no sabemos si de felicidad ó por sentimiento; y de todo corazón daba gracias á su santo «Niño de Atocha» por haberla dejado con vida hasta ver llevar al altar á su mimada *nena*.

y desde su butaque, donde pasa todo el día...

***

Corrió el tiempo con la ligereza que acostumbra después del casamiento de María; Dorotea está tan anciana como enferma; no mueve pie ni mano; y desde su *butaque*, donde pasa todo el día, endulza sus achaques y dolencias con ver jugar á dos rubios niños que llenan la casa con sus carreras y la atruenan con sus gritos: son los hijos de María que llaman abuelita con cariño y garrulería infantil á la hoy quieta Dorotea.

Para los buenos y felices esposos es Dorotea

una santa metida en un fanal, y tiene todas las comodidades que apetece una vejez enferma y fatigosa; y del cariño de cónyuges roban un poco para la buena viejecita, que siempre queda, aun contando con la mayor parte cercenanada á los hijos.

***

Murió Dorotea al peso de los años; la lloró

se distingue una siempre por el notable adorno...

María y su esposo con bien sentida pena. Y allá, donde los justos moran eternamente, estará satisfecha de haber cumplido su deber en este otro mundo de miserias, mientras la dicha sonríe y acrecienta en el hogar que ella formó aquí abajo con una bondad y una ternura ejemplares.

***

En el agreste cementerio, sobre el montón de cruces negras que extienden sus brazos en distintas direcciones, se distingue una siempre por el notable adorno que ofrece de frescas y olorosas coronas; y año con año, al caer de la tarde, se ve á su pie joven pareja, triste y enlutada, en tanto á corta distancia cuatro niños corren tras las mariposas con parlotear ruidoso que resuena vibrante en las fúnebres tapias...

Allí reposa Dorotea.

VII

La herencia.

La familia había disfrutado de todas las comodidades que brinda la opulencia; buena y abundante comida de *gentleman*; rica y lujosa casa con chucherías traídas de París de Francia; caudal saneado y robusto á pasto de intereses; los hijos educados en el extranjero, con excentricidades de sajones en las adaptadas costumbres y sangre costeña en las venas.

Murió el padre, fuerza motriz de aquella mecánica del trabajo que producía un creciente movimiento de prosperidad; la máquina dejó de funcionar á alta presión; falta de engrane y de fuerza directriz, fué debilitándose hasta quedar paralizado el émbolo.

Después las piezas atrofiáronse por inercia en la función, desaparecieron poco á poco, y quedó la pobreza, de la pobreza vino la miseria y de la miseria la indigencia.

Los miembros de la familia murieron unos en seguida de otros, y sólo una rama sobrevivió, escueta y débil por el azote tenaz de la desgracia.

Días sin pan y noches sin sueño hubieron de minar la mísera existencia de aquellos seres que pasaban el más cruel de los calvarios: el viacrucis de la miseria cuando antes habían traspasado el pórtico del Capitolio.

La indigencia—esa hambrienta que nunca se sacia,—tragóse todo, desde el mueble de lujo hasta los retratos de familia, para reducirlo á metálico, y el metálico pasarlo por el tamiz de la economía y convertirlo en sustento cotidiano.

La pobreza, que encierra en reclusión forzosa á quienes la padecen, tenía solos y abandonados á todo socorro y beneficencia á aquellos desheredados.

Lágrimas abundantes que obscurecían los días del esplendoroso sol; insomnios que poblaban las noches de pavorosas visiones, donde la muerte, descarnada y fría, levantaba rígido su índice como una esperanza, donde la vigilia consumía las carnes y secaba el cerebro; noches interminables, en las cuales se buscaba el sueño—que siempre huía,—como un consuelo; y luego todo un cortejo fúnebre de esperanzas fallidas, de locuras risibles de hipocondríaco, que sonaban el cascabel de la alegría cuando los pensamientos bailaban su aquelarre, danza macabra en las fugitivas lucideces de un cerebro enfermo.

La situación iba transformándose en terrible: el suicidio, como una amenaza constante,

suspendía sobre aquellas cabezas, prosternadas por la miseria, su anatema de sangre, y ¡nada! el miedo á la muerte sostenía la lucha eterna en que el gladiador sucumbe en el quicio de una tahona.

¿Qué hacer?

El problema estuvo resuelto: el padre, que guardaba como una reliquia el medallón que le dejara la buena madre al morir, sacó del fondo del baúl (última opulencia del equipaje de un rey José) la prenda venerada; desmontó los brillantes y los vendió al platero; primero vendió diez, después, según apremiaban las necesidades, hasta el último; sólo quedaba ya el cerco de oro antes ricamente engastado; la reliquia no tenía de riqueza más que el metal del marco, y de culto de reverencia el retrato de la madre.

Un proceso vino á llenar de más hondas cavilaciones las horas de la existencia de aquel desgraciado padre de familia.

¿Vendería el oro y guardaría el retrato sobre el pecho, despojado así de todo objeto de lucro por parte de los hombres?

¿Sería una profanación?

Y el hambre, con sus cuencas hondas y fulgurantes, sus labios contraídos, sus quijadas convulsas y sus manos crispadas pasó una sombra famélica por las noches insomnes de aquel padre desesperado.

¡Veré al tendero de enfrente!—pensó el padre

de aquella familia indigente, con la firmeza de una resolución irrevocable.

Llegó al tendajón; sin rebuscamientos ni pinturas—porque el hambre no sabe de retóricas —dijo á lo que iba.

El tendero sacó una balanza para pesar los adarmes de oro, é intentó extraer del marco el retrato querido para sustraer la tara.

—¡No!—exclamó el cuitado en un arranque sublime.—Sino lo vendocomo el lujo que fué de mi opulencia; ese no es oro que pesa quilates; no es moneda que tiene ley; es sangre de mi sangre, es recuerdo de mi madre dado al borde de la tumba; representa la fortaleza para mi

El tendero sacó una balanza para pesar los adarmes del oro...

ánimo en momentos vacilantes de debilidad mundana; es lo único que me queda de un pasado que fué opulento y que se ha hecho odioso... ¡No!... Representa una historia, la página blanca de mi vida... Dadme para el sustento de hoy, que yo os devolveré mañana el valor de sus quilates... ¡Un día más! ..¡que nuestro litigio se gane y el recuerdo vuelva íntegro á mis manos sin profanación, puro, inmaculado!

—¡Doy dos pesos!... ¡Yo no entiendo de esos lloriqueos!

Y el judío tiró sobre la madera recia del mugriento mostrador dos pesos fuertes, nuevos, relumbrantes, de sonido tentador, despertando la codicia que dormía dentro del alma del necesitado, narcotizada por el dulce beleño del amor filial, mientras la muerte levantaba, por cima del fondo negro de la desgracia de aquel hombre, su índice rígido y seco como una esperanza.

VIII

Trapos y muñecas.

No tenía de su niñez más que un vago recuerdo, obscurecido por la austeridad de antiguas costumbres que hicieron silenciosa y triste la siempre alegre vida de la infancia.

Quizás por ello los tempranos años no dejaron un rastro luminoso en la penunbra de una imaginación quieta y callada como las aguas sin corriente ni murmullos; acaso, en lejanías que suelen borrarse, fulgurarían crepúsculos de días soleados, sonarían risas infantiles que pasan; gemirían lloros que se interrumpen para sentir, en la hoy ajada mejilla, la caricia amorosa de una madre.

Tal vez sufrió amarga y honda decepción allá en las florideces de la juventud, cuando el amor endulza la existencia y mata los pesares, cuando la esperanza vuelve los días venturosos y las noches insomnes... ¿Quién sabe?...

El amor se agostaría en su dolorido corazón para trocarse en páramo, donde quedaría una piedad para las flaquezas humanas y un consuelo para los viejos pesares.

Su vida tranquila pasaba sin interrupciones ni brusquedades en un aislamiento voluntario; para ella eran iguales las estaciones: ni la alegraban las galanuras de la primavera ni la entristecían los días nublados del invierno; vivía en una quietud automática; alejada de diversiones y paseos mundanos, para meterse en quehaceres y obligaciones domésticas, sólo concurría á la iglesia en los domingos y fiestas de guardar.

Era aquella una vida de santa en medio de costumbres sencillas y seculares; el rezo corto y frecuente; y en el pensamiento, una ardiente y ahincada reverencia para las cosas divinas, sin visos de hazañerías y repulgos de santurrona, sino muy adentro sentida y muy quietamente manifestada.

No había en ese olvido del mundo, en esa reclusión habitual un egoísmo huraño, ó un pecaminoso disimulo, que para haberlos, bien pronto el trato áspero, el mal contentadizo carácter echarían por boca y ademanes lo que el pecho ocultara por hipocresía y dolo.

Y la buena y religiosa señora no estaba sola en aquel su rezar ferviente; traía la imaginación ocupada con un infinito anhelo de amor maternal y hubo noche que viera en sueños un niño Dios, sonrosado y blanco, tendiéndole los brazos con solicitud filial y amorosa; y por este sueño y aquel deseo, contemplaba en los niños que pasaban locuaces para la escuela, seres

venturosos y bendecidos que huían de sus ternezas por una desventura de su destino; y en la iglesia, por las tardes del floreciente Mayo, en cada niña vestida de blanco y puesta de hinojos para ofrecerle flores á la virgen, seres celestiales, ángeles sin alas que, como visiones seráficas, desfilaban por su mente, en tanto tenía los ojos en el suelo y en sus labios murmujeaba la salve.

Su soledad, su retiro, bien se avenían con este cariño mental para los niños; gozaba con el recuerdo de mimos y halagos infantiles, y muchas veces se condenaba esta complacencia atribuyéndole pecado, no porque lo fuera, sino porque venía, en ocasiones, á interrumpir el pensamiento, todo puesto en el rezo cotidiano.

No podía en sus imaginaciones atinar con el modo mañero y la ocasión oportuna de atraerse á los niños para tenerlos cerca, no como un juguete, sino como una veneración; recordaba las dulces palabras de Jesús: «niños, venid á mí», y las glorificaba, y de este pensar no pasaba su deseo.

Otra vez, tras largo discurrir sin cuento y pensar sin acierto, ocurriósele meterse maestra de escuela, abrir una «amiga» para los niños del barrio; ella les enseñaría el abecé, la numeración y el catecismo y algunas oraciones, que para tales enseñanzas no se necesitaban de muchos saberes, pero el reparo de cobrar el aprendizaje á padres pobres y el escrúpulo de ser el

blanco de las habladurías de las vecinas, la contuvo dentro de los límites de la prudencia y del silencio, abandonando el proyecto, tantas veces pensado y tantas otras desechado, para poner á la rebusca de recurso más expedito á su imaginación, tenazmente interesada en el negocio.

Y con estas y con otras sucedió que un día encontró lo que por tan largo tiempo y de tan solícita manera buscaba, en un montón de trapos, cintas, retazos y encajes, que en un canasto estaban guardados.

Comenzó á revolver en ellos.

El rojo se prodigaba desde el bermellón plebeyo hasta el púrpura imperial, pasando por todas las tonalidades del granate, del escarlata y del encarnado, que humillaban con su color visible é intenso, al amarillo desteñido, al rosa tímido, al celeste pálido y al verde agreste, por más que éstos se ufanaban en parecer altivos con los reflejos que les prestaban los rayos solares, disparados de las vidrieras de alta ventana; los cascabeles y abalorios que allí también estaban, resultaban más humildes y deslucidos que los mismos trapos y cintajos, por pedir afeite y gala á brillos falsos y á postizos alquilados, de que no usaban ni necesitaban—sea dicho para ponderar su modestia—los retazos morados, turquíes y anaranjados que, en variables y alternativos matices, por la confusión y

revoltijo que tenían, se descoloraban, sin alcanzar el brillo del rojo cardenalicio y del púrpura cesáreo...

¡Qué presteza para preparar la labor!

Entre dos credos percibió agujas, hilo y alfileres; aquí el algodón, allá el lienzo blanco, más cerca la seda negra... ¡y á comenzar la obra!

No necesitó de modelo; su mismo deseo la orientaba en la tarea: con cuatro puntadas hizo un bolsón á manera de casquete, con hueco sobrancero en la parte superior; en seguida lo rellenó de algodón, reforzándolo con la punta de las tijeras; estaba listo el principio; en aquella forma ovoide, monda y rellena, la seda negra y el acierto en la puntada harían el prodigio.

Entre dos credos percibió agujas, hilo y alfileres...

Fué cubriendo la parte posterior del postizo con un rodete á guisa de solideo; después, con mucha maña, puso en lugar determinado por lo agudo de su inventiva dos arcos hechos á fuerza de puntadas menudas con seda negra: estaban indicadas las cejas; á continuación repulgó desde la parte media del entrecejo para abajo, con lo que malamente hizo una muy

achatada nariz, que de perfil quería remedar la línea recta del clásico corte griego; por bajo de esta configuración del apéndice nasal, con hilo rojo marcó la boca, sin ondulación ni pliegues, casi derecha, como esas bocas que el hombre primitivo imprimió en sus ídolos de piedra; faltaban los ojos, la expresión de la vida en las singularidades de aquel rostro imperfecto; no resultó cosa de mucho trabajo darle vista al engendro de muñeca: con dos abultados puntos negros, en espacio razonable entre lo que hacía de caballete de la nariz, tuvo, aquella que ya era cabeza, ojos tan dormidos y oblicuos, que envidia fueran de la mismísima emperatriz de la China.

Acabados estos preliminares en menos tiempo que el empleado para contarlo, se sucedió el adorno de la cabeza: la raya, con una sobre costura blanca en medio del solideo que figuraba el cabello; sobre él una cinta roja con alzado moño por remate; á ambos lados y en lugar en que, de tenerlas, llevaría las orejas, unos abalorios que brillaban con el más riente lucimiento que jamás ostentaron mujeriles perendengues; en la parte sobrante, que para la inventora se antojaba el cuello y el tórax, añadió dos rollos largos y no poco gruesos, con los cuales dotó de brazos al mal conformado tronco; ocupóse por término de su faena en vestir á la muñeca: de pedazo de tela celeste con encaje á la orilla hizo un pañuelo para cubrir el busto de

la figura, quedando los brazos desnudos con las manos que parecían muñones por falta de dedos; á la puesta del genial pañuelo costeño, vino la enagua de tres interpuestos olanes, abombados y fruncidos con muy meditado aliño, y, para concluir el traje, un adornado delantal negro, que le caía hasta la orla de la ahuecada enagua, y que por detrás llevaba larga y ancha cinta con vanidoso lazo de plegados frunces.

Y hecha la primera muñeca, se sucedieron las demás, dando de manos todas las cosas para pensar sólo en ellas; y no se desvelaba si no en acrecentar la tarea y buscarle cumplido regalo y grande beneficio, cansándose y fatigándose así, para que huelguen y se regocijen los menores con el contentamiento de una muñeca que vende barata la buena señora, no por quitarle mérito y menoscabar la categoría de sus inocentes artificios, sino para que mejore y suba de punto la afición de las rapazas para aquellas muñecas de trapo; esto lo practicaba de puro corazón, buena voluntad y fe verdadera, y quedaba capaz para seguir ejerciendo la caridad en tiempo y forma que determinarán las circunstancias; porque no había cosa en que más se echara de ver el acomodo y habilidad de sus manos, que en la hechura de tales engendros, ya pequeñas y acicaladas, ya grandes y esbeltas, de muy señoril porte y aristocrático aliño, que hacían pensar en un país lili-

putiense de mujeres casquivanas y coquetas, que todas ellas eran antojo y pesadilla, fiesta y regalo de las niñas, que en parvadas unas veces, «por turno otras», iban á comprarlas.

Eran aquellas muñecas, pobres y mal trajeadas—cuando lo estaban, que bien que solían estarlo—al igual de las niñas que las buscaban: formas endebles y prosaicas de un mundo de privaciones y de tristezas, que llevaban alegría al ocio corto y al asueto escaso; figuras que se desteñían á la luz del sol y que se desfiguraban á poco que el ajetreo de muchachas saltarinas y parloteras las llevaban de aquí para allá en un chacharear constante y en un arrullar temoso y débil.

Venían á ser juguetes que se esconden y avergüenzan en presencia de esas hermosas muñecas de peluca blonda y sedosa, ojos movibles de cristal, boca sonriente, entre cuyos labios blanquea esmaltada dentadura; de brazos desnudos y rollizos, de pies calzados con zapatillas de quitar y poner; con articulaciones en todos los miembros; de párpados que se cierran dulcemente al mecerlas en el regazo, y con automático decir ¡ma—má!... ¡pa—pá!... al apretarles el epigastrio; pero estos portentos son muy frágiles y están expuestos á muchos peligros y quebrantos, como todas las humanas hermosuras femeninas; al menor descuido quedan sin ojos; con inesperado golpe pierden un brazo; la polilla y los ratones, como finos

roedores, dan buena cuenta de la poblada y sedosa cabellera; y con el mucho chillar ¡ma—má!... y el tanto decir ¡pa—pá!... dejan de hablar por el estómago como los ventrílocuos para quedarse en mudez perpetua; mientras las muñecas de trapo mondo y lirondo no corren tantos riesgos ni en tales peligros caen; pues en vez de estar sujetas á lamentables percances, viven sanas é inmunes y acaban por morir de puro viejas para ser sepultadas en un rincón; al revés de las carigordas y mofletudas muñecas de porcelana, no sufren dislocaciones ni lloran quebraduras de cabeza; se están sin enfermeras y duermen en cualquiera parte; y por más que llevan la cara tiznada de igual suerte que sus dueñas, no importa, que con estar quietas en sus casas nadie moteja la falta de aseo y la carencia de higiene; en cambio, las aristocráticas, al primer tropiezo que llevan se entran en cuidado y se ocultan en la enfermería y no asoman las narices ni por un cristo de oro...

Así pensaba la caritativa y laboriosa señora, dando cima á la última muñeca que acabalaba una docena—la tarea del día—para ponerla pendiente de una cuerda juntamente con la multicolora ristra que le servían de compañeras.

Y por modo tan habilidoso estaba cumplido el vehemente deseo maternal; pues por la mano de aquella religiosa señora salían de trapos

y embelecos, cual reflejo de su ahinco, en burdas pero originales figuras, los productos de su industria casera.

En esa multitud silenciosa de muñecas, con

Así pensaba la caritativa señora, dando cima á la última muñeca.

petrificados rostros por la dureza de las líneas, y con indiferente serenidad de mirar por los ojos sin cristales, se eterniza una sola expresión inalterable: la infinita quietud de una alma pura que ama á los ninos sin olvidarse de vendecir á Dios!

IX

¡Padrino!

—Quiero que *osté* sea el padrino de mi pelón.

—¡Pero si me tienen por hereje!

—¡No importa! ¡*Unque juera* judío, lo quiero de compadre!

—¡Pero si tengo muy mala mano! Mire osté: he *bautizado* á diez y he *confirmado* á otros tantos, y tal parece que con mi padrinazgo les dí el pasaporte para la eternidad: todos murieron.

—*Ansina* y *toó*, *osté* será el padrino.

—Bueno. Lo confirmaremos esta tarde; yo iré por él... nene á las cuatro en punto; ¿adónde se hospeda?

—En *cá* mi compadre Lucio, el que cristianó al pelón, ¿sabe? El vive aquí, calle derecha, á la *güelta* de aquella casa de pilares redondos...

—Sí; estoy enterado.

—Ahora, dígame, ¿cómo se llama la madre de la criatura?

—¿*Pá qué*?

—Pues, hombre, para sacar la boleta.

—¿*Puej* hay que pagar *contrebución*?

—No, compadre, digo futuro compadre; es la boleta para llevar á confirmar al niño y...

—*Puej* diré á *osté*... á la *mama* la llaman *señá Nica*...

—No, no es eso; deseo conocer su nombre de pila y su apellido...

—¡Ah!... su nombre *ej* el de Nicasia y el *apelativosss*... Parada.

—¿Y el niño?

—Cabalmente como yo: Pascasio Gorrita.

—Muy bien... Conque á las cuatro.

—Cabalmente como yo: Pascasio Gorrita!...

Y quieras que no quieras, apechugué con las consecuencias del padrinazgo.

***

A las cuatro en punto me presenté en la casa de Pascasio, vela en mano y papeleta en el bolsillo.

El hijo de mi futuro compadre estaba vestido de camisa y calzones; pero aun le faltaban los zapatos, los cuales parecían rebeldes para dejarse poner en los regordidos pies del candidato á ahijado; después de sudar la gota gorda el afanoso papá, consiguió aprisionar los pies dentro de los zapatos; paróse el muchacho, de patizambo que era volvióse también paticojo; pues cojeaba lastimosamente por lo estrecho del calzado.

Sobre la enorme cabeza del rapaz, recién pelada á rape, colocó el compadre un sombrero que, por haber sido medido y comprado antes de que el barbero despojara al pequeñuelo de una probable, luenga y enmarañada cabellera resultó holgadísimo para la ya monda cabeza, calándosele por ello hasta las cejas y muy por cima del caballete de las moquientas narices; así, hecho un espantajo, me lo llevé casi á rastras al pórtico de la parroquia, frente á la cual se arremolinaba la gente, mientras adentro hormigueaba, estrujándose y ensordeciéndose con una vocería formidable de chicos molestos; conseguí entrar; ¡valiente triunfo! abrién-

dome paso con los codos; el ahijado, que traía el pulgar metido en la boca desde que salimos de su casa, dejó de chupárselo para comenzar á verrequear tanto por el suplicio de los zapatos cuanto por los pisotones que en los pies adoloridos recibía; esperé mi turno heroicamente, teniendo en una mano la vela—del grueso de mi meñique,—la cual se derretía paulatinamente por el calor reinante en aquella atmósfera de fuego, y pendiente de la otra al *nene*, que lloraba sin interrupción y con rabieta; aquello era un montón de seres moviéndose en un voltejear calidoscópico; niños de distintas edades, que lanzaban gritos en un diapasón ensordecedor, desde el que mamaba á dos carrillos hasta el que andaba por sus propios pies, un acinamiento de cabezas, por sobre las cuales apenas exhibía sus puntas la alba mitra del obispo, que á diestra y siniestra echaba cachetinas á los que eran llevados á recibir el segundo sacramento.

Pasó el acto.

Iba á salirme, porque mi flamante ahijado se hizo un ovillo entre mis brazos á consecuencia de los zapatos, cuando un señor entrado en años, entre regañón y consejero, me dijo:

—Falta la bendición; *toavía* no se ha *acabao* la ceremonia.

Hube de esperarme; al cabo Su Ilustrísima subió las gradas del prebisterio: entonces vi en toda su figura la alta y apuntada toca; los familiares en número de tres se la quitaron al se-

ñor obispo; después se puso de rodillas; en el fondo brillaban las luces palidecidas de cuatro enhiestas velas de cera colocadas en el ara; púsose en pie el oficiante, abrió un libro, dijo algunos latines que no oímos—ni era posible oir en aquella confusión de lloros y murmullos,—extendió los brazos y, tensos los dedos índice y cordial, bendijo á la apiñada muchedumbre, salieron todos por las puertas lateral y del frente; cargando en brazos alahijado—enronquecido de tanto lloriqueo,—gané una de las puertas y desde aquel instante me constituí en padrino del niño Pascasio, que en poniéndolo en la calle dejó de estar lacrimoso para sonreir idiotamente y decirme, no sin mirarme con ojos de codicia:

—La mano, *padino*...

Saqué de mi nunca abundante bolsillo una peseta reluciente, la di al rapaz, y el padre de la criatura vino hacia mí y me expresó jubilosamente su agradecimiento de esta suerte:

La mano, padino...

—*Graciaj, compadre.* ¡No le dije à *osté* que sería padrino *unque juera* judío!

X

La heredad.

Quedaban en cruel y peligroso desamparo Luisa y Teresa.

En su derredor hallaban el consuelo de las palabras, pero les faltaba el apoyo en la desgracia.

Muerto el padre, no quedaba en el mundo para ellas ningún deudo cercano; y sólo un tío en lejanas tierras venía á ser, en medio de tan honda tribulación, una esperanza.

Tal recuerdo fué para las desamparadas hermanas la idea salvadora, que fulguraba sus claridades en la noche de un infortunio obscuro é impenetrable.

Recogidas dentro de las paredes de un hogar modesto, no las desvelaban más cuidados que las siembras del patio y el gato regalón, que divertía los pocos aunque holgados ocios de las dos huérfanas.

Pretendiente declarado ni novio manifiesto, nunca lo hubieron, no obstante que Luisa y Teresa eran guapas muchachas, sin que por serlo se crea que parecían Venus de Milo y

otras lindezas, muy de uso para ponderar las bellas prendas físicas de una heroína de novela; sin embargo, á falta de las líneas clásicas del perfil y de las ostensibles ondulaciones en las formas del cuerpo, tenían ojos grandes y negros, y en el mirar tal melancolía y encanto, que con ser mirados por ellos se olvidaban las irregularidades de las otras partes del rostro. Luisa era más tímida que Teresa, con esa timidez huraña que se oculta y huye del mundanal ruído; rezadora á veces, meditaba siempre; creía que llevaba dentro del alma un anhelo, una esperanza, ideales quizás de los dieciocho años.

Luisa era más tímida que Teresa...

Teresa, por el contrario, rezaba lo necesario, lo que ha de rezar una doncella cristiana y recatada; cantaba uno que otro día con voz me-

lodiosa y bien timbrada; llevaba por costumbre flores en la cabeza, que el patio ofrecía galano; tocaba la guitarra con gran repique de registros y con abundancia de abemolados tonos, y era el asunto ordinario de sus canciones no liviano ni libre, sino muy honesto y bien llevado, y en poniendo nutrido pespunteo en la

Tocaba la guitarra con gran repique de registros y con abundancia...

guitarra y canto dulce en la boca, la casa humilde y sosegada se alegraba toda ella: salía Luisa de sus habituales meditaciones; se desperezaba el gato, que solía dormir en la mañana sueño suelto, tumbado sobre un butaque, y el contento rompía en el aire y se mezclaba con el de los vecinos, que también canturreaban á

solas para acompañar con la suavidad de sus cantos las durezas de sus domésticas faenas.

Con estas canciones y tonadas de Teresa, y con aquellas místicas meditaciones y rezos frecuentes de su hermana, las vecinas, por tener á la mano cosa de què murmurar, llamaban á Luisa beata y á Teresa coqueta. Hablillas de la vecindad que en nada amenguaban el limpio decoro y la guardada hon estidad de Luisa y de Teresa.

A la muerte del padre, Teresa dejó de cantar á la guitarra y de adornar con flores sus cabellos, y Luisa aumentó su rezo poniendo más lastimosa melancolía en su afligido pecho.

Sólo el recuerdo del tío ausente mitigaba, en parte, la pena de que se dolían en aquel desamparo con que las había herido el destino.

Teresa insinuó la idea del viaje.

Allí estaban en el escritorio del papá las cartas del tío, lacónicas, disparatadas y de fechas muy distantes unas de otras; pero en aquel laconismo había pureza, y en aquellos disparates, sinceridad; rústicas maneras de expresión, pero efusivas manifestaciones de cariño, sin las galas que usa la cortesanía con las melosas frases que endulzan el concepto; además, el buen tío por Navidad enviaba una gran lata con tocinos y enbutidos en manteca, regalo que nunca faltó en muchas navidados; y ese regalo constante, y aquel decir franco y cordial de las lacónicas cartas, fueron suficiente incentivo para

que supusiera Teresa que el tío, á más de bonachón, no dejaría de ser rico; pensamiento de mujer que por una palabra de cariño olvida las privaciones y las durezas de una existencia miserable.

Y se obstinaba en ello con pensamiento muy circunstanciado; su imaginación en este deliquio era un loco é incesante devaneo; tenía para aquellas cosas lejanas más caso que en lo que sí merecían; recordábalas excesivamente, las buscaba, las deseaba y las provocaba con mucha fortaleza de ánimo y gran frenesí de afecto, para desentrañarlas luego, hacerlas diminutas, pulverizarlas y dejarlas ir de la imaginación como cosas que se lleva el viento; á poca tregua, seguía con estos desvaríos, reconstruía otra vez las doradas perspectivas, iluminaba las brumosas lejanías; se hinchaba con los bienes que soñaba, los creía verdaderos, los hacía durables y aspiraba á poseerlos con desmedida avaricia y no bien disimulado celo; para ella, ya no habría necesidad, sino abundancia; ya no trabajo, sino descanso; ya no temores, si no confianza; ya no esperanzas, sino realidades.

Luisa, por su lado, si no pensaba como su hermana, tampoco lo decía, y á las insanas imaginaciones de Teresa contestaba con un sí displicente y rotundo.

Estaba decidida la marcha.

Para efectuarla, vino la subasta, la venta de muebles y el atareo en costuras y quehaceres.

Con los productos de la venta y de las costuras, alcanzaron á tener la suma indispensable para el soñado y discutido viaje.

***

Era don Vicente Yáñez un hombre pasado de los cincuenta, con insufrible gota en los cansados pies y asma rebelde en el débil pecho; en sus mocedades sirvió en las filas carlistas y se quedó intransigente en política y fanático en religión; tenía el carácter huraño, escolimoso por los sufrimientos de sus incurables enfermedades; metido en una butaca ocupaba el dia, bien leyendo el único periódico que llegaba hasta aquel escondido rincón—cuando el viejo Tomás llevaba la correspondencia al pueblucho, jinete en mansa mula—ó bien arrastrando la miserable persona, apoyado en grueso tranco, por la casa grande y solitaria, en la cual los ratones habían sentado sus reales y las arañas tenían tendidas sus redes.

Era D. Vicente Yáñez un hombre pasado de los cincuenta...

La voz humana se escuchaba entre aquellas

vetustas paredes solamente cuando una vieja y rezongona criada servía la comida al amo, ó cuando el cartero Tomás traía el periódico y rara vez alguna carta.

Con la criada hablaba poco el tío Vicente; lo muy preciso por ser la criada el mayor verdugo de aquel infeliz valetudinario; sucia, churrillera, murmuradora y taimada, la consideraba el viejo como á su tercera enfermedad; más todavía, era la peste, la epidemia que se propaga donde no hay higiene, ni consejo de salubridad, ni cordón sanitario.

Para contener las habladurías de la criada, esgrimía el enfermo los denuestos más iracundos y el gesto no menos avinagrado; pero la sufría como á un mal irremediable, porque sólo aquella vieja se avenía á vivir en el caserón obscuro y solitario, y á ganar diez pesetas al año con promesas—que para honor de don Vicente diremos que siempre cumplía—de una saya de lana y unos zuecos por año nuevo.

Con el cartero Tomás variaba el modo y el habla de don Vicente; porque en el cartero encontraba siempre conversación verbosa y abundante y frescas y detalladas noticias de veinte leguas á la redonda; y aun contaba algo—para bien contar—de la Corte misma, con estar tan lejos de aquel escondido villorrio.

—Si yo fuera rico, Tomás—decía el viejo, alegrando los ojos y dulcificando el semblante—dejaba este maldito postramiento y á esa con-

denada vieja, gruñona y montaraz, ¡rediez! pero soy pobre, estoy enfermo, sin médico, sin medicinas, sin balneario... ¡rediez! Aquí la enfermedad como una carcoma irá acabando con este tronco añejo, sin sostén y sin retoños, solo, abandonado... ¡rediez! en medio de esta tierra seca en que se entecan unas cuantas vides que heredé de mis mayores...

—Paciencia, maese, y fe, mucha fe, en nuestra señora de Zaragoza — contestaba con un marcado acento aragonés el bueno de Tomás para esperanzar al escéptico y quejumbroso enfermo.

Estas confidencias y otras pláticas parecían vigorizar un tanto al escuchimizado de don Vicente.

La criada andaba por la huerta recogiendo esta legumbre ó aquella fruta, que en gracia del fértil terreno daban unas hortalizas anémicas y unos árboles desmedrados, cuando escuchó la voz áspera y tosegosa del viejo que gritaba:

—¡Brígida!... ¡Brígida!... ¡rediez! ¿qué, no tienes oídos?

—¿Qué *quedrá* el viejo?—repuso la criada, y salió disparada con toda la ligereza de que eran capaces sus pies tardos y pesados por los descomunales zuecos.

—Mira, mira, todo se conjura... ¡rediez! ¡en contra mía!

Mi hermano, mi querido hermano, el que estaba en América, ¿recuerdas?...

La vieja sólo movió la cabeza afirmativa mente.

—¡Mi hermano ha muerto!... ¡Y quedan solas mis sobrinas!...

La criada, para ahorrar palabras y simulacros de llanto, se encogió de hombros.

—¿Eres sorda, vieja despiadada?

—¡Pero, mi amo, si yo no conocí á ese hermano!

—Tú ¡rediez! no eres cristiana, raposa, bruja mal nacida...

Y la criada salió, maldiciendo entre dientes del viejo y de la noticia.

***

¡Qué alegría para Teresa cuando las huérfanas supieron en la venta que á dos leguas bien andadas en una mala tartana, arrastrada por un flaco rocín, llegarían al pueblo en que su tío habitaba!

Teresa, por la viveza de su imaginación, nunca puesta en reposo, se formaba mil proyectos á cual más extravagantes, y rumiaba en secreto las románticas peripecias de una novelesca aventura.

—El tío será rico—pensaba—Grandes viñedos en una colmada extensión anudarán sus troncos, ensortijarán sus sarmientos, esparcirán sus pámpanos y dorarán sus apretados racimos á los rayos del sol de septiembre; el ganado porcino en espaciosas y cerradas zahurdas estará

cebándose para la matanza por San Silvestre; las vacas, de ubres repletas, esperarán la ordeña de la tarde para completo de nuestra merienda y abasto del vecindario; al crepúsculo vespertino, se escuchará el campanear del cencerro que guía al rebaño á la majada; las ovejas de rico vellón se esquilarán á fines de mayo, siendo fiesta y algazara para ganaderos y pastores el ejercicio del esquileo; después, la lana se llevará al mercado y las ovejas, mondas y sin trampantojos, mostrarán en toda su desnudez los huesos salientes, las mataduras y las máculas de diverso género, quedándose en el rebaño las flacuchas y yéndose para el matadero las de carne dura y suculenta; el vino de las cubas será supremo y abundante, y la miel de los panales rubia y delicada; el agua de la fuente, clara y fresca, la tendremos á la mano; en el estío los mozos de labranza, al volver de las parvas y las eras, nervudos los brazos, relumbrantes las hoces, los ojos enrojecidos y el canto en la boca, se sentarán en la cocina á esperar la copiosa cena, contándonos la dureza de la faena y el número de vueltas que dieron sobre la parva abrasadora, mientras la mies, tostada y roja, se revuelve y lánzanse al aire los montones de dorados granos que coronan cabezas de rostros que sudan y jadean...

Así pensando é hilvanando novelas acababa por llegar á lo espacioso de la casa solariega y al grande rendimiento de la heredad de su tío.

Y estas riquezas que no le cabían en la cabeza, le impidieron ver á lo lejos una loma calva y caliza, al pie de la cual, para guarecerse de los recios vientos y de los fuertes temporales, se levantaban los muros de una casa de aplanado techo y de ruinosas paredes, con cerradas puertas y ventanas de ruginoso herraje y de vidrios deslucidos.

Luisa no se las proponía galanas como Teresa; triste y fatigada por los continuos tumbos de la tartana, llevaba los ojos cerrados y rezaba, rezaba fervorosamente, cual si presintiera alguna desgracia; tenía vehementes deseos de gritar, de llorar, de pedir socorro, tal como si corriera algún riesgo; se contuvo, empero, achacando á las fatigas del molesto viaje aquel estado inquieto de su ánimo.

Restalló por última vez el látigo del agreste conductor, sonaron bruscamente los cascabeles de las colleras y petrales al pararse el sudoroso rocín á la única puerta de las tapias que cercaban la extensión del patio.

A Teresa, salida de sus alucinaciones, le dió un vuelco el corazón destruyéndosele interiormente lo que con largo y meditado pensamiento se había forjado en su acalorada fantasía; entonces lloró su desvarío, suspiró por su entonces lejano terruño; condenó,su mal consejo, y prometió de allí en adelante poner freno y quitar acicate á su briosa y no contenida imaginación.

Luisa seguía rezando con los ojos cerrados.

Nadie salió á recibirlas.

Adentro se oía el ¡hum!... ¡hum!... de la tos pertinaz del asmático viejo, y de allí á un buen rato sonaron los pesados zuecos de la vieja criada, que acudía al inesperado ruido de los cascabeles y al ladrar de un mastín, hecho un esqueleto vivo, que abría una boca mayor que las tres juntas del infernal cancerbero.

Bajó Teresa primero; siguióla Luisa con la vista baja y el pecho oprimido; el cochero tiró del pescante dos bultos no muy voluminosos, y ambas hermanas, tristes y silenciosas, se fueron tras de la vieja que acallaba los suspiros de

Bajó Teresa primero; siguióla Luisa con la vista baja...,

las huérfanas con el ruido tenaz de los repiqueteadores zuecos.

Después de instalarse en una de las muchas piezas que constituían el caserón, dieron un gran rodeo por largos y obscuros corredores para llegar á presencia del tío tan buscado.

Don Vicente dormía; de su pecho salían acompasados ronquidos á los que hacían dúo esos silbidos peculiares que exhalan los asmáticos; dolorosa fué la impresión que recibieron ambas sobrinas al hallarse con aquel podrigorio de hombre.

La vieja iba á hablar con su voz gangosa y chillona; pero Teresa le impuso silencio con el índice sobre los labios.

Dejaron al enfermo en reposo y se fueron las tres mujeres para las habitaciones interiores.

Teresa tomó la escoba y barrió los suelos.

Luisa, también diligente, fué á la cocina seguida de la vieja que, como una sombra, la traía atrás por donde quiera que iba; mandó á la criada á la huerta por legumbres.

Las arañas huyeron despavoridas de sus redes al golpe afanoso de la escoba, puesta á levantar polvo por puertas, ventanas y rincones.

En el brasero alzaba la lumbre su llama trepidante hirviendo el puchero, para á poco trascender por toda la casa con olor sabroso y persistente, que acusaba lo bien aderezado del potaje.

Teresa, después de largo y minucioso barrido, ordenó los muebles, y en un vaso antiguo, que estaba en una mesa en medio de la sala de recibo, colocó unas flores de almendro, mezcladas con otras de naranjo; limpió la luna de un alto espejo empañado y como triste por la ausencia de rostro querido que en él se viera; y por primera vez, desde la muerte de su padre tuvo la huérfana la coquetería, atraída por las luces del espejo, de prenderse el cabello con unas flores tomadas del vaso adornado por sus hábiles manos, y de mirarse con detenido examen el palmito fresco y sonrosado por las brisas matinales, qne á aquel rincón venían de la escarpada sierra que se sucedía en una cadena azulosa de ondulantes montañas.

Hasta la vieja criada, perezosa y gruñona, alcanzó la actividad y zalamería de Teresa; pues andaba menos remisa en sus ocupaciones, no sonaba tan ruidosamente los zuecos; y ponía placiente su rugoso rostro con una melosa sonrisa.

En el largo comedor, ya aseado y bien dispuesto, gracias á la esperteza de la escoba y á la diligencia de la huérfana, se hicieron los preparativos para la comida; sobre la mesa blanquísimo mantel; salieron á relucir los guardados cubiertos de plata y la delicada vajilla, por largo tiempo guardados tan vistosos utensilios en el fondo de abandonados anaqueles; el pan, dorado y apetitoso, al lado de cada cubierto;

las servilletas, amarillentas y tiesas, en muy complicados dobleces se abrían, ya como corolas de fantásticas flores, ya como varillas de marfileños abanicos, en la boca de las diáfanas copas; en el centro una jarra de cristal brillaba

Ya vienes ¡rediez! con tus muecas y...

con el color del rubí hasta el cuello por el rojo vino que en el panzudo vientre contenía.

El viejo se despereza en momentos que entra la criada.

—¡Ya vienes, rediez, con tus muecas y triquiñuelas!... ¡Hum!... ¡Hum!... Bruja gruñona, ¿y no me traes el zancocho de todos los días?—gritó el enfermo desaforadamente.

—¡La comida está en la mesa!

—¡Tratas de poner á prueba mi paciencia!...

—No, tío—dijo con su más dulce voz la discreta Luisa,—apóyese usted en mi brazo y vamos al comedor.

Y así como lo oyó y vió, el viejo se quedó alelado, restregóse los no tan despiertos ojos, pues creía aquella insólita visita una pesadilla de su modorra; pero la excelente muchacha, levantándole con sumo cuidado de la butaca, puso el duro bordón al alcance de la temblona mano y se lo llevó paso á paso hasta el comedor.

—¿Què pasa aquí? ¡Rediez!—exclamó el viejo para expresar su sorpresa.

—Nada, señor don Vicente, que las sobrinas de usted, las hijas de vuestro hermano muerto en Méjico, están aquí para curar y cuidar á usted, que bien que lo necesita.

—¡Sí, sí! Recuerdo que en mi última carta las llamaba; pero...

—Nada de peros... ¡á la mesa!—replicó Teresa con su habitual buen humor.

El grupo que formaban resultaba dramático en extremo: el viejo, en medio, abrazado de Luisa y de Teresa, parecía uno de esos robles seculares abatidos por los furiosos huracanes y circundado á la sazón de brotes frescos y de flores nuevas por los tiernos halagos de la primavera...

Ya en la mesa, el sitio de honor para don Vi-

cente; y á su derecha Luisa, y del otro lado Teresa; la criada, con una alegría de reflejo, como si el juvenil contento de las muchachas se retratara en la luna rota de un espejo, servía atinada la mesa; el enfermo comió con apetito y bebió con sed, los mejores bocados le eran servidos por sus sobrinas; ésta le partía el pan, aquélla le escanciaba el vino.

El grupo que formaban resultaba dramático en en extremo...

—Mire, tío, esta papa está blanda y porosa; el tocino está bien frito y dorada la tortilla de huevos...

—Otro sorbito de vino... ¡así!...—afirmaba Luisa.

—¡Ahora de este alón... un pedacito!—suplicaba Teresa.

Y mimándole como á un niño y regalándole como á un convaleciente, terminó la comida.

De sobremesa se suscitaron las confidencias.

Teresa se haría ama de llaves y Luisa se entendería con el delicado cargo de la cocina; la vieja serviría para ayudar en los demás quehaceres domésticos. En un momento la parlanchina de Teresa arregló la casa y preparó lo relativo á la labranza y al aumento de la hacienda.

La tierra, empobrecida por falta de cultivo, se tornaría en fértil; contrataría labriegos para las hazas y pastores para el rebaño, después se preocuparía con la engorda del ganado porcino; á las dos vacas flacas y al toro hosco se les daría buen pasto; la economía y el buen manejo de los gastos harían lo restante. Y con la plática de tales proyectos llegó la noche, menos molesta y triste para don Vicente con la compañía de las incomparables sobrinas.

El valetudinario durmió de un tirón aquella noche, y en sueños se acusaba de haber sido egoísta y avariento, de haber recibido con malvada alegría la noticia de la muerte de su hermano por creerlo rico y lograr heredarlo.

A su vez, Teresa, se reprochaba las locuras de su fantasía, el inmoderado deseo de haber hallado la heredad beneficiada y al tío rico; pero se creía perdonada de su pecado con pensar en el proyecto de hacer prosperar la hacienda y producir la tierra para medro de su tío.

***

Era el amanecer deslumbrante y canoro de un día del mes de Julio.

En la noche habían caído torrenciales aguaceros; la tierra estaba húmeda y blanda, y los árboles lozanos y brillantes de verdura; el sol, tibio y reluciente, doraba la nieve de las montañas, rielaba en las aguas murmurantes de la

vecina fuente, se quebraba en temblones visos en los charcos de las tierras bajas y poblaba de matizados colores y de perfumes embriagantes el campo reverdecido y cultivado; las vacas encontraban buen pasto y mugían de contentas, no sabemos si porque el toro les rebramaba desde lejos, ó porque estaban satisfechas; la vieja, soñolienta pero no gruñona, salía con paso menos tardo á hacer la compra al mercado; la luz solar, en disparados flechazos, entraba resplandeciente por los vidrios limpios de las ventanas, y fulgía y besaba la blanca porcelana de platos y tazas, puestas en hileras en los anaqueles, y el bruñido cobre de cacerolas y sartenes de la batería de cocina, que deslumbraba de limpieza; Teresa andaba en ella con ruidoso atrajeo y cantaba en queda voz las canciones que allá en el terruño se acompañaba con la guitarra en dulce y bien meditado concierto de voces y rasgueos; Luisa ya tenía rezadas las oraciones matinales y andaba en cuidado con los tiestos donde brotaban unas semillas y espigaban otras plantas, que en el plenilunio trasplantaría en la abonada tierra de los arriates; de estas flores daría algunas para el adorno de su hermana, y las otras las pondría al santo de su devoción que en las paredes de la alcoba estaba.

***

Y sosegadamente, patriarcalmente, se sucedieron de igual placidez los días en aquel apar-

tado rincón, convertido en Edén por las hacendosas y bonitísimas muchachas; prosperaba la hacienda, medraban los árboles frutales, se cebaban los cerdos y parían las vacas; las viñas se cubrían de vástagos prometedores de abundantes vides, y hasta el viejo Tomás venía todos

y andaba en cuidado con los tiestos donde brotaban unas semillas...

los domingos á charlar con las huérfanas, las cuales se mostraban cariñosas con el cartero y le regalaban con frutas y confituras, finezas á que él correspondía con su parla substanciosa, con sus cuentos divertidos y con sus chistes agudos.

Quedó la heredad saneada y próspera; y por Noche-Buena, todos los años, en recuerdo del obsequio del tío Vicente, envían las sobrinas al terruño, para las vecinas del barrio en que vivieron, una lata grande con tocino y chorizos en manteca, acondicionados por sus propias manos; con todo esto, los chismes de la vecindad, al extrañar la prolongada ausencia de las dos hermanas, dicen que á Teresa la raptó un militar y que Luisa se metió monja...

¡Flaquezas de la humana arcilla!

XI

Abigeo.

La tarde de aquel sábado fué último día de rodeo; por esta circunstancia estaban solos en la tienda de la *casa grande*, tío Goyo. tío Chepey tío Gonifacio, tres tíos de muy recomendables prendas y de historia larga y nutrida, muy contada desde el mayoral abajo.

Es tío Goyo enteco de carnes, quemado de rostro...

Es tío Goyo enteco de carnes, quemado del rostro, de cabeza chica, como para bien contener un muy flaco entendimiento y una menos feliz memoria; pelo blanqueado por los años; patiabierto de piernas y patojo de andadu-

ra; las manos largas y velludas, tanto, que hasta en los nudillos se le ven los pelos; frente tan estrecha, que si no fuera por la escasez del cabello no quedaría nada de ella; ojos vivaces, á los cuales no opaca su brillo las cejas felpudas que en cerdas rebeldes se le vienen sobre los párpados papujados y flojos; mirada franca sin asomo de recelo; lleva la cara rigurosamente afeitada; los labios son delgados y la boca dura y no hundida, porque apesar de sus ochenta años tiene tío Goyo agudos los caninos y fuertes los molares; el ademán es vehemente y el gesto expresivo; ha dejado el lazo y la silla: el correr presto y el lazar acertado, el rodeo y el coleadero ruidosos; pero en sus manos huesudas quedan callosidades y quemaduras por el uso de la reata y la diversión del coleadero; su habla es larga y su decir festivo; entre palabra y palabra echa un terno como para querer afirmarla; es parco en razones y abundante en chascarrillos.

Tío Chepe ofrece cómico contraste con el viejo Goyo...

Tío Chepe ofrece cómico contraste con el viejo Goyo: si aquel es canijo, este es obeso, si aquel peludo de ca-

beza y flaco de entendimiento, este es recalvastro y de agudo ingenio; no hay razòn para llamarle chaparro, antes bien parece alto comparado con el pequeño y endeble cuerpo del tío Goyo; desmesuradamente tiene desarrollado el abdomen, con panza tal, que la banda, ceñida con fuerza de faja, no es bastante á reducir la exagerada prolongación de la barriga; para resguardar la calva del relente, lleva grande pañuelo en el fondo del holgado sombrero, pañuelo que en las mañanas arrolla á la cabeza á modo de birreta; el rostro es redondo y carnoso, de la barbilla le cuelgan hasta tres papadas, que si fueran rojas se las tomaría por las caránculas de un muy cebado pavo; los ojos son pequeños y ladinos, la mirada aviesa; lenguaraz en el habla y callado en el consejo; va afeitado como un canónigo; la camisa le queda estrecha por abundancia de carnes; patizambo á fuerza de ser buen ginete; decidor á gala de antiguo vaquero y versificador y oportuno como pocos; y en eso de dicharachos nadie le lleva la delantera, porque tiene gracejo y tino para mejorar y trastocar y subir de punto la cosa más baladí por el sazón refinado de su verbosidad sin cuento.

Cuanto tío Gonifacio,—como de buena manera le llamaban—es tostado, y de tan alto tueste, que tira á negro; sus ojos son profundos dentro de unas muy hundidas cuencas, esquiva y traicionera la mirada; taimado en el decir y

pastoso en la charla; delgado y derecho como un pino y alto y recio como un roble, no obstante sus sesenta años; su rostro es afeitado y sin carnes; tiene menos cuidado por la barba y crece ella rala, apuntándole los salteados y canoses pelos ya en las concavidades de abajo de los pómulos, ya en la parte superior de la boca, ya en el remate del puntiagudo y cadavérico rostro; sin preguntarle por su hacienda se echa de ver luego su pobreza, no tanto por lo desaliñado del traje, sino por lo deslustroso y sucio de la mal cosida vaina de un más viejo machete, de cacha descabalada, que por tan largas y obstinadas afiladuras va para *rabón*, con menoscabo de la calidad de su dueño y con burla y donaire de tío Goyo y tío Chepe, que llevan el machete filoso y cabal, y la vaina nueva y lustrosa; es tío Gonifacio callado y taciturno;

Cuanto tío Gonifacio—como de buena manera le llamaban—es tostado y...

oye más que habla, y para todo da muestras de asentimiento con una invariable inclinación de cabeza.

—Eche la otra—dijo tío Chepe al mancebo, que no tenía mucho que atrajearse por la falta de marchantes.

—Ya sabes: dulce con *juerte*.

—Un poco *picaito*—agregó tío Goyo.

El viejo Gonifacio no habló palabra, y como era su costumbre, únicamente movió la cabeza.

Bebieron el aguardiente de un largo y saboreado trago.

—Ese sí *jué calzonúo*, y *devera*, *deverita* que le amargan *lo buche*, sí, *senor*.

—¡Qué va, *señó* Chepe, qué va! *Esa* son *papa*, purita *papa*. Sepa *osté* que yo he *mirao* en lo *mucho* que llevo de vida, y con estos que se han de comer *lo gusano*, *cáa* cosa que...

—*Ostè jabrá miráo la* siete *cabrilla* y el lucero del alba, pero...

—Pero, ¿qué?—preguntó algo amostazado tío Chepe.

—Pero créame *osté* que ese sí *devera*, *deverita* que era *relambio*...

—Hum... ¡hum!... ¡hum...!

—*Afigúrese* que tal cual *véj jueron* los *faldetuos* por el...

—¿Y qué?

—Que se *le juyó* de la palma de la mano... *é* pájaro de *coenta*... y *pá* echarle á una por *é* lienzo *unque* no haya ni *pringuita* de estrella...

—Escupa, escupa *osté* que ya me *jiede* á zopilote... *Pué* cate *osté*, tío Goyo, que había una eterna *escurana;* una noche muy prieta... á lo *faldetúos* no se le veía ni la mano... sí, *senor; loj indino* iban con la rienda *tendías* y con paso *asentáo* que no *jacía* volar una mojca; *quietoj*, muy quietoj... y el *regalbío* de mi *ahijáo*... porque era mi *ahijáo*... ¡y á *muncha* honra!... *ejtaba* con su *ñola*, allá *mú* largo... *tendío* en la hamaca, toca que toca la *jarana*, y canta que canta como *precisaámente* en un *guapamgo*... tan *quitáo* de *tóo*... que tenía la bestia *apersogáa* en un amate de la cerca... cuando *redepente*... ¡y mire que *jué avisáao!*... le dice á la *mojer:* ¿nó *aj alvertío*?... *ai* vienen eso... *sinvergüenzo*... y diciendo y... ¡zás! se planta de un salto en e patio... le hizo *jorqueta* al manco y salió *juyendo* por la otra puerta y... ¡á viaje!... y *lo* que creian tener entre poco al pájaro cantando en la mano se *lej despejcó* el asunto!

—De juro que los *faldetúos* se darían á *toitos* los *demoños*...

—Y le preguntaron á la *ñola* con *muncha* labia por el *ahijáo*... y la *ñola*, que no se mama el dedo, *lej* dijo *mú quitáa* de la pena: ¡aquí no *ai* ningun *crijtiano* ni *naidén*!...

—¡A qué *güeno etuvo* eso!...

—De juro darán con el *ahijáo* de tío Chepe por los nopos... ¡já!... ¡já!...

—¿Y *ónde jué*?...

—¡*Pué atinele*!... Los *faldetúos ajilaron* por *aí* y *tóo* quedó en calma...

—¡Pero no paró en eso el sainete!

—¿Cómo, tío Chepe?

—¡Sí, *senor*, créame *osté* que nó!

—¿Pué qui hubo?

—Que en su *juida* á manco en pelo... *pué* no tuvo tiempo *pá náa*... se topó con un blanco *mú arriscáo*, le pidió la lumbre, se la dió el blanco; *má depué alvirtió* mi *ahijáo* que llevaba el otro una *bùcara* de cinco *ocasione*, y como mi *ahijáo* es ladino, *prencipió* á poner por *la nube* al caballo del blanco y á ponderarle *muncho* la pistola, y el otro que era *fantansioso*, se dejó querer, la sacó del *carcajo* y se la mostró; el otro se la pidió con *muncha* labia... ¡porque *de vera de verita* que *é mú* labioso mi *ahijáo*!... y aquí el *taimáo* del blanco se la dió.

—¡Qué *bùto* el *jombre*!

—Y... ¡pum!... se la pone á boca de jarro sobre el pecho, y lo manda apearse del manco... y al *menuto* se echó á tierra, mi *ahijáo* le hizo *jorqueta* al animal de un solo brinco, le quitó á la *jila* el sombrero *galoneáo*, la chaqueta y los pantalones y *mú arriscáo* tomó... tran, tran, tran, rumbo y... ¡qué le echen lo *faldetúos unque* lo vean *repechar* una loma...

—¡Eso estuvo güeno!... ¡A ver, tú, echa otra de dulce con *juerte*!...

—¡A mí *picaito*!...

***

Los abigeos tenían en constante alarma á los ganaderos por el peligro en que diariamente estaban sus caballerías de ser despellejadas ó arrebatadas en el monte menos pensado.

Las hazañas y aventuras contadas entre los tres viejos por el parlachín del tío Chepe, comparadas con los robos hechos en los potreros y los despellejamientos efectuados dentro de las matas, resultaban de poca monta y cosa de juego de muchachos.

El abigeo es producto de aquella libertad campestre, por la cual el amo se aviene á las artimañas y engañiflas de los mayorales para darse por bien servido.

El valor, temerario y no palabrero, es el norte de los abigeos; roban con arrojo y se baten sin miedo; del valor viven y por el robo prosperan; y son los amoríos, de una rusticidad salvaje, el complemento de esa su vida errante, alegrada de galanteos, inquietada por zozobras y dolida por quebrantos; dándose con todo ello trazas de aventureros y visos caballerescos, cosas tan del gusto de las mujeres, por cuyas simpatías se va el pudor tras ellos, para pechugar peligros, donde otras hallarían seguridad y no dejarían desacato y mancha para su nombre y persona.

En el machete está toda la defensa de estos tales, sin menoscabo de la pistola que manejan

con acertada y mortífera puntería; el caballo es para ellos recurso en la fuga y salvación en la defensa; con el afilado machete lo mismo cercenan cabezas humanas que desmochan árboles para abrirse vereda; y el caballo, en las treguas y descansos, viene á ser lujo y aliño de afortunado galán que bestia ágil y ligera que acerca distancia, salva valladares y burla vigilancia.

el caballo para ellos es recurso en la fuga y salvación en la defensa...

Mujeriegos, tahures y fandangueros, son prontos al chiste y sueltos para el jaleo; descorteses á veces, siempre halagüeños, son tan pródigos y ostentosos, que donde quiera que van con ellos va el dinero que derrochan, acude el galanteo que seduce y pelea el valor que se defiende.

Conocen los vericuetos, salidas, veredas y escondrijos del terreno que pisan y todos sus alrededores con más industria que los rifleros, sus asiduos perseguidores; para su certero lazo no hay res que se escape, y con noche obscura atinan al echar la reata para aprisionar el testuz de la vaca que en seguida tiene compañera para formar la codiciada mancuerna, que antes que cante el gallo ponen fuera del lugar del robo con tanta maña como diligencia.

Constituyen una banda de foragidos que no se percatan de vivir en poblado, donde tienen su rancho y su mujer, frecuentan el trato de los mayorales, y aún los hacen sus compadres por el sacramento del bautismo, y no por compadríos de camaradas (sea aclarado para lustre de algunos mayorales), juegan á veces á las cartas con los rifleros, los tratan de mira, y echan un trago con el codo suelto.

Para artimañas y enredos, para fullerías y trastrueques, las de estos ladrones de ganados, que echan raya á las triquiñuelas y tiquismiquis, á los intríngulis y artificios da los gitanos que cambian el color del pelaje de un rucio en

retinto, ó á los de los chalanes, que venden ligero y andador, gracias al azogue que le aplican á las orejas, á un garañón, viejo de captura y tardo de paso.

Y para no hacer letanía de todas estas argucias, en seguida van unas cuantas de ellas, que darán ejemplo y serán cifra de las que en el tintero dejo:

Cuando no hay comprador del robo á sabiendas, no se preocupa el abigeo, y en público, y á ojos vistas, vende el despojo, sin temor de ser descubierto; pues bien sabe trasmarcar, adulterar el fierro (que en su jerga se llama ventear), y falsificar un papel de venta, tan limpio y acondicionado, que el propio ministro conservador, ó subregidor, ó teniente de justicia, ó lo que sea, creería suyo el Visto Bueno y la firma que lo acredita de auténtico, sin que para tales escamoteos hayan menester buenos instrumentos, que el ingenio con que lo ejecutan, es sobrada justificación para darles carta de ciudadanía en un arte que ni Monipodio, Rinconete y Cortadillo, con toda la cofradía, son capaces de inventarlo más presto, más seguro ni más productivo que éste de que me voy haciendo lenguas, no para encomiarlo, ¡líbreme Dios! sino para vituperarlo, y del cual maldicen los hacendados, escandalizándose los ganaderos, impaciéntanse los gobernantes y medran los mercachifles, porque de todo hay en este

asunto, por forma y término que sería largo é impertinente enumerar aquí.

La trasmarca es grano de anís para tales hechuras; con cortar parte de las orejas en figura y punto nuevo, se cambia por completo la señal de la res con que se marcó en el hato. Para adulterar el fierro primitivo, es cosa más dilatada; pintan en un papel la forma de la marca que quieren contrahacer (que para prosperidad de este arte de birlibirloque suelen ser pocos dibujos y arabescos los de tales herraduras), la reproducen en barro, que endurecen al fuego, y después con mucha traza la calientan hasta el rojo caliente y la estampan con acierto en la espaldilla del animal escogido para ventear; ésta es nueva industria en tales latrocinios; pues antes los chalanes cuatreros sacaban la plantilla del fierro en una lámina de metal, la fijaban con cera por sus extremos en el anca de la res, con mucho cuidado rellenaban el recorte de la figura con pólvora humedecida y se le daba fuego; con este modo pirotécnico quedaba el animal robado con flamante fierro y de tan distinta forma, que no la conocería ni el dueño que la perdió. Para las falsificaciones de papeles de venta, es otro el modo y diferente la manera de la suplantación: no se necesita ni de mucha diligencia ni de estudiado y recóndito recurso para hacerla, que hay gente en el campo, que sin saber leer ni escribir, hacen en corcho un sello, de muy fina factura y de acer-

tada semejanza, tanto, que pueden competir con los de los fabricantes de *selladares de goma*, que andan por ahí con anuncios, muestras y otros embelecos para sacarlos adelante en la venta y asegurarles medro en la propaganda.

El riflero es el enemigo jurado del abigeo; y necesita el riflero de penetrante observación, de aguda perspicacia y endemoniada astucia para sorprender al abigeo en el momento del despojo; porque el abigeo, picotero y suspicaz, tiene mucha letra, y en asunto de leyes parece que las trae escritas, con el conocimiento de un Licurgo, en las puntas de las uñas, por aquella su manera de declararse inocente y exigir testigos y otras argucias curiales muy en regla para engatusar á los jueces legos y probar las coartadas.

El riflero, por su parte, no le va en zaga al abigeo en eso de ladino y taimado, y se está quedo en la hacienda, lugar en que acuartela, bien charlando en corrillo con los mayorales y mozos, bien tallando y apuntando moza ó vieja á la puerta, bien echando sus tragos de dulce con *juerte* en compañía de *ñor* Nicasio ó señó Macario, cuando no un «picaíto» con tío Goyo; bien enamorando á las muchachas en el guapamgo de los sábados; pero sucede á veces que el jefe tiene aviso por algún espía de que en tal mata acamparon unos abigeos; entonces los rifleros dejan todos los holgorios y pasatiempos

para ponerse en movimiento; aprestan su equipo, requieren el rifle, ensillan los caballos, se ciñen la pesada canana bien provista de cartuchos sobre la holgada blusa de bretaña, que les

El riflero, por su parte, no le va en zaga al abigeo...

cae en largas faldas cerca de las corvas para levantarse por delante en fuerte y voluminoso nudo; cuelgan la sonante espada del cinto, se tercian la bolsa de combate y quedan aparejados para montar una vez que el jefe lo ordene.

Esperan el anochecer para la partida, y con

la luz de las primeras estrellas toman camino en seguimiento del que los capitanea.

Caminan y caminan, silenciosas las bocas y asentados los pasos, atraviesan la llanura verde que parece ilimitada; se oye á lo lejos el aullido de los coyotes que atacan al ganado; las salvajes dentelladas de los jabalíes que viven de la rapiña en despoblado; después se pierden estas voces y se callan estos ruídos, para sólo escucharse el chirrío estridente del incesante grillo y uno que otro mugido de vaca que defiende á su cría del ataque encarnizado de coyote hambriento y hartero...

De pronto el jefe manda echar pie á tierra; entre las verdes fosforescencias de las luciérnagas brilla una llama enrojecida; los rifleros, acostumbrados á estas maniobras, no necesitan de voces de mando, sino que, en silencio, ejecutan lo que quizás en otras ocasiones fué ordenado de viva é imperativa voz; y lo primero que hacen es apersogar los caballos de las ramas de una mata; dos se quedan, apercibida el arma, guardando las caballerías, los restantes meten el dedo gordo de la mano en la anilleta del sable para llevarlo suspendido y evitar que suene al dar contra las corvas á cada paso; el rifle lo arman para hacer fuego en caso necesario, y se van sigilosamente hasta donde brilla la luz.

A medida que se acercan, se deja oir el ladrido tenaz de los perros que anuncian la pro-

ximidad del caserío; después llega, clara y melosa, una voz potente y varonil que canta:

«Si te «puíera» pesar
»mi amor en una balanza,
»te habías de ilusionar,
»que ningùn peso alcanza
»á «poeerlo» emparejar
»en fe, «lealtá» y «ejperanza».

Y voces mezcladas de tonos femeninos y atronadores acentos masculinos, contestan en alharaquiento coro, acompañado del retintín del requinto y del punteo de la guitarra:

»en fe, «lealtá» y «ejperanza»
»á «poeerlo» emparejar,....»

—¡Fandango!—exclaman á una los rifleros.

—¡*Ai* debe *ejtar* ese!—contesta el jefe como para animar á los otros á seguir la marcha.

Ya inmediatos al lugar de la fiesta, los de la jornada hacen alto y se ocultan debajo de la extensa ramazón de una copuda ceiba.

Al cabo de largo tiempo de estar en acecho, exclama el jefe con voz queda pero iracunda:

—¡Lo que *ej* por *orita* se nos *despejeó* el asunto!

Y vuelven todos á deshacer el camino andado.

Van callados, hoscos, de igual talante que cazador que retorna á su casa falto de presa y

sobrado de quebranto, pero sin dejar las precauciones de antes.

A poco andar, interrumpe el silencio de la noche un agudo silbido; todos, como por ensalmo, se detienen y agazapan entre las matas, y por más que escudriñan en la reinante obscuridad del campo, no distinguen ningún indicio de persona; uno de los rifieros, que con empeño amusgaba los ojos para ver mejor en las tinieblas, pega el oído al suelo y percibe el retumbo sordo del trote de un caballo que se acerca...

—¡Quietos!... ¡pronto estará á nuestro alcance!...

Se oía muy cercano el galopar; ya estaba el ginete casi encima de los rifleros...

—¡¡Altoooó!!—gritaron con voz formidable, á la que sucedió el sonido metálico de los gatillos de las armas preparadas para hacer fuego.

El que parecía fugitivo, montado en pelo de un brioso alazán, pronto se vió rodeado de seis bocas de fuego que le apuntaban rígidamente al pecho.

—¡Dése preso ó hacemos fuego!—gritó el cabo de los rurales.

El ginete tiró con fuerza de la reata con que traía embozalado el alazán para detenerlo en su ímpetu de lanzarse á la carrera; se desmontó luego; tendió la reata del bruto al que tenía más cerca y se puso entre filas.

—¡Codéenlo!—ordenó el jefe.

Cortaron los rifleros un buen pedazo de la reata que sujetaba al caballo, y con esta cuerda amarraron codo con codo los brazos del preso; colocáronlo en el centro, se echaron adelante dos rifleros, otros dos á los lados y los dos últimos atrás, y así iba el desfile seguido por el jefe, que llevaba á la cola el alazán.

No era mala tanta prevención para conducir al preso; pues otra vez, y en noche igual por obscura, un avisado abigeo, no fué muy ceñido de codos y llevaba la cuerda demasiado suelta, y como el cabo de donde lo sujetaban era muy largo, se adelantó á sus guardianes, ya que había pedido con mucho desplante la lumbre á uno de los conductores que fumaba, para encender la tagarnina, que no se quitan estos gañanes de la boca, puesta á echar humo como chimeneas; y por sus grandes troncos obligaba á los conductores á retardarse en el paso y á hacer frecuentes paradas; en estos andares llegaron á unas matas, se tropezó uno de los rifleros en un hoyanco, cayó en tierra, se juntaron todos los de la partida, y cuando volvieron á tomar la interrumpida marcha, el abigeo había desaparecido de entre las manos de aquellos celosos guardianes; aquí del jurar y maldecir de la burla, y echar pestes y reniegos y porvidas, y andar á saltos y brincos, y lanzar gritos y soplar silbidos para quedarse á la postre con un palmo de narices.....

¿Qué pasó, pues?

Que el abigeo se dió tal maña con la lumbre del puro, que la aprovechó para quedarse sin cuerda y tener industria y esperar caso para poner muy lindamente los piés en polvorosa...

De este lance, que fué contado por todos los alrededores donde sucedió, proviene el que los guardianes de la seguridad pública en aquellos contornos sean más cautos para conducir *codeados*.

En el escampado que dejaban unos corpulentos cedros talados el día anterior, se detuvo la escolta con el preso.

—¿De quién es ese alazán?

—Me topé con él allá abajo, y como *trai estampáo* el *jierro* de mi *compá Gualupe* lo *truje*...

—¡Ese caballo es *robáo*!

—Por *Dió* y María Santísima que nó!

—¡Prèparate que te vamos á quitar la gallina!

—¡Nó! ¡Si el caballo es de mi *compá Gualupe*; se lo juro á *osté* por *toitos* los santos!

Y el infeliz sentenciado á muerte se retorcía de dolor y lloraba de desesperación; le besaba los pies al inflexible jefe; aclamaba, gritaba é imploraba á todos los santos del almanaque; desgañítabase en vano; y ronco y transido ponía tregua á su llanto hondo y amargo para orar atropelladamente...

¡Preparen, apunten, fuego!

Acallaron todos los ruidos nocturnos al estampido de una descarga cerrada.

El abigeo cayó de bruces, lanzó lastimosos quejidos y murió en seguida.

A ver muchachos, levanten al *defunto* y pónganlo *atravesáo* en el manco...

Silenciosamente acataron el mandato los rifleros, sirviéndose para atar el cadáver á la cabalgadura del mismo pedazo de reata que se usó para sujetar por los codos al prisionero.

El jefe con su vozarrón ordenó:

Echen á andar *pá alante* al caballo, lo seguiremos á corta distancia.

Se fueron ladeando las matas hasta llegar al lugar donde dejaron apostados con las caballerías á los otros compañeros.

Al reunirse no demostraron sorpresa con ver la fúnebre carga del alazán, sólo dijeron á guisa de requiem: «¡Ya cayó el pájaro!» y se cerraron de pico mientras desapersogaban las bestias; pero ya que eran ginetes en sus flacuchos jamelgos, tomaron rumbo á la hacienda, quien cantando coplas de nocharniego, quien silbando una danza de las muchas que se tocan en los bailes de «San Nicolás», quien contando chascarrillos con donaire para sacar risa en carcajadas estúpidas, á tiempo que el muerto iba rebotando sobre los recios lomos del brioso alazán, y en cada trote el difunto parecía exhalar lastimeros quejidos, que no eran escuchados por el largo y nutrido charlar de los ginetes...

*
* *

La noche llegaba con lentitud, como si el sol espléndido que había alumbrado la rica vegetación del campo renaciente se doliera de abandonar el fresco y apacible paisaje; á poco de obscurecer, densos nubarrones ocultaron las estrellas que rutilantes tachonaban el firmamento; comenzó á soplar viento del terral; después cayeron gruesos goterones; fulguró el relámpago en el horizonte gris iluminando la dilatada extensión del llano, y á lo lejos, cual gruñido de jauría famélica, retumbó ronco y trepidante el trueno; los árboles se quejaban al ser movidas sus recias ramazones; oíase el caer de la lluvia, amortiguado por lo polvoroso del suelo; en seguida deshízose en aguacero torrencial, diluviano, golpeando con metálicos sonidos las hojas tostadas de las ramas y haciendo exhalar á la tierra, antes seca y caldeada, un vaho fresco y agradable que se entraba por el olfato y ensanchaba y vigorizaba los pulmones; los relámpagos se sucedían uno trás otro casi sin intervalo; el trueno, formidable y fragoroso ya, estallaba en el espacio los insectos y alimañas del bosque callaban ante el ruido imponente de la tormenta; allá, á distancia, á la luz blanquecina de los relámpagos incesantes, se veía un ginete que llevaba tardo y dificultoso el paso, cual si su cuerpo no pudiera resistir el peso refrescante del nutrido aguacero...

Escampó. Cesó el viento y aclaróse el cielo.

Bajo las copas entretejidas de las matas se hacía más intensa la sombra y más misterioso el silencio.

Los pardos nubarrones fueron barridos por las últimas rachas que hacían sacudir los árboles de las gotas de agua que escurrian por sus hojas; de vez en cuando un claro dejaba ver las estrellas, y por remate plateó la luna su disco en la altura y fué luego á reflejar sus fulgencias en la superficie cristalina de los aguazales que, aquí y allá, espejeaban el hilillo trémulo de los luceros.

El ginete chapoteaba con su cabalgadura en las inevitables hondonadas, y la ponía á pie enjuto cerca del sombrajo de las matas que cubren de vegetación la extensa y reverdeciente llanura.

De pronto, la caballería del nocturno ginete se detuvo con las orejas enhiestas y anheloso el resuello; lanzó un relincho, resopló fuerte, escarceó un tanto, alzó las patas delanteras, comenzó á gallardearse, á encabritarse, á saltar, sin obediencia á la rienda ni respeto al ginete: por entre las ramas de un añoso roble se dibujaba, blanca, indecisa, una forma que oscilaba con el balanceo fatídico de un ahorcado; oyóse un quejido que partía de muy hondo; el ginete sintió frío hasta la médula, rayó el caballo con un desesperado tirón de riendas, picó fieramente la espuela, volvió grupas al lugar

de la fúnebre visión y corrió sin aliento á lo largo de la vereda, soltó las riendas, y el caballo, sin freno ni gobierno, volaba desaforadamente desandando el camino, sin que á los ojos atónitos de su carga dejara de balancearse el cuerpo y en sus oídos de zumbar la quejumbre del colgado del robledal...

***

Acababa el día alumbrado como por una hoguera que ardiese con lumbres de intenso fuego y tiñera el horizonte con una faja sanguinolen-

De pronto la caballería del nocturno ginete...

ta que doraba los árboles de un chispeo incesante y maravilloso; los mayorales regresaban al caserío, y, en lontananza, se oía el quejumbroso y dilatado *¡jeei!... ¡jeei!...* alternando con el *¡toóm!... ¡toóm!...* de los que llamaban el ganado y de los que los conducían á los corrales, para verse al cabo las evoluciones de los vaqueros cubriendo la llanura con los airosos caracoleos de sus caballos y la densa polvareda de las precipitadas carreras.

Tío Goyo, tío Chepe y tío Gonifacio, sentados en sendos taburetes de rígido respaldo y bajo el techo de largo *galerón*, comentaban la muerte del abigeo y echaban, con su habitual crudeza, pestes contra el jefe, porque el muchacho del alazán nunca fué ladrón, por el contrario, era honrado á carta cabal, y bien que lo justificó el «compá Gualupe» al declarar que á él pertenecía el caballo que los rifleros tuvieron por robado; el jefe, por su parte, se lavó las manos como Pilatos y dijo, á modo de excusa, que siempre en este mundo pagan justos por pecadores.

—¿Ya «osté» sabe, tío Chepe?

—¿El qué?

—Que el «demoño» del jefe va á colgar el moruno y á soltar el cuaco al potrero!

—¿Cómo?

—No se «jabla» de otra cosa en la hacienda...

—¿Y por qué *é* eso?

—*Pué* no se sabe; pero dicen por *ai* que *den-*

de que *jué* noche *pasaás* al monte y lo cogió la *trubunaá* anda como *múo,* no «jabla» palabra y se ha «ejtao encerráo» sin asomar las «narice pá náa!»

—«Ejtará embrujáo;» porque pála «trubunáa» con haber «rezáo» la «manifica ejtaba» salvo de cualquiera desgracia...

—Quién quita que «ansina» sea.

—*Pué* yo *muncho* que me alegro; ¡te juro que no *güelve* á matar á *naiden naá má* porque sí!

***

En la hacienda y sus alrededores no había dos personas juntas que no trataran, por centésima vez, del *baleado* y de su inocencia, maldiciendo de los rifleros y acordándose más de la cuenta, y olvidando el respeto debido, de las respectivas madres de ellos.

Y una vieja que dió friegas al jefe de los rifleros al llegar á la posada dando diente con diente, contó que después que el rural fué sorprendido por la turbonada, se le apareció un fantasma colgado de un roble, lanzando tal quejido que se espantó el caballo y echó á correr seguido de la sombra, que no era otro sino el muchacho que días pasados había fusilado...

Y prosperó el cuento del aparecido en corrillos de mozos y en fandangos de sábados; y no volvióse á saber del riflero, protagonista de

esta verídica historia; y se puso una cruz en el lugar del sucedido; y tío Goyo, tío Chepe y tío Gonifacio no pasan por allí ni aun rezando los tres á coro la *manifica;* y hasta la fecha se recuerda el susto del riflero, la inocencia del fusilado y el fantasma del robledal...

XII

Por una copa.

De esto hace mucho tiempo: un día, muy de mañana, pasaba por la cárcel pública cuando oí una voz aguardentosa que desde la reja me llamaba con insistencia.

No hice caso y proseguí mi camino.

Volví á oirme llamar con más obstinado empeño.

Regresé á la reja, y allí me encontré con una miseria de hombre cubierto de harapos.

—¿No me conoces?...

Mi rostro ha de haber expresado grande sorpresa, porque mi interlocutor, repuso:

—¿Te causa extrañeza?... Dame un cigarro y hablaremos... ¡Gracias!...

¿Te acuerdas de Anacleto Ruiz?...

—¿Ruiz?... ¿Anacleto?... (y acudieron á mi memoria un montón de nombres).

—La verdad, no recuerdo—repuse después de largo pensar.

—¿Será que en la desgracia no se conocen á los antiguos camaradas?...

Hice intenciones de irme.

—¡No, espera!—me dijo suplicante.—En la desgracia consuela hablar de lo pasado: Yo soy, aquí donde me ves tan miserable, el hijo del Licenciado Ruiz, aquel Magistrado á quien fuimos á ver juntos al Hotel de San Carlos en México.

—¡Ah, sí, tú eres Ruiz; por mejor decir, fuiste Ruiz, pasante de derecho!

Y en esta mi exclamación había asombro y lástima; porque aquel hombre en nada se parecía al Ruiz de mis mocedades, al estudiante alegre y elegante, pulcro en el vestir y discreto en el habla; al hijo del Magistrado... ¡qué había de parecerse!... Llevaba el cabello largo y desgreñado; la barba descuidada é hirsuta y las ropas (si puede así llamársele á una camisa mugrienta y á un pantalón raído) sucias de pringue y de todo género de inmundicias, imposible de contarlas sin provocar asco.

—Debo causarte repugnancia en el estado que me hallas; culpa es del sino y no mía.

—¿Pero no te *recibiste*?

—Si lo del examen fué una engañifa para no desconsolar á mi padre; no podía presentarme á examen porque había *destripado* dos años.

—¿Y qué te ha sucedido para encontrarte en tan miserable estado?

—Tantas y tan grandes desgracias que sería muy largo contarlas; mas seré breve.

Recordarás que vivía con bastante holgura en mi cuarto de estudiante; que allí nos reunía-

mos una veintena de compañeros alegres, fisgones, mordaces y bullangueros, no para estudiar, sino para comentar el suceso del día, hacer visajes á la vecina, dar chascos á la portera, y á la hora de hacer la mañana, irnos á la cantina de enfrente; allí bebíamos una docena de copas, que pagaba el que tenía dinero, ó que yo quedaba á deber si ninguno lo traía; á mí se me hacía burla porque tomaba «pajarete», y hasta se me tildaba de afeminado por no resistir mi gaznate el resquemo infernal del ron ó del coñac... ¿Te acuerdas de Galón?... ¡Adiós, aquel estudiante de nariz colorada como rábano que le llamaban Galón para significar con el apodo que trincaba coñac con la misma sed que un elefante bebe barriles de agua!... Pues ese me decía siempre: ¡Vamos con la damita que se regala con jerez sin pastelillos!... ¡Para beber generoso que se haga cura ó se meta rapavelas!... ¡Aquí se bebe fuerte y largo, so temperante!...

Y del jerez pasé al vermouth, y del vermouth al coñac, y del coñac al ron para alcanzar la gracia y compañía del borracho de Galón, y caer, cada quien por su lado, en el último escalón donde se queda uno andrajo!... Al día siguiente de haber hecho por vez primera continuadas libaciones de coñac con Galón, me desperté enfermo; la cabeza parecía que me la atenazaban; los oídos me zumbaban; la lengua la tenía pegada al paladar; la boca seca y los la-

bios desollados; sentía una sed horrible; temblor nervioso en las manos; flojedad en las piernas; hice á levantarme de la cama y mi cabeza era de plomo y mi cuerpo todo de piedra; levantéme al fin, y á los primeros pasos que dí por el cuarto, me vinieron náuseas; tomé agua como aquel que necesitara de una manguera para apagar el fuego que le arde en el estómago; á poco rato volvieron las náuseas más frecuentes y enseguida los vómitos en chorros que inundaban mi habitación... ¡qué horrible malestar!... ¡Creía morirme!

—Eso no es nada—me decía Galón en son de burla—estás en los comienzos de la *curda;* échate un trago de lo fuerte y verás como sanas; y me alargó una botella de mezcal; bebí dos buches grandes; la reacción fué completa: sentí calor en las extremidades y bienestar en el estómago; la circulación aceleróse tal cual si hubiese bebido un cordial después de largo desmayo: en la jerga de Galón eso se llamaba *curársela.*

Conociendo la cura, no me preocupaba con la enfermedad... y cada cura era otra borrachera... Acabé por ser un alcohólico sin remedio...

Por una copa empeñé los textos de Derecho Civil, Canónigo y Romano; perdí todos mis Derechos, y con ellos todos mis libros... me quedé sin ropa... los recibos de mis mesadas los negocié... ¡valiente negocio!... con vampiros

usureros... por mitad de su valor, es decir, por un rebajo de cincuenta por ciento... Pero bien pronto castigué la avaricia de esos judíos: en un mes hice dos recibos de la misma fecha y los descontè á distintos agiotistas que ya me habían chupado en otras ocasiones muchos dineros... se descubrió el fraude y fuí á la cárcel; sin embargo, el juez, que también conocía de agio, me condonó la pena en vista de tantos cincuentas por cientos que me habían cobrado todos aquellos caribes de logreros...

Aquí el preso hizo pausa, me pidió otro cigarro, lo encendió luego, le dió unas fumadas, y prosiguió de esta manera:

Fuí rodando de cantina en cantina hasta llegar á la pulquería: Recuerdo que una vez me ví en el espejo de «El Triunfo de Venus» y me encontré desconocido: el pelo melenudo y áspero; los ojos inyectados; la barba en breñales y canosa... ¡tenía veintiseis años!... al cuello, como un dogal, una corbata desteñida y sucia hecha un lazo descuidado... ¡yo que fuí modelo de elegancia!... traía los pies desnudos dentro de unos zapatones rotos de ambas puntas, por las cuales asomaban los dedos de los piés hinchados... llevaba la levita con mil remiendos y los pantalones tan zurcidos por rodilleras y posaderas que no se sabía si el trabajo de la aguja era la trama del paño... Una sonrisa feroz, diabólica, contrajo mis labios secos... yo

mismo con cruel ironía... me burlaba de mi figura ridícula y miserable!

Ese día bebí más que de ordinario; fuí á la Comisaría por la quincuagésima vez, y de allí á la cárcel por ebrio reincidente... y...

Recuerdo que una vez me vi en el espejo...

—¡Cuánta degradación!—exclamé como hablando conmigo mismo.

—¡Ay, amigo mío, la parte íntima de mi vida es la más desastrosa!...

Mi padre, que abandonó antes que yo *destripara* ¡cuánto lo lamenté y lloro ahora! la Ma-

gistratura y la política para dedicarse al fomento de sus negocios, murió de pena y de vergüenza cuando supo mi lamentable estado.... La novia que dejé en mi pueblo, con promesa de casamiento para cuando alcanzara el título de abogado, acabó tísica de sufrimiento; y una desgraciada que seduje en la capital, quedó enferma y próxima á morir en un hospital...

Estuvo un momento en silencio, como si intentara de acordar su pensamiento, para terminar de este modo su ya larga y para mí interesante historia. ¡Pobre Julia!... Habíamos hecho de un tugurio un edén; ella se levantaba temprano para ir á la fábrica; yo iba á traerla á la hora de salida; con el producto de su trabajo y mis *buscas* de leguleyo, teníamos lumbre, pan y lecho... Dejé de empinar el codo y creí regenerarme; en tendajones de barrio hacía de *evangelista*, y en los juzgados menores defendía de oficio; poco á poco aquella vida tranquila y monótona me iba fastidiando; sentía interiormente cierto cansancio; el tugurio, nido antes de nuestros amores, se me antojaba un calabozo; los solicitantes de cartas y recursos en los tendajones, unos necios; los jueces unos legos y estúpidos... Volví á mis antiguas correrías sin necesitar de Galón, á quien no volví á ver en mucho tiempo... Dejé de ir á esperar á Julia á la salida de la fábrica; me emborraché, haciendo zig-zag y rezongando mal-

diciones me fuí á mi cuchitril... Julia me increpó por mi proceder; me puse furioso; la llamé hija de tal; replicóme, y le dí tan fuerte bofetón que la puse á echar sangre por boca y narices; los días siguientes fueron lo mismo: borracheras, golpes, gritos, escándalos, intervención del juez de barrio, comparecencias ante la autoridad, amonestaciones, arrestos, desahucios, y todo este cortejo de autos, diligencias y trámites que traen los disgustos domésticos, donde el alcohol hace del hombre un tirano y de la mujer una bestia... Y al cabo sucedió lo de siempre: daba de palos á aquella infeliz porque no llevaba todo su jornal para gastármelo en copas ó en pulque en el «Triunfo de Venus», mi madriguera favorita... Julia se cansó de mis malos tratamientos... se largó de mi lado... y yo me eché á la calle como perro hambriento en busca de hueso que roer, husmeando de tendajo en tendajo por ver si daba con Galón, embriagándome con una pandilla de ebrios consetudinarios... Dí con Galón, y no lo hubiera conocido sino me hubiese dicho con fisga: «¡Hola, rapaz! ¿ya olvidaste el *Pajarete*?»

Por Galón supe que Julia estaba en el hospital... tuve el noble deseo de ir á verla... pero Galón, el sediento Galón, me arrastró al tendajo inmediato y allí bebimos copas en pago de las ocurrencias y chascarrillos del abotagado de Galón... para después caernos en la calle y quedar á disposición de la policía... Fuí contra-

tado para peón en las vegas de Valle Nacional... ¡Ay amigo mío! allí purgué todos mis más crudos pecados con el látigo del capataz... Me huí del valle, dispuesto á morir en el camino antes que cumplir la contrata; vine aquí... y hoy me encuentro preso por la borrachera de anoche... ¿Me das otro cigarrito?...

No pude oir más; me despedí de prisa, y el alcohólico enjaulado reía estúpidamente tras de la reja, mientras yo iba gesticulando y murmurando á trueque de que me tuvieran por loco.

Por una copa que ofrece la amistad, con el brillo de la copa de Gamínedes, llegamos hasta el denigrante término del ébrio; el tósigo infernal quema nuestras entrañas y mata nuestro cerebro; acabamos por ser lepra de la sociedad en que vivimos; vergüenza de las familias; azote fiero del hogar; cifra constante en los registros de cárceles, y un padrón de ignominia que lleva fatídica herencia ¡ay! sobre la frente inmaculada de los hijos... ¡Maldito vicio engendro de Satanás!... ¡Cuánto degrada y embrutece!... ¡Qué de errores y crímenes comete!...

***

Pasados no pocos dias desde la larga confidencia del amigo de Galón, el alcaide llamaba á Ruiz á la hora de revista de la mañana; pero Ruiz no se levantaba de la tarima en que dormía... ¡Arriba, borrachón!... ¿Qué, no oyes?... Y

que si quieres, á Ruiz nadie podía despertarlo; ni la vara cayendo sobre las escuálidas carnes era suficiente para sacar de su sueño á tal marmota... Dos presos hicieron gana de levantar en peso al que parecía un fardo... y lo sintieron frío y rígido: ¡Estaba muerto!

¡Y aquel miserable despojo fué metido en el tosco ataúd que la caridad pública ofrece para cumplir con una de las obras de misericordia; y el sepulturero, con su habitual indiferencia, arrojó á la fosa común al que pudo lejos del vicio haber conquistado un mausoleo!

XIII

Las Trece Monedas.

El cura del terruño era en aquella hoy lejana época un buen pastor de almas, sin esa austeridad huraña que hace seca y monótona á la virtud; que infunde más miedo que respeto y que retiene y esconde el pecado en la conciencia

Su apacibilidad de carácter; su dulzura de expresión y su fineza de maneras hicieron bien pronto que los feligreses hallaran en él un amigo en el consejo, un compañero en la desgracia y un clemente en la absolución.

El buen cura no hacía política de sacristía, ni convocaba feligreses, ni fomentaba cofradias; á todo hijo de vecino le dispensaba el saludo afable y la sonrisa franca; y veía en cada prójimo un hermano á quien socorrer por disposición altísima de un grande y bienaventurado Dios, que escucha á sus criaturas en la oración y las ampara en las atribulaciones.

Estricto en los deberes que le imponía su sagrado magisterio, cumplía con el dogma, observaba la liturgia y practicaba el ritual.

En las fiestas religiosas siempre desplegó magnificencia y esplendor nunca sucedidos; eran de verse, para admirarlos, los altares de Jueves santo y de Corpus, en que la mano hábil y la disposición acertada del sacristán, atento á las indicaciones del cura, hacía del altar mayor una gradería inmensa, toda ella brillante de lama de plata; ostentosa de guirnalda de flores y alumbrada por esbeltas velas de cera que sustentaban macizos y cincelados candeleros de bruñida plata; y en el remate, cerca de la bóveda del ábside, el rico y esplendoroso trono de rosetones rebujados, capiteles y estrías diminutas en acendrado metal blanco, donde la custodia de áureos y aspados rayos, circundada de pedrería centellante, rutilaba con brillos y chispeos que las luces de la cera le daban; y abajo, en las gradas del presbiterio, la mullida y teñida alfombra cubriendo el marmóreo pavimento, y por cada extremo los ciriales, tersos como espejos, y del lado del Evangelio la cruz parroquial alta y erguida, y del lugar de la Epístola, los tres estirados sitiales de precioso cedro con cojines purpúreos de fino terciopelo; y las macetas enfiladas con las fragantes y matizadas flores que trascendían su perfume persistente entre ondas blanquecinas de aromático incienso; y por cada esquina del altar un bello y rubicundo ángel con alas blancas y sedosas, resplandeciente diadema y actitud beatífica, servían de seráficos guardianes

en aquel santuario regio de pedrería, abundante de luces, galano de flores y saturado de incienso...

Y no era sólo el lujo desplegado en el altar mayor y en los nichos y en hornacianas de la iglesia, lo que admiraban los ojos de los fieles, levantando en sus espíritus dormidos la sensación, siempre sentida pero jamás explicada, de un hondo y rebosante sentimiento estético, que con el misterio llegaba á lo infinito para acrecentar la piedad y aumentar la devoción, también las palabras del orador en la catédra sagrada caían profèticas y evocadoras en las conciencias de los devotos pecadores que se obstinaban en la culpa y hacían votos en el tribunal de la penitencia; porque el cura del lugar, sin ostentación de saber ni alarde de elocuencia, conmovía con patéticas frases los sencillos corazones de aquellos sus humildes oyentes.

Los sermones del señor cura dejaban impresiones fuertes y duraderas, no por rebuscamientos de retóricas y exhibición de escarceos literarios, que por ello hubiera caído en el defecto de la mayor parte de los predicadores que busban muchas figuras de efecto y emplean una superabundancia de oropeles para desviarse del asunto principal, con cuyo empleo se fastidia la tercera parte del auditorio, siempre compuesto de un conjunto diverso de gentes que se ocupan de distintas profesiones y en diferentes oficios. No; el experto orador ata-

caba las pasiones comunes á todos los humanos, á pesar de los disímbolos objetos sobre que caen; sin rodeos y ambages, se iba derecho al mal, como para atacarlo de frente y extirparlo de raíz; ésta pudiera llamarse la táctica de los sermones del señor cura; cuanto al estilo, aunque noble y digno de la majestad del púlpito, era sencillo y claro y muy al alcance del pueblo.

Así no había afectación ni pedantería en sus sermones; huía de todo aquello que fuera mero brillo artificial, ampulosa metáfora continuada y deslumbrantes retóricas, que todo ello sólo divierte el ánimo, enciende la fantasía y distrae la devoción para desviar el conocimiento de las verdades que anuncia el predicador.

El vecindario aun recuerda entusiasmado y reverente aquel último sermón de viernes santo, en el cual lo puro y digno de las imágenes, lo bello de los giros, lo patético de la situación y lo oportuno del raciocinio, arrancó no bien contenidas lágrimas y trajo al espíritu de los oyentes conmiseración para el crucificado como hombre y alabanza para el hombre adorado como Dios.

El cura, fuera de sus habituales ejercicios, dedicaba los ratos perdidos á la lectura de buenos y sustanciosos libros; no le repugnaba leer lo netamente literario, y entre la lectura del Kempis y el cotidiano repaso del breviario, tomaba

para tregua del entendimiento cualquier otro libro profano, pero jugoso y de doctrina. Solía dejar los libros de pasatiempo por el ajedrez y el tresillo; para el uno contaba con la destreza del barbero y para el otro con la pericia del boticario.

Jugaba con el barbero los miércoles y sábados, días en que, salvo tal cual molestoso y severamente cuidado catarro, venía el rapista á rasurarlo; entonces, mientras el barbero aprestaba los utensilios, remojaba al cura la barba y asentaba la navaja, exponía cada quisque la nueva jugada traída en estudio de días atrás, y no faltaban los planes seguros y acertados con que ambos contrincantes suponían ganar en pocos lances el juego; acabada la tarea del barbero seguía el entretenimiento de los jugadores; en cómodas poltronas se sentaban frente por frente ante el tablero; apostaban las bicoloras piezas en sus correspondientes casillas y daba la salida el cura con espera del barbero; á veces solo se oía el asentado toque de las piezas sobre el tablero, por estar la imaginación ocupada con las combinaciones del ajedrez sin dejar lugar á la boca para hablar palabra, y otras la jugada estaba tan empeñada con el movimiento de un caballo, que pasaba largo y silencioso rato para que el jugador corriera la tal pieza al espacio conveniente para evitar una tomada; así, entre humeantes cigarrillos y no frecuente pero sabrosa charla, se sucedían un

par de horas, al término de las cuales levantaba el campo el cura, traía de un anaquel la codiciada botella de acreditado Jerez de la Frontera, con cuyo vinillo, sabroso y escurridizo, convidaba siempre al barbero fuera vencedor ó vencido; después de escanciado el jerez, paladeaban juntos la copita, y cada quién se volvia á sus labores.

El boticario venía una que otra noche; cuando venía, se sentaban en extendida mesa alumbrada por una lámpara con pantalla verde; antes del juego acostumbraban saborear en sendos pocillos floreados el espumante chocolate costeño, nada espeso y muy acondicionado con leche pura y bien bullido por el hervor de la lumbre y mejor batido por las manos de afano-

Antes del juego acostumbraban saborear, en sendos pocillos floreados, el espumante chocolate costeño...

sa cocinera; gustaban la bebida frailuna con doradas *soletillas* de tía *Vito*, que eran una delicia para aquellos paladares esquilimosos y un tanto glotones.

Acabada refacción tan rica, extendían el montón de acanaladas cartas por el continuo uso á que estaban destinadas; comenzaba la jugada de tresillo salpicada de chistes per parte del boticario y de reprimendas por la del cura; entre juego y juego, acá y allá, altercaban por quítame allà esas pajas; y habia vez que se entrincaran en acaloradas discusiones teológicas y metafísicas, en las cuales siempre el boticario negaba con un esceptisismo atroz y el cura afirmaba con una fe evangélica; pero aun contando con la incredulidad obstinada y nunca convencida y con las negaciones de libre pensador declarado del boticario, jamás llegaron á desavenirse y todas las noches de tresillo se separaban amigos.

Enfermó el cura; y fué tan aguda y violenta la dolencia, que en un santiamèn entregó el alma al Creador.

El terruño todo sintió la muerte del buen pastor: lo mismo el rústico que sólo viene al pueblo los domingos por oir misa, que el boticario y el mèdico, que nunca concurrían á la iglesia.

El cura no dejó más bienes de fortuna que en un viejo arcón los ornamentos y unos doscientos trece pesos, cantidad que encargó al barbero repartiera entre los pobres; entonces se su-

po, para más admirar la virtud del sacerdote, que la poca hacienda que había adquirido por producto de su curato, la había distribuído en vida, y por partes parciales, á los pobres vergonzantes del terruño.

El barbero, más supersticioso que fanático, no sabía cómo componérselas con aquella cantidad cuyas cifras acababan en 13, el número fatídico por excelencia; habría sin duda que cumplir la última voluntad del santo varón que así se lo encomendara; pero tocar los 13 pesos ¡nunca! Desvirtuaría la caridad del reparto de los doscientos, los maleficiaría, y en vez de remediar la pobreza de los necesitados, les llevaría un mal agüero, les sobrevendrían males sin cuento y desgracias sin remedio...

En sus escrúpulos consultó un libro de magia prieta, llevado de manos del sacristán, que no por andar con agua bendita pudo desligar el maleficio; pasó noches en vela el medroso barbero con gran susto de su mujer; rezaba noche con noche diez avemarías y otros tantos padrenuestros para que Dios, con su sabiduría eterna, le iluminara el corto entendimiento y le inspirará la manera..fácil, expedita y pronta de sustraer los 13 pesos sin menoscabar el legado ni comprometer su conciencia.

Y después de mil resoluciones no practicadas y de igual número de arrepentimientos, acabó por tener, en una de tantas noches de vela, horrible y tenaz pesadilla, en la cual vió al

cura, puestos los ornamentos, atravesar por entre el gentío que invadía la iglesia, subir al púlpito, y decir con voz cavernosa que se metía muy dentro:

«Y para los avaros que atesoran, para los usureros que expeculan y para los codiciosos que retienen el dinero ajeno, no habrá compasión ni clemencia: constantemente el sonido metálico de las monedas ensordecerán sus oídos, cerrados de antes á toda imploración; sus manos eternamente contarán los dineros y el hambre y la sed mortificarán sus cuerpos y enflaquecerán sus carnes, porque no tendrán sino tiempo para contar y desear y codiciar y acaudalar...»

Acabando de decir esto el predicador, el barbero miró al rostro del cura, y la cabeza del sacerdote estaba monda de cabellos, y en las cuencas del rostro no brillaban los ojos, y en la boca, sin labios, los dientes parecían reir siniestramente, en cuanto las manos descarnadas se apoyaban con violencia sobre el barandal del púlpito, produciendo los artejos con la violencia del ademán un castañatear ruidoso de huesos que se rompen...

Dispertó el barbero lanzando un grito de pavor, y fuese luego al lugar en que tenía depositados los 213 pesos; tomó los 13 pesos, los envolvió en un papel, y escribió algunas palabras sobre el doblez del envoltorio, con letra tan endemoniada, que sólo traduciría el boticario, no por

polígrafo, sino porque mucho se parecía á la caligrafía que usaba el farmacéutico en aquello de lo nutrido de garrapatos y palotes.

***

Pasaron años, y, con el trascurso de ellos, pocos fueron los que quedaron en el terruño para acordarse del buen cura, protagonista de esta verídica historia; murió también el barbero, llevando la delantera para la eternidad al boticario; después de los responsos y del entierro vino el sacristán, ya viejo como un Matusulén, y dijo á la viuda muy compungido y con acongojado acento: «*Señá* Tecla, busque *osté* en el *bául* del *maistro* que *ai* le deja un dinero». La mujer, entre codiciosa y afligida, revolvió los trapos del difunto barbero, y á poco de afanoso el que creía grandioso tesoro, halló un envoltorio con peso que parecía de dinero, iba á abrirlo, cuando notó la escritura del barbero que leía de corrida, la cual decía con letras gordas y despatarradas: «Esto es *pa* misas por mi alma. I un peso *pa* el sacristán.»

El barbero, antes de morir, resolvió el problema.

Con doce pesos para sufragios sacaría su alma del purgatorio, donde se estacionaría por haberse quedado sin cumplir, en parte, lo dispuesto por el cura, á causa de su mala adver-

sión para el número trece; con la dádiva de un peso, el sacristán destruiría la cifra fatal; así el alma del cura pediría á Dios el rescate de la del barbero, puesta en el purgatorio, y el sacristán por el duro no olvidaría al rapista.

¡Todo por lo ominoso de las trece monedas!

XIV

La Juanita.

I

Era el 27 de enero de 1873.

«La Juanita» se aparejaba para hacerse á la vela aquella mañana hacia Tlacotalpan, con escala en Alvarado, y sólo esperaba tener á su bordo el último pasajero para levar ancla y tomar rumbo.

Aún no amanecía: tenue neblina, como velo diáfano, opacaba las luces del heroico puerto y hacía confusos los contornos firmes del caserío y las líneas severas de las altas torres; los ojos ciclópeos de los faros «San Francisco» y «San Juan de Ulúa» lanzaban sus irradiaciones de luz blanca, abrillantando la neblina el uno, y haciendo más visibles las efervescencias del mar, el otro; parecían en la obscuridad de la noche dos titanes que encadenados equidistantes esquivaban el verse; pues tan luego el de «San Francisco» abría intensamente su disco luminoso en dirección del de «Ulúa», cuando éste dirigía su ojo airado sobre «Sacrificios», marcando un ángulo de luz en cabrilleos trémulos por las aguas movibles y negras.

En los muelles todo dormía cual arrullado por el mugiente sonar del agua que golpeaba, en rítmicos vaivenes, la hosca y porosa piedra del muelle *fiscal*, que, tenebroso y cuadrangular, dilataba su vetusta mole fuera de la playa circuída de espesas y obstinadas murallas.

Ni el chirrío de los pernos, ni el rodar de las carretillas, ni el vocerío de los boteros, ni el

Cuando este dirigía su ojo airado...

rechino de las poleas, nada ni nadie interrumpía el silencio de la noche ni la soledad del muelle, cuyas luces de un rojo opaco parpadeaban en los duros postes de las gruas, siniestras horcas que en aquella obscuridad extendían sus rígidos y afrentosos brazos.

Poco á poco comenzaron á entrar por las dos puertas férreas del muelle, tomadas de orín por las salobres brisas del mar, los pasajeros que llevaría «La Juanita»; unos embozados

para abrigarse del relente; otros con puros encendidos que estrellaban de ardentías la negrura ambiente; con pasos tardíos los más, y con carraspera expectorante no pocos; los *guadañeros*, encorvados bajo el peso de los equipajes, llegaban presurosos y deponían su carga al pie de los escalones de piedra que en ambos flancos del muelle se suceden.

Grupo numeroso rodeaba á un pasajero que despedían con los cariñosos saludos de ¡Adiós, mi General!... ¡Buen viaje, General!... En tanto los botes fueron echados al mar; armáronse los remos en sus estrovos, empuñóse la caña del timón y los pasajeros, con salto temeroso y mano temblona, particularmente las mujeres, pasaban de las escaleras á la borda de las pequeñas embarcaciones de transporte.

Se escucha el golpe acompasado de los remos á boga larga, y botando el timón á estribor sobre el agua que aún adormitada refunfuñaba; distintamente suenan seis campanadas en el reloj de Palacio; en seguida el faro de «San Francisco» cerró su ojo luminoso y se entregó al descanso con pereza muy propia de un trasnochador, y el de «Ulúa», por no ser menos, entró en reposo también.

Una faja blanquecina y brillante iluminó el horizonte por el oriente; el mar á trechos se argentaba; las múltiples lucecitas, que antes cabeceaban en los mástiles de las embarcaciones que pueblan la bahía, extinguieron sus

claridades cual tímidas luciérnagas al primer rayo poderoso del sol naciente; después, un inmenso incendio de reflejos sonrosados aclaraban y teñían el cielo que hundía, con la majestuosidad de un manto flotante, su azul cobalto en las aguas añiladas del Golfo.

En la cruz de señales de «El Caballero Alto» se izó un gallerdetón colorado y debajo de él una esfera negra, signos anunciadores de que había «vapor á la vista».

El agua de la bahía, que al amanecer estaba azulosa, se fué descolorando hasta tomar tonos glaucos con las luces matinales; el sol doraba y quemaba todo cuanto tocaba con sus destellos; reflejándose en el color variado y lustroso de los botes, que como cachorros se pegaban á la borda de las grandes embarcaciones, se quebraba en cambiantes movibles, en viscos intensos y en ondulantes culebreos que hacian mil combinados espejismos, ya alargándose undosos y saltantes, ya sumerguiéndose parpadeantes y fugaces, ya corriendo en el vaivén de la onda para apagarse al romperse en espumas el impulso de las aguas; las descomunales boyas, tiznadas de óxido, inamovibles, levantaban sus argollas resistentes, de las cuales pendían tirantes y gruesos cables que aseguran las naves en el fondeadero; las pesadas lanchas de conducir carga, con sus mástiles rectos, largadas las velas y tendidas las escotas, se balancean gravemente; los vaporcitos remolcadores,

encienden sus máquinas, y por sus ennegrecidas chimeneas lanzan humo, cuando blanco, cuando negro, cuando cenizo, cuando terroso, cuando sepia; ora en espirales, ora en borbotones, ora en hilillos hasta perderse ligeramente en el firmamento; por el oriente se dilata inconmensurable línea áurea, sonrosada en sus bordes, con interposiciones de fajas blancas; cabrillea á ratos para esfumarse luego; y por el Noroeste, un cielo azul á retazos, brumoso por el Norte, refleja tonos escarlatas y violados, donde las velas alzadas de las barcas pescadoras se suceden cual bandada de gaviotas que emprenden el ignoto vuelo.

Al frente Veracruz se levanta con el colorido de una ciudad morisca, dibujando el rectángulo uniforme de su caserío sobre el cual las torres empinan sus altiveces de minarete, y los miradores de forma cúbica, á modo de mayúsculos dados, se asientan en el plano recto de las azoteas; las viejas iglesias arquean sus dombos á distancia unas de otras; allá la cúpula de la «Pastora»; después la torre del faro «San Francisco» se enseñorea, con porte gentil, del horizonte; en seguida la media naranja de la Parroquia brilla y deslumbra: creeríase de plata maciza la tersa superficie de sus bruñidos azulejos heridos por los rayos solares; del austero «San Agustín» no queda más que la rechoncha cúpula, la cual, coronada por el cupulino, recuerda la grave cabeza con cerquillo de

fraile descalzo; y atrás, poniendo cerco al cariz de las fachadas y á la altanería de las torres, el ocre tirando á rubio de los médanos ciñe con sus ondulaciones suaves la extensión iluminada y alegre de la ciudad tres veces heroica, que muestra honrosas cicatrices en sus muros y tiene por guardianes junto al mar, el baluarte «Santiago» por un extremo y el de la «Concepción» por el otro, cual viejos veteranos que en la boca callada de sus cañones conservan la historia de sus patrióticas hazañas...

Estaban ya á bordo todos los pasajeros del pailebot «La Juanita», al mando de Pancho Vera, y tripulada por seis marineros, un contramaestre y un grumete.

Pancho Vera es bajo de cuerpo, lleno de carnes, mozallón vigoroso y no desgarbado; pelo bermejo de una cabezota que no sofoca el sol ni la tormenta abate; caraza roja, ojos grandes, deslumbrados; la pupila de color azul claro estrellada de gris; la boca grande pero de finos labios apretados; dentadura fuerte y completa, que lo mismo sirve para deshacer la vuelta de una escota ó el duro nudo de una ballestrinque, como para llevar la afilada faca cuando en algun percance tiene que habérselas en contienda abierta con los tiburones; sobre el labio superior y en la mandíbula inferior se le ven veladuras azuladas que indican la recia barba pronta á crecer, pero contenida feracidad tan montuna por el uso de la navaja que se ejerci-

ta continuamente en la rasura; sus manazas son carnosas, velludas, fuertes como aspas de hélice y dadivosas como de padre mercedario; el pecho avante—coraza para las olas y «escudo impenetrable al miedo—sirve de pantalla á un corazón generoso hasta la prodigalidad y sensible hasta las lágrimas.

Pancho Vera es bajo de cuerpo, lleno de carnes, mozallón vigoroso...

Los otros marineros son hombres, valientes, arrojados y temerarios (según las circunstancias) que obedecen á pie juntillas las órdenes del patrón y aman el barco como á un pedazo de arteria arrancado á las entrañas de su terruño.

Son fuertes, musculosos, con barbas nazarenas y ojos moriscos, bocas gárrulas y blasfemadoras, que acompañan sus duros trabajos de imprecaciones horribles, de palabras sucias, destempladas y obcenas, tan brutales que no hay oídos castos ni pechos piadosos que puedan resistirlas.

Entre ellos son de notarse: «Calzón *aguáo*», así llamado porque lleva de diario pantalones muy anchos de mahón azul ó lonetilla, los cuales se hinchan como mangueras en subiendo el tal por los flechastes á los masteleros á ejecutar alguna maniobra con viento fresco. «Tío Tonina», alto, delgado pero atlético; rasurado del bigote, de sota barba negra y un tanto crespa que, à manera de barbiquejo, le sirve de marco á la angulosa quijada para darle aspecto de lobo marino. «El Juile», chaparro, cuadrado de estructura; diríase una masa de carne hecha en forma de cubo; todo es cuadrado en él, desde el rostro, siempre barbihecho, hasta los pies descomunales y recios como pisones. «El Cangrejo», rojo con la rubicundez de crustaceo acabado de salir del agua hirviente; sus manos atenazan con la fiereza de antenas, los

dedos de sus pies son garfios, y para subir á los obenques lo hace con la agilidad de una ardilla, no obstante su corpulencia, suspendiéndose con las manotas y sosteniéndose con los

Tío Tonina, alto, delgado pero atlético...

pies por el dedo gordo y su compañero á la manera tenaz de un cuadrumano.

El cocinero es churillero por costumbre y cantador á ratos; le atufa cualquier quisquilla,

y todos lo miran de reojo; pero le toleran y miman por aquello de que es quien condimenta y reparte el rancho á bordo.

Los otros son tipos netamente alvaradeños;

El Juile, chaparro, cuadrado de estructura...

diestros marinos y pescadores arrojados; con barbas de zamarro, abundante vello erizado en todo el cuerpo, color quemado por el mar, vista certera y manos diligentes; con el panta-

lón más abajo de la cintura, obligado á sostenerse por el rigor de la especie de cíngulo que usan, y que muchas veces no aprovecha; pues se bajan de cintura y se van de costado por el peso de la faca enfundada que al cinto llevan del lado de la cadera.

—¡Ejtamos listo!—gritó el patrón.

—¡Sí, de toíto!

—¡Puej arriba ese bote!

Y en un periquete el pequeño esquife estuvo sobre cubierta.

Los pasajeros fueron acomodados, y, de tal suerte, que no interrumpieran las maniobras de los marineros.

Estaban á bordo hasta sesenta pasajeros entre hombres, mujeres y niños, y con ellos el general Porfirio Díaz que venía á Tlacotalpan.

Se volvió á oir el vozarrón del capitán dando órdenes al contramaestre:

—¡Nuestro amo—así nombra la tripulación al contramaestre—aliste para la salida!

Y el contramaestre ordena á su vez:

¡Vamos, Chano, quita con el muchacho las capas á las velas!

El cocinero con el grumete, no sin rezongar el primero, comienzan á desnudar las velas de sus abrigos de lona embreada.

¡Vamos, muchachos, á levar!

Cuatro marineros corren al molinete de proa; toma cada quien un espeque, lo engranan en la escopleadura del aparejo, echan el cuerpo

hacia adelante, empujan con fuerza y ¡aaaó!... ¡aaaó!... ¡aaaó!... ¡aaaó!...

El molinete giraba á cada impulso y la cadena gruñía con gran estruendo...

¡Vamos, muchachos, que ya está cerca el grillete—gritaba el nuestro amo para alentar la faena.

¡Vamos, muchachos, que se pasa el terral!—repetía el contramaestre para acelerar la maniobra.

¡Aaaó!... ¡aaaó!... ¡aaaó!... ¡aaaó!...

Y seguía el gruñido de la cadena, y la queja del molinete, y el estribillo de los tripulantes, en tanto «nuestro amo» en el castillo de proa observaba la operación y á cada paso veía la cadena, hasta que se fué á la banda de estribor, y mirando al fondo, dijo:

¡Bueno, ya estamos á pique!

El ancla se encuentra en el fondo perpendicularmente al escobén.

Dos marineros dejaron el molinete y echaron manos á las brioles y amuras del trinquete.

¡Iza trinquete!

Paulatinamente se va desplegando la vela hasta que queda tirante, entonces se escucha otra vez la voz de mando:

¡Relinga boca!... ¡Relinga ese pico!

El trinquete esta listo.

Se sigue la mayor. Izada la mayor, vuelve el contramaestre á gritar:

¡Arriba la escandalosa!

¡Rás!... ¡rás! ¡rás! Ya que corona el mastelero:

¡Amurar esa escandalosa!

—¡Cangrejo, iza el foque!

—¡Juile, arriba ese fofoque!

Los amantillos, escotas, vientos, drizas y brioles que se restiran; los garruchos que gimen; los bertellos que golpean; los cabilleros que rechinan; las velas que flamean; los marineros que imprecan; voces, ruídos y carreras forman un estruendo y gritería tal que no es bastante el bramido del mar á ensordecerlos.

Todas las velas están izadas. El grave foque, el ágil fofoque, el oportuno trinquete, la majestuosa mayor y la previsora escandalosa dan al aire sus lonas tensas y blancas en espera de viento que las infle para arrancar la embarcación de su fondeadero y hacerla tomar rumbo.

La tripulación retorna su pericia á la proa; se pegan otra vez al molinete, tiran con fuerza, y el ancla, que como enorme crustaceo vino arando con su uña fenomenal el inexplorado y temible fondo del mar, se desprende al cabo, y sube hasta que su arganeo toca el escobén, el cepo golpea la banda y la cruz queda colgada balanceándose en el vacío; entonces grita nuestro amo al capitán que está con la caña del timón empuñada:

¡Vamos, levado!

El capitán dá la caña hacia babor para sacar el barco por estribor.

«La Juanita» gira y no cae; las velas se sostienen lacias y quedas.

El patrón aulla con voz de trueno:

—¡Cangrejo, acuartela foque sobre babor!

—¡Acuartelen trinquete sobre babor!

—¡¡Qué acuartelen trinquete sobre babor!!

—¡Vamos, muchachos, acuartelen esta mayor por estribor, que hay que pescar el poco viento!

El barco cayó y se deslizó suavemente impulsado por un viento muy débil del Noroeste.

La mar estaba como un plato.

«La Juanita» á las bordadas salió despaciosamente del puerto, cual si le doliera con los pasajeros dejar atrás el espléndido paisaje de la bahía, iluminada por toda la intensidad de un sol hermoso y desceñido de nubes obscuras que empañaran sus tibios y dorados reflejos.

No obstante, la marcha despaciosa de «La Juanita», el pasaje no desesperaba de hacer un viaje redondo y seguro; confiaba en la experiencia de Pancho Vera, habituado á las sorpresas y perfidias del mar, y en la fama de velero que tenía el barco, el cual era de sólida construcción, amarrado con clavazón de cobre, de 75 toneladas de porte, con 11 pies de calado, y navegaba con cuatro cuartas sobre el viento; tales y tan buenas condiciones, unidas al surtido y fuerte velamen y á la fina y gallarda arboladura, lo declaraban rápido y audaz.

«La Juanita» tomó el derrotero denominado

«camino de tierra», pasando entre «Sacrificios» y «Los Hornos» y siguiendo el litoral del «abra de Medellín» ó «Boca del Rio»

A distancia se veía «Sacrificios» coronada de espumas; más cerca «Anegada de Afuera»; esta isla pequeña es triste con tristeza que duele, desierta, tendida á lo largo del mar semeja el lomo de un cetáceo á flote, de dorso brillante y acerado, inofensivo, dormido con sueño que mecen las ondas prendidas con velos de inmaculada espuma, y circundada de islotes hoscos, puntiagudos, que levantan sus zarpas como guadañas de muerte, y cantan en sus playas solitarias la canción de las olas que se quejan con la angustiosa dolencia de náufragos que sucumben...

A lo lejos un trasatlántico surcaba las aguas de mil tonos teñidas, lanzando penachos de humo, que la falta de viento deshecho permitía ascender á gran altura, para borronear con su tizne la limpidez del horizonte y quedar después esparcido en el aire á igual de vellones negros de insólita borregada que una mano invisible apacentara en la azulosa inmensidad del cielo.

Era cosa de las once de la mañana.

Los pasajeros, en grupos diseminados por la cubierta, alegres contaban tal cual peripecia ocurrida al navegar en barcos de vela; el general Díaz venía rodeado del mayor número de pasajeros, y entre charla y charla, bien del

rumbo de proa, bien del de popa, brotaba un ¡Viva Porfirio Díaz! sonoro, espontáneo y entusiasta. El cocinero ya tenía la sartén á la lumbre; chirriaba la manteca, y de una marmita, puesta á borbotear, trascendía un tufillo agradable que se entraba ligero por el olfato para incitar el apetito á más de un estómago en ayunas por la hora tan de madrugada del embarque; el cocinero, entre tajada y tajada, que con mucha parsimonia iba sacando de una robusta cebolla, cantaba desacordadamente:

¡Ay, morena, morena, morena!
¡Ay, morena de mi corazón!

Y de esta cantinela no pasaba su contento.

De vez en cuando se oía:

¡Orza!

¡Listo!

¡Caza escota!

De pronto, una ráfaga intempestiva hace sacudir furiosamente los rizos en la superficie tirante de las velas; después flamean; en tanto pasan, llevados por otra ráfaga, filamentos como telas de araña que flotaban á lo largo en la atmósfera; á estos indicios sucedió el de una espesa neblina por el lado del Norte; el mar se pone obscuro y el viento cambia al Oeste.

—¡Norte tenemos!—anuncia un pasajero.

—¡Norte!—contesta la tripulación.

Cesó el canturrear del cocinero que se las prometía galanas con el condumio que estaba aderezando; callaron los pasajeros sus cuentos

y anècdotas; la marinería iba de proa á popa preparando cabos, aferrando lonas y desalojando la cubierta para poder ejecutar libremente las maniobras que se sucederían. Súbitamente flamearon las velas; la botavara giró con fuerza sobre babor; el mando de bajar á la cámara fué terminante; sólo quedaron en cubierta algunos pasajeros, que no impedirían las faenas marítimas. Se cerró la cámara; se cubrieron las escotillas y los portalones.

Sopló el viento fresco; zumbaba el velamen; crujían los mástiles; las olas, desencadenándose cada vez con más fuerza, batían la banda de babor, de popa á proa, salpicando de espuma la cubierta é inclinando el barco de estribor con peligro de tomar agua.

El mar se puso negro como pizarra; nublóse el sol; por el firmamento corrían en legiones endemoniados nubarrones pardos, cenizos; no se veía la costa y se adivinaban los bajos y arrecifes por las montañas de espumas que hervían iracundas en sus riscos y pedruscos.

El viento seguía fresco; pero aún no se declaraba la tormenta.

II

¡Vamos á largar esa escandalosa!

El tío Tonina, con una velocidad que no disminuía la fuerza del viento, subió por el obenque del palo mayor hasta el mastelero.

¡Ejtamos listo!

Nuestro amo manda:
¡Iza y caza *iscota!*
Guarnida la escandalosa, ordena:
¡Carga y aferra escandalosa!

«La Juanita» siguió navegando con todas sus velas menos la escandalosa, y puso proa hacia «Antón Lizardo» en busca de abrigo contra el Norte, que con furia creciente se venía encima; eran de verse su ligereza y gallardía para evi-

La Juanita siguió navegando con todas sus velas menos la escandalosa...

tar los escollos y arrecifes que erizan, circundan é impiden el paso para entrar á «Antón Lizardo»; tomó por el «abra de Medellín», y obediente y dócil al timón y fiel y presurosa por las velas, esquivó, con bordadas prodigiosas y tumbándose y ladeándose frecuentemente, «Blanquilla», «Chopas», «Cabezo» y «Rizo», y en saliendo de ellas arreció furioso el

Norte; el contramaestre mandó tomar dos fajas de rizos á la mayor y otras tantas al trinquete; de allí á poco como aumentara el viento, se oyó formidable la voz de Pancho Vera:

¡¡Arría y aferra fofoque!!

Y con el foque desplegado, y casi á palo seco, entró «La Juanita» triunfante á ponerse entre «Antón Lizardo» y «Salmedina».

El barco quedó al pairo.

¡¡Fondo!!

En todas estas maniobras el capitán no quitaba ojo de las velas ni mano del timón, y los tripulantes estaban en el rancho de proa; cuanto á los pasajeros quedados sobre cubierta iban pálidos y temerosos, unos agarrados fuertemente á los obenques y otros de los cabos pendientes de las jarcias. El General Diaz inmutable, junto al palo trinquete, contemplaba las maniobras, estimulaba á los marineros con voces de aliento y daba al viento su cabeza descubierta porque una racha le había arrebatado el sombrero...

«La Juanita» cabeceaba de babor á estribor muy lindamente; los pasajeros, en su mayor parte, estaban con las ansias del mareo.

Nadie piensa en tomar alimento.

La noche cierra y se iza en proa el farolillo de esfera.

Se durmió mal aquella noche; si dormir es estar tumbado sobre duras tablas dando vueltas y más vueltas; se improvisaron camas las

brazolas de las escotillas, las tablas de los portalones, las planchas de descargar; y eran camarotes los caramancheles, los pañoles y los sollados; la cámara, pequeña y sucia, se destinó para las mujeres y los niños; al General Diaz le ofreció su camarote Pancho Vera, y el General lo rehusó diciendo que se lo cedía á alguna de las señoras que venían á bordo y no tenían cama.

Al otro día el viento del norte no cesaba, y hasta el barco, un tanto en sosiego, llegaba el retumbo desesperante del mar que con su furia amenazó de naufragio á «La Juanita».

Evitado el peligro renació la calma y la alegría, y vino la confianza al espíritu atribulado de las mujeres, que todo se les iba en rezar, en hacer votos y en ofrecer promesas á sus santos favoritos y milagrosos.

El cocinero ya andaba desde muy temprano haciendo lumbre en el apagado fogón, levantando cacharros y cazos que los tumbos del barco habían arrojado de sus habituales lugares; expurgaba el arroz y remojaba los frijoles, y entre ajetreo y diligencia metía una miaja de canturia destemplada y sosa, pero muy de su gana para acompañarse en las faenas culinarias; Cangrejo, tío Tonina y el Juile, sentados cerca del botalón de proa, conversaban animadamente, mientras Calzón *aguáo* ¡ah pícaro! jugaba á la baraja con un pasajero y lo desplumaba despiadadamente, y el contramaestre,

muy campante, daba frecuentes chupetones á una caneca de ginebra.

El apetito fué apreciando en los pasajeros; quien sacaba de honda y bien surtida canasta la gallina frita y el pan dorado, puestos á la salida por manos previsoras; quien ofrecía al corrillo, extendido sobre cubierta haciéndole rueda á copioso almuerzo, un vaso de vino clarete escanciado de llena botella recién descorchada; del sollado salían las galletas duras, que remojadas en café con leche sabían á mazapán y se saboreaban con delicia de gollería apetitosa; por la piquera de las cuarterolas pintadas de lustroso verde ¡cómo se extraía el agua fresca y codiciada!

El primero y segundo día fué de gaudeamus. Unas bodas de Camacho el rico á bordo de «La Juanita.»

No se pensaba en el mañana; con el presente bastaba; y así con este pensar sucedió que las vituallas, ó provisiones de boca, ó como quieran llamarlas, fueron amenguando.

Comenzó el cocinero por decir con gravedad de canónigo:

«Se acabó el *arró* y queda una *pringuita* de manteca!»

¡No importa—dijo un glotón—comeremos *frijole carrero*!—así le nombran á la comida que se guisa con agua por falta de manteca.

Acabados los víveres de á bordo se recurrió á los *encargos*, que jamás faltan en estos viajes;

se entró á saco un tenate con guachinango frito; después vinieron unas latas de pastas inglesas; y así se fué dando buena cuenta de todo lo que era comestible y que llegaba á las narices de los golosos, porque se salvaban de la comilona algunos alimentos, gracias al egoismo de contados pasajeros que los ocultaban para regalarse con ellos á solas cuando en la noche todos durmieran. Al cabo hubo de comerse galleta del soldado remojada en agua... salada.

¡No hay víveres! Este grito dado por el grumete desconcertó á muchos por la cerrazón que había del rumbo de la barra.

Y para hacer más sensibles los horrores del hambre en perspectiva, un hombrote, grueso y colorado, hablaba á cada trique de unos chorizos de Extremadura y de un jamón de Westfalia que tenía en su despensa de Tlacotalpan, y así provocaba el hambre del pasaje, condenado á abstinencia completa sin esperanza de alcanzar indulgencia plenaria.

Ya el hambre, fatídica y atormentadora, se apoderaba de todos aquellos estómagos, con apetito voraz á causa de los vomitivos que inopinadamente suministró el mareo á muchos de ellos. Pancho Vera, ante situación tan crítica, habló al pasaje de este modo:

«Como no traía á bordo víveres má que pá un día, resulta que dende ayer ejtamos engañando el hambre con galleta y agua... Horita no hay agua ni pá un buche y de galleta... ni

una pá romperse las muelas... Conque no queda má remedio que hacerno á la mar pà pasar la barra... en los bajos hay mucha reventazón... y quien sabe si la barra esté cruzada... si todos me lo permiten, yo me atrevo con mi gente entrar al canal... pero «La Juanita» trae una pila de pasaje... vienen mujeres y niños y...

¡¡Vamos á la barra!!—gritaron todos.

¿Usted que opina General?

—Aquí no soy General; soy pasajero como todos ustedes, y opino que debemos hacerle frente al peligro!

¡¡Qué viva el General Diaz!!

¡¡Viva!! ¡¡Viva!!

Y por la puerta y lumbreras de la cámara salió también un viva atiplado lanzado por las mujeres que adentro venían.

Como en toda deliberación aquí las mujeres no tuvieron ni voz ni voto.

¡¡A la barra, muchachos!!—grita Pancho Vera arremangándose las mangas de la camisa para preparar la salida.

¡Despejen la cubierta!

¡¡Todos al castillo de proa!!

¡¡Tú, Cangrejo, y el Juile, al molinete, vamos!!

¡¡A levar muchachos!!

¡Aaaó!... ¡aaaó!... ¡aaaó!... ¡aaaó!...

¡¡Viva el General Diaz!!

¡Aaaó!... ¡aaaó!... ¡aaaó!... ¡aaaó!...

III

¡¡Toda la gente al castillo de proa!!
¡¡Listo el timonel!!

Las señoras fueron mandadas á bajar á la cámara, y como vieran la mar embravecida, las olas furiosas y la marinería atareada, al sepultarse entre las frágiles tablas de la cámara, comenzaron á reconocer más el peligro y á llorar mucho el riesgo, no obstante que numeroso grupo de pasajeros pasaron también á la cámara, mientras otros se metieron en los pañoles del entrepuente.

Pocos quedaron sobre cubierta, y los que allí quedaron no dejaron cabo de que no se ataran, bien á los obenques, bien á los escobenes, bien á los mástiles, ó donde pudieron. El General Díaz se ciñó un calabrote á la cintura y con él se aseguró al palo trinquete.

¡Quién viera sin dolerse á esta inconstante y débil nave, á merced de las olas con las peripecias del trabajoso y difícil camino no usado, batida y amenazada á cada paso, no tanto por la furia del viento y la perfidia de las ondas, ni de caer en las obscuridades de la noche, cuanto de engañarse de rumbo y dar en un bajo, más fiero que la aspereza del mar, que antes intentara hacer presa en su sentenciado y miserable leño!

Sin embargo, barloventeaba bien con el trinquete y con las otras velas tomadas de sus rizos para largarlas en caso oportuno; se acercaba á la barra; dejaba burlada la asechanza de los bajos y entraba en mayor peligro, como si su sino en esta ocasión, nunca olvidada, fuera evitar lances para encontrar otros de más alto y jamás sospechado percance.

Abajo, en la cámara, todo era confusión y

espanto: los niños lloriqueaban y pedían pan; las madres gemían, rezaban y apretaban contra sus pechos con ademán de defensa á sus hijos, cual si los resguardaran del peligro inconsciente pero seguro; el calor era sofocante y la obscuridad pavorosa; apenas una lamparilla ahumada y oscilante, derramaba mortecinos reflejos sobre aquel conjunto hacinado de seres humanos encorralados ¡pesa el decirlo! como fieras en la pequeña, sucia y miserable cámara, cuyos camarotes eran nichos de muerte y sus endebles y crugientes mamparos tablas de presagioso ataúd! Un muchacho hasta de catorce años aullaba como lobezno enjaulado porque no le dejaban salir fuera; las mujeres rezaban tan fervorosamente y con acento tan lastimero, que era muy para ablandar la dureza y obstinación de las olas y endurecer las frágiles tablas del combatido barco; los hombres buscaban el rezo en las brumas del recuerdo, tanto más apetecido y anhelado, cuanto más escondido y guardado, y callaban empujados de aquí para allá patullando y esparrancándose. Por las lumbreras, que empañadas con las salpicaduras del mar parecían ojos de escafandro, penetraba tan luego una claridad tenue, como después la negrura del abismo sumergía en un caos desolado á los pasajeros: era que el barco subía presto sobre la inflexión invertible de la ola inmensa y aligera, para descender en seguida envuelta en sábanas que á la vista espantada de los viajeros parecían mortajas de cercana y terrible muerte...

De pronto viene una ráfaga de viento y un golpe tímido de mar... «La Juanita» toca fondo... Crujen sus costillas del modo lastimero que una ballena herida por certero arponazo; luden las tablas, restallan las maderas, bailan

los mástiles en sus fogonaduras; el barco parece descuadernarse. Aquí del terror, de la angustia, de la desolación; aquí el llorar la infeliz jornada, el maldecir de la suerte; el dolor de haber dejado seguridad tan cercana por peligro tan cierto. En la cámara eran de oir y de lastimar las locas y desenfrenadas lamentaciones de las mujeres, que arrodilladas en el plan de la cámara, daban cabezadas á cada tumbo del barco contra los bordes de los insuficientes é incómodos camarotes, sin soltar de los labios querellantes la plegaria al punto acabada para comenzarse de nuevo... «Glorifica mi alma al Señor»... «Desposeyó á los poderosos y elevó á los humildes»... Y seguía el rezo, y se ofrecían promesas, y se invocaban intercesiones, y se esperaban milagros; salía por una lumbrera mal cubierta un chorro de plegarias, una letanía de rezos que pasaban trémulos y suplicantes entre las blasfemias desencadenadas, azuzadas por las indomables fierezas del mar, espumajeraban en la boca de los marineros que temían que el timón quedase en seco y la nave zozobrase allí mismo donde se esperaba evitar el naufragio. Allá en popa, Pancho Vera, amarrado por dos cables á los pescantes que en la trasera traía el barco, para que alguna oleada no le volase, estaba inmutable, casi fiero; torvo de la mirada y rugiente del habla; aferradas las manos en la caña del timón, duro, ingobernable, esperando otro golpe de mar que arrancara el buque y lo arrojara fuera del lecho en que se asentaba con riesgo de levantar quilla al aire y volcarse con el pasaje y toda la tripulación... Pero otro hombre, frente por frente de Pancho Vera, permanecía también impasible, sereno, recibiendo sobre su cuerpo los maretazos que de banda barrían la cubierta y se lle-

vaban cuanto encontraban á su paso, como si fueran plumas; está callado y parece sombrío; ni impreca ni aclama; con los ojos fijos en el timonel, y las alas de las ventanas de la nariz fuertemente hinchadas, absorbe las ráfagas frescas y salinas que azotan su rostro: aquel hombre es el general Díaz. Aquí no es el olor de la pólvora el que enardece su ánimo; es el acre soplo del mar furibundo que intenta poner á prueba su entereza nunca vencida; no son las columnas de humo de la reñida batalla las que le envuelven, son las espumas inmaculadas, hirvientes, que en sus ímpetus de soberbia arroja el mar sobre cubierta envolviéndola con un sudario...

Del primer golpe de mar al segundo no hubo el espacio de un minuto (que de ser más largo, no hubiera quedado alma viviente para contarlo), y por el segundo salió «La Juanita» con la rapidez de un disparo dando bandazos y guiñadas.

En la puerta de la cámara se suceden repetidos golpes; dos marineros acuden á ella atados de sus cabos; corren la tabla que sirve de puerta sobre las ranuras por las cuales se ajusta, y aparece el muchacho hasta de catorce años con el pelo rizado, la mirada iracunda y las manos crispadas; quiere salir fuera; uno de los marineros le da un fuerte puñetazo en la cabeza á tiempo que otro golpe de mar bandea de estribor y penetra, amenazante y copioso, por la abertura; cae la tabla corriéndose sobre las ranuras, el muchacho es arrojado de escalerilla abajo por la violencia del golpe; el agua empapa la ropa de los pasajeros encerrados en la cámara; se apaga la lamparilla que oscilaba siniestramente alumbrando el cuadro pavoroso; se oyen lamentos y quejas, esperándose de un

momento á otro el último soplo de la vida entre las cuatro tablas viejas de la tapiada cámara...

¡Esa palanca!—grita Pancho Vera.

¡Al sondeo, Cangrejo!

Cangrejo, con el cabo que pendía de su cintura, calado hasta los huesos, se amarró á la burda del palo trinquete y tiró el primer sondeo.

¡Doj braza larga!... ¡Fondo duro!...

La tripulación repetía con desordenada gritería:

¡Doj braza larga! ¡Fondo duro!

Silencio, que no se oiga más que la voz del que sondea, y que un solo marinero la corra al capitán—gritó con gravedad el general Diaz.

El del sondeo tiró el segundo palancazo:

¡La misma agua! ¡Doj braza larga! ¡Fondo duro!

Corrida la voz, el capitán Pancho Vera siguió dirigiendo el barco con el timón.

Al tercer sondeo gritó Cangrejo: ¡¡No hay fondo!!

Y fué tal su regocijo de verse libre ya de peligro que agregó para manifestar su alegría: ¡Tuvo mi amo barco y mi mujer mando!

¿Qué dice?—preguntó el General Diaz.

¡Que estamos fuera de peligro!

«La Juanita» estaba en aguas del Papaloapan; había dejado los bandazos repetidos y las guiñadas continuadas; se gallardeaba con todas las velas al viento; los marineros andaban haciendo equilibrios sobre las bandas; el cocinero salió de un pañol de proa y cantaba de contento su «Morena, morena, morena...»

¡A empavesar el barco!—propuso Cangrejo.

Si no hay banderas,—repuso tío Tonina.

—Parece que no le sale el miedo de la ropa y

el mareo del cuerpo—añadió Calzón aguáo; metiéndose en la conversación—¿Y nuestras chamarras mojáas? ¿No le parece bien á tío Tonina que tomen un cacho de viento en los obenques? Así diciendo el marinero tomó cuantas blusas hubo á mano; unas azules con remiendes blancos, cuales rojas, otras celestes por la frecuencia con que fueron lavadas, y en los obenques se tendieron, y en el palo trinquete se puso, donde faltaba el mastelero, una vara con la bandera de matrícula, y por la driza del mayor se izó una bandereta deslucida y vieja, con más de un agujero y con hilachas como fleco, pero muy majestuosamente flameando con ondulaciones coquetas de que no se curaban las blusas puestas á tomar viento como mangueras y á pavonearse como trofeos; y para que la alegría fuera completa, salieron las mujeres de la cámara; se esparcieron los pasajeros por cubierta, lejos de cabos cautivos y de temores de muerte; y los vivas al General Diaz y los gritos de contento de la marinería aumentaban el regocijo y alegraban el arribo seguido de un ejercito de toninas, que en graciosas zambullidas, en acrobáticos desfiles, seguían el barco y agitaban las aguas tranquilas del rio...

IV

«Es una barbaridad meter el barco con reventazón en los bajos, la barra casi cruzada y el viento fresco.» Así decían los vecinos de Alvarado al ver aparejarse «La Juanita» con rumbo á la boca de la barra, que como dragón infernal vomitaba espumarajos tan temibles como llamas. Y al verla cabecear locamente, unos dirigiéronse á los médanos, otros á la torre de la iglesia y algunos echaron sus botes al agua emproándolos al lugar del peligro.

Las campanas tocaban rogaciones; las mujeres con sus hijos en brazos lloraban la ausencia de sus maridos; y la alegría que antes invadía los pechos y preparaba festejos para celebrar el arribo del General Diaz, se tornaba en clamoreo desesperante, en grito de dolor y en alarido de muerte.

A lo lejos el espumear de las olas que se abrían como abismos sepultando el casco miserable del barco en surcos de exterminio, para después ¡traidoras! hacer renacer la esperanza al levantar el frágil madero sobre el rebelde oleaje.

Acá, en tierra, el gentío inmenso, poblando el médano, arracimándose en las arboladuras de los buques, asomándose por la torre de la iglesia, cuyas campanas, lentas y tristes, tocaban á muerto...

V

—¡Ya saben, muchachos, en saltando á tierra tóos, que no falte má que el que se quede de guardia, vamos derechitos á darle gracia á nuestra Virgen del Rosario!

—¡De juro!

Y nosotras también—dijeron á un tiempo las mujeres—y recogeremos de todo el pasaje una limosna para llevarla á la virgen.

¡Sí! ¡sí!—gritó todo el pasaje.

Las campanas que antes tocaban á rogaciones eran echadas á vuelo; sonaba la música las notas marciales de un paso-doble; estallaban los cohetes; retumbaba un cañón minúsculo en la playa, y los vivas atronaban saludando al General Diaz.

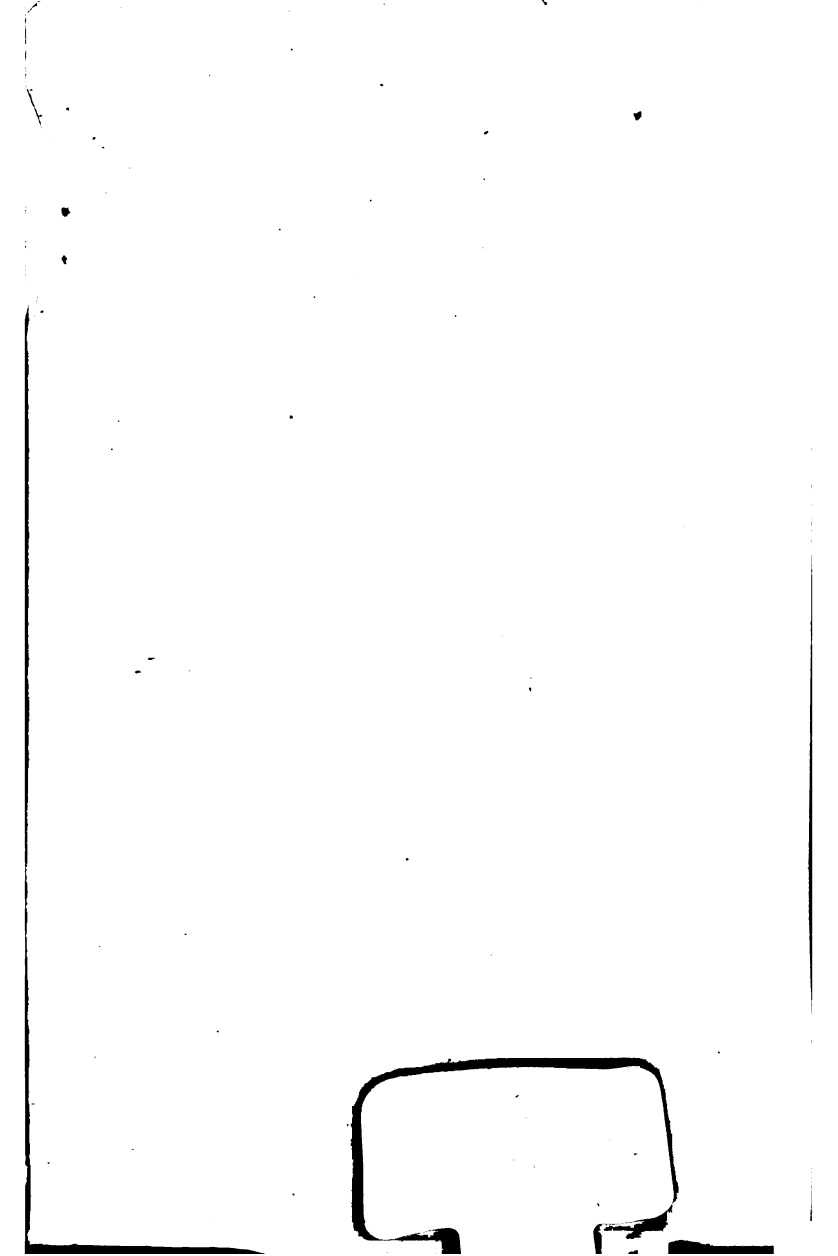
Por la plancha saltaron los pasajeros; primero don Porfirio, con buen acompañamiento; saludando á diestra y siniestra al pueblo que lo festejaba; después las mujeres, con los cabe-

llos en desorden, el color pálido y las ropas mojadas, y por último, la marinería. El desfile, que pasaba por la valla que formó el inmenso gentío, se dividió en dos grupos: uno que conduciría al General Diaz al alojamiento que de antemano le tenían preparado, y el otro, encabezado por las mujeres, fué rumbo á la iglesia.

Cubiertas las cabezas penetraron al templo y llegaron á ponerse de hinojos ante la Virgen del Rosario, que parecía sonreirles apaciblemente; los marineros—aquellos marineros de blasfemar iracundo y de jurar sin acatamiento—á cabeza descubierta, humedecida por el agua de la tormenta, rezaban quedo; y de dentro, muy dentro, donde se guarda la oración aprendida de niño en el regazo de la madre, salió como raudal pristino, fresco, inmaculado, de tiempo atrás oculto, rompiendo el valladar rudo, la pleglaria dulce, candorosa, murmujeante, que ablandaba igual á la cera pechos duros, roqueños, que no se rinden á las tormentas ni á las borrascas se abaten...

Mientras los rezos salían humildes y reverentes de labios femeninos, las campanas repicaban desatinadas, los cohetes estallaban simultáneos, la música repercutía sonante, y, sobre todo este murmullo vocinglero y estridoloso, llegaba de afuera, lento y entusiasta, rebotando en los ya sombrosos muros de la iglesia, el grito formidable del pueblo que repetía ¡Viva Porfirio Diaz! ¡Con cuyo saludo vitoreaban al viajero salvado de las ondas y al General, futuro pacificador de nuestra República!

FIN



UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS

3024366760

0 5917 3024366760